CONTINENTES

EL PASAJERO WALTER BENJAMIN

Ricardo Cano Gaviria

EL PASAJERO WALTER BENJAMIN



Monte Avila Editores Latinoamericana

1ª edición en Editorial Pamiela, 1989
1ª edición en M.A., 1993

Ilustración de portada
Sin título (fragmento) (1967)
Oleo sobre contraenchapado
121,3 x 121,3 cm
LUISA PALACIOS
Col. Museo de Arte Contemporáneo de Caracas
Sofía Imber

Apartado Postal 70712, Zona 1070, Caracas, Venezuela
ISBN: 980-01-0781-9
Diseño de colección y portada: Carlos Canudas y Vicky Sempere
Realización de Portada: Marisela Balbi Ochoa
Fotocomposición/Paginación: La Galera de Artes Gráficas
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

A Ignacio Ramírez

CAPTATIO BENEVOLENTIAE

La tarde del 20 de septiembre de 1940, el escritor judío-alemán Walter Benjamin, de cuarenta y ocho años, después de una agotadora marcha de siete horas a través de los Pirineos, llegó al puesto fronterizo de Port-Bou con el propósito de atravesar España y alcanzar el puerto de Lisboa. En su magro hatillo de fugitivo de Hitler, reducido a una simple cartera, llevaba entre otras cosas un pasaje de barco para Nueva York y un breve manuscrito sobre el sentido real de la idea de progreso, el cual ocupa hoy un destacado lugar en la parte filosófica de sus *Obras Completas*. Lo acompañaban una mujer y su hijo, a los que había conocido en Marsella, y el destino quiso que aquella tarde la suerte de los tres quedara unida a la de otras cuatro mujeres con las que se encontraron ya del lado español. A ambos grupos se les negó la entrada en España y, puesto que el cansancio les impedía regresar en el acto a la «Francia libre» de Petain, se les permitió pasar una noche en Port-Bou para ser devueltos al día siguiente a la frontera. Walter Benjamin, quien con su pésima salud había soportado la travesía a pie de los Pirineos, no soportó la navegación de esa larga noche, dentro de un miserable cuarto de hotel, y se quitó la vida al amanecer del día siguiente con una fuerte dosis de morfina.

Aquella muerte absurda —en realidad una «cita» tan temida como deseada por quien, por otra parte, rindiera en su obra un culto especial a los pasajes y las citas literarias—, obsesionó tanto al autor de la presente novela que, de forma casi fatal, sucumbió a una especie de vértigo interpretativo de los hechos del cual, tras una larga pesquisa documental, se derivó una recreación en clave narrativa de los mismos. De algún modo, el orden de la secuencia revela que el objetivo de dicha recreación no es tanto reconstruir un proceso mental como establecer el marco anecdótico más que filosófico en que dicho proceso se desarrolló. Anecdótico más que filosófico: la prioridad de la anécdota, es decir, del suceso en toda su crudeza, no fue desdeñada por el propio Benjamin en sus relatos, que constituyen acaso la parte más ignorada de sus *Obras Completas*. De todo esto, en fin, se deduce que en ningún momento el autor llegó a formularse la pregunta que, con mayor rigor, sí debe hacerse el lector al iniciar la lectura de la obra: ¿puede un filósofo alemán, prototipo del anti-héroe, convertirse en el trance de su muerte en protagonista de una novela?

Cogido por sorpresa, el autor se sobresalta pero en seguida recupera su aplomo, remitiendo al lector a la propia convicción que Benjamin expresó acerca del hecho novelesco, que concebía como la captación de un «sentido de vida» revelado solo en la muerte del protagonista: «lo que atrae al lector a la novela —escribió, con ese curioso sexto sentido que convierte la mejor parte de su obra en un comentario de su propia peripecia vital— es la esperanza de poder abrigar su propia vida tiritante frente a una muerte sobre la cual lee».

PRIMERA PARTE

¡Qué insatisfactorio me resulta todo, siempre en passant!

Eduard Mörike, *Mozart camino de Praga*

I. EN EL HOTEL DE LA FRONTERA

¡Que les fins journées d'automne sont pénétrantes!
Baudelaire, «Le confiteor de l'artiste»

POR UN INSTANTE, justo al salir del túnel que desembocaba en la larga escalinata por la que se descendía hasta la calle, la ilusión de una placidez reconquistada fue casi perfecta. El baño de luz, deslumbrante, lo hizo parpadear sustrayéndolo del opresivo ámbito delimitado por el cuadrado bituminoso de los andenes, donde la mirada rapaz de los maleteros parecía guardar una secreta correspondencia con la gorra gris de los policías, con la inflexible voz del hombre uniformado que les había negado el sello de entrada en el país, y esa especie de nudo en la garganta desapareció por completo. Allí estaba aquella luz mediterránea, casi hiriente —¿un efecto de la misma que, con un subfondo amarillo, impregnaba los paisajes pintados en *Collioure* por Signac y Dufy?—, que los había acompañado durante toda la travesía a pie por la ruta Líster, y en la que sólo se reparaba al entrar propiamente en el pueblo, tras el opresivo paréntesis de la estación.

Parpadeando de nuevo, por primera vez deseó, con una vehemencia que lo sorprendió a él mismo, que la prueba siguiente fuera menos grave, y ahora todo pudiese depender, por ejemplo, de algo tan intrascendente como encontrar un buen tema para un cuadro. Pero he aquí que, con su mágica aureola, la idea de un *beau sujet* también llegaba con retraso. Minutos antes habría podido comunicársela por escrito a su amiga Julienne en la postal que acababa de enviarle desde la estación, con las estampillas francesas que guardaba en su billetera, mientras esperaban a los tres policías encargados de llevarlos al hotel. Pensó que las palabras que le había escrito, hablándole de su viaje interrumpido y de la muerte de una vieja amiga en París, eran innecesariamente alarmantes y sombrías. Pero ahora ya no había nada que hacer, aunque todavía tenía allí a la señora Grunwald para contárselo, o para narrarle la historia de aquel pintor chino que había invitado a sus amigos a contemplar su

cuadro más reciente, cuando bruscamente reparó en que desde abajo todos miraban hacia él.

«*Tiens*! —murmuró—. Otra vez... Como si no se tratase ya de Nurmi, del cansancio del atleta Nurmi al terminar su cuarta prueba... ¿acaso la travesía desde *Puig del Mas*?...».

Y mientras calculaba la distancia que lo separaba del grueso pasamanos, y también el esfuerzo que le costaría poner en marcha la deteriorada *carcasse* de su cuerpo, aún tuvo tiempo y humor para retratar al grupo en una sola ojeada. Luego, pensó todavía: «¡como un tetracampeón olímpico que es incapaz de superar la quinta prueba, la más fácil de todas: caminar y pensar a la vez!». Aunque la verdad era que las cinco mujeres lo miraban desde abajo con una expresión de ansiedad, teñida de preocupación en la señora Grunwald —cuyo hijo seguía ocupándose disciplinadamente de la pesada cartera negra—, mientras los tres policías lo contemplaban con expresión insolente. Sobre el fondo de la doble, desnuda hilera de plátanos que fragmentaba con sus ramas la visión de las casas, durante un brevísimo instante el grupo formó, en su concentrada pupila de miope, una unidad plástica casi perfecta, que se deshizo en el momento en que el policía más alto, el del bigotito, gesticuló de forma conminatoria y la señora Grunwald le arrancó casi la cartera a su hijo para que éste pudiera venir en ayuda del rezagado. Entonces se preguntó si no era ese precisamente el *beau sujet*, el buen tema para su cuadro: un grupo de refugiados y policías posando juntos, sin ninguna aureola de grandeza, bajo el incierto sol de otoño, en un fronterizo pueblo de los Pirineos...

Luego, el contacto de su mano izquierda con el brazo del muchacho —bastante más reconfortante que el de su mano derecha con el frío pasamanos de la escalera— le recordó la parte más difícil del ascenso a la montaña, y del mismo modo que entonces, de acuerdo a lo que en él resultaba perfectamente natural, le permitió concentrar todo su organismo en un esfuerzo tan laborioso como absorbente. Por eso, no supo con exactitud en qué momento los policías reemprendieron la marcha; al llegar al final de la escalera se sorprendió de que sólo la señora Grunwald los esperase con la cartera negra en la mano, mirando nerviosamente hacia la vanguardia de la comitiva, que les había sacado ya por lo menos una decena de metros de ventaja. Pensó darle las gracias una vez más, pero se arrepintió a tiempo al reparar en la expresión sombría y anhelante de la mujer. En aquellos momentos, ¿qué podía decirle que fuera capaz

de reconfortarla? ¿Y cómo pensar en la esperanza sin recordar que nos había sido dada sólo por amor a los desahuciados? ¿Que incluso había pasado sobre sus cabezas como una estrella fugaz, según la cita de Goethe? Ah, la eterna manía de las citas; para él, el tránsito por la existencia se daba como un largo paseo por un infinito Pasaje decorado sólo con citas, hermosas y multicolores colecciones de citas expuestas como bibelots tras las vitrinas, y por eso era que a veces actuaba como si estuviese muy poco dispuesto a dudar de que, en virtud de su aureola mágica, una cita sobre la esperanza pudiese realmente infundir esperanza. En cualquier caso, el silencio y la expresión de la señora Grunwald no lo atormentaban más que la espesa nube mental en la que él mismo había ahogado su desaliento al salir de la estación, en la que por cierto ningún letrero decía: *Bienvenus...*, ni tampoco hasta el extremo de que no pudiera seguir buscando con la mirada, mientras terminaban de bajar la calle jalonada de plátanos, el *beau sujet* para su cuadro. ¿Tal vez ese conjunto de edificios harapientos y semiderruidos que se veían allá abajo, hacia la derecha? En todos ellos todavía podían reconocerse los estragos típicos de las bombas, cuando aún no hacía un año que había cesado el viento de la guerra, o mejor dicho: cuando había empezado a soplar en otra dirección, provocando ese continuo deambular de fronteras. Pero si el *beau sujet* no estaba en esos devastados edificios, incapaces de ocultar por completo la escarpada montaña que, hacia la derecha, gravitaba amenazante sobre el pueblo, ni en los lugareños que a esa amodorrada hora de la tarde se detenían para contemplar el lento, desordenado y mustio desfile de la comitiva, ni en el edificio semiderruido del mercado, situado en la pequeña plaza que acababan de atravesar, ¿entonces dónde? Pensó: «¿Tal vez en la luz misma, o posiblemente en la luminosidad mediterránea de la tarde, o más bien en el amarillo acechante, ¡o incluso en mi lentitud...!».

—*Monsieur* Benjamin!

Irrumpiendo con cierta rudeza, la voz de la señora Grunwald le hizo comprender que de nuevo se había quedado rezagado. El hecho es que, por primera vez, su «querida amiga», con la que había viajado desde Marsella, parecía inquietarse más de la cuenta. Frunciendo el ceño, pensó que indudablemente era un mal síntoma; por lo menos a él sólo le permitía evocar en ese instante la irritación que despertaba en su madre, mucho tiempo atrás, cierto niño de mirar soñoliento, que, en un país de ensueño cuya memoria —como una

vieja y polvorienta bola de vidrio— pertenecía al siglo anterior, todavía seguía pateando los guijarros o buscando plumas de pavo real al caminar. Pero él conocía bien sus secretos; de hecho, sabía cómo llegar hasta el fondo de su verdadera identidad —sin duda no la del atleta Nurmi, ¡otra vez Nurmi!, tetracampeón de los juegos olímpicos del veintinueve— a través de un retorcido túnel que no se parecía nada al de un niño normal. A veces se trataba de un viaje instantáneo, como el que acababa de hacer, sólo para comprobar que si el quedarse a la zaga respondía en aquel niño a una táctica de sabotaje contra las iniciativas maternas, el pesado caminar del hombre prematuramente envejecido y desesperantemente ceremonioso a pesar de su mala salud y su agotamiento, podía ser interpretado del mismo modo. Pues en cualquier caso retrasarse significaba alejarse de los de la vanguardia, como le había ocurrido tantas veces durante aquel lejano y agitado invierno en Moscú, donde las calles y las avenidas parecían empeñarse en multiplicar perversamente las distancias, o incluso caminar hacia adelante mirando hacia atrás. Pero también abandonar el barco sólo en el último momento, pensando que, en una Europa invadida por los nazis, todavía quedaba algo por salvar o —para decirlo con una expresión que le resultaba especial aunque absurdamente querida— «posiciones por defender»...

Y pensó, en clave de ironía: «No; Rector magnífico de la Universidad de Muri, la inexistente universidad fundada por él y su amigote, el señor ya no puede caminar cinco metros sin agotarse. Así rueda él por el ancho mundo, de recuadro en recuadro, como un vil peón; él, tan acostumbrado a los imprevistos saltos del caballo...».

Fue entonces cuando notó que, allá adelante, antes de que los policías se detuvieran, la más esbelta de las mujeres, la alsaciana, se volvió para mirarlo. En seguida la joven levantó despacio la mano y pareció señalar un estrecho edificio a la izquierda, de cuya entrada colgaba un gris y escueto letrero: Hotel Francia. Pensó que ese gesto casi hierático, con su bíblica e inquietante aureola, muy bien podía haber sido el *beau sujet* que buscaba, (*¿Quién es ésta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso, y de toda especie de aromas...?*), y en el momento en que los policías, sin preocuparse para nada de los extranjeros, cruzaron la puerta rectangular del establecimiento, su mirada intranquila repasó las ventanas de la primera planta, la del balcón. Sí, estaban cerradas: pero en realidad, cuando, con un

gesto sin duda idéntico al de la joven alsaciana, el ángel de la muerte señalaba con su dedo las casas de los egipcios cuyos primogénitos debían morir, ¿se cumplía siempre su promesa? Luego, sin pensar en la viabilidad de una respuesta, ensayando simplemente para la escena un marco distinto, imaginó que el mismo efecto ofrecería, mirando desde una perspectiva semejante, el edificio de la *rue Dombasle*, cuando una joven uniformada, ¿pero había jóvenes así en la Gestapo?, llegara hasta él seguida por un grupo de soldados que, metralleta en mano, se abalanzarían sobre el pequeño y ruidoso ascensor, rumbo al estudio del séptimo piso. Por suerte, había puesto la parte más importante de sus manuscritos a salvo, en la *rue Richelieu*...

Con todo, no sin cierto sobresalto pensó en los que, armados de antorchas, una noche del treinta y tres habían quemado miles de libros en Alemania. ¿No serían ellos también capaces de hacer arder en la *place de Richelieu*, frente al noble edificio de la Biblioteca, la pira más grande de Europa?

El pitido de un tren se escuchó allá arriba, luego el chillido de una gaviota, y por fin uno de los policías se asomó y les indicó con un gesto que entraran...

Primero cruzaron la puerta las cinco mujeres y el chico, que de nuevo se había hecho cargo de la pesada cartera, después él. A causa de la aglomeración que se formó entre las mesas no pudo hacerse junto al mostrador, pero desde su lugar pudo ver perfectamente cómo el hotelero, asesorado por el policía del bigotito, procedía ya a consultar los papeles de las mujeres, llenando de prisa unas fichas de color azul claro. Mientras esperaba su turno, miró en su derredor: la cortina de tirillas tras el mostrador, las mesas con sus manteles de hule a cuadritos, el viejo ventilador con sus aspas inmóviles —que las moscas habían decorado con la obligada costra de excrementos—, y los dos parroquianos sentados cerca del mostrador, junto a la radio. Recordó que desde hacía por lo menos tres días no había escuchado ningún parte —el último, ¿no había sido aquél de Port Vendres sobre el destronado rey de Noruega?— y miró con atención al hotelero. Con su sonrisa estereotipada y su diligente amabilidad, ¿estaba ya acostumbrado a recibir en su mezquina pensión-bar forasteros traídos por los policías? (¡y saber que allí existió aquel letrero: «Benvinguts...»!) Desde la ruptura de la línea Maginot, eran seguramente miles los que, hasta el momento, habían huido por Port-Bou, y entre éstos no debían ser pocos los

que se habían visto obligados a pasar la noche en el pueblo, al alcance de la policía española. Por eso, pensó, no debían ser ellos los primeros a quienes el hotelero hacía los honores con aquella nerviosa sonrisa de conejo...

De pronto comprendió que ya le había llegado el turno a la señora Grunwald, y sólo al captar la mirada de desconcierto del hotelero, que se expresaba en un francés algo torpe, comprendió el equivocado cálculo del hombre. Sin pensarlo dos veces, carraspeando para anunciarse, decidió intervenir; —*Excusez moi, monsieur le patron* —dijo, levantando la mano con una sonrisa cortés—. Madame Grunwald y su hijo desean una habitación doble. Yo me contentaría con una individual, si la hay...

—Tengo una con ventana, *monsieur* —dijo el hotelero, tras haber comprendido que no eran marido y mujer, sonriendo a su vez obsequiosamente por sobre el hombro de la señora Grunwald—. Pero mucho me temo que es demasiado pequeña para el señor...

—No se preocupe —indicó él decididamente—. Me bastará...

El hombre lo miró sorprendido y le sonrió de una forma tímida, contenida, que le recordó por contraste la forma franca de reír del barrigudo alcalde Azéma, dos días atrás, cuando les enseñaba en la distancia la colina más alta de los Pirineos...

—Eso espero.

—Muy amable de su parte, *monsieur* —repitió él, inclinando la cabeza.

—*Je vous en prie, monsieur* —respondió el hotelero, haciendo una venia exactamente igual.

Aclarado el asunto de las habitaciones ante la mirada atenta de los policías, desconcertados ante el ritmo de ceremoniosa cortesía introducido por el señor de los anteojos, que lo observaba todo con sus ávidos ojos de insecto, el hotelero terminó de llenar las últimas fichas. Luego miró fijamente a las mujeres con embarazo, pero fue inútil: su mirada tuvo que posarse significativamente sobre el policía de bigotito, que reaccionó bruscamente, como si volviera en sí.

—*Argent!...Money!* —dijo éste en voz alta, con una sonrisa descomedida, dirigiéndose a las mujeres—. ¡Hay que pagar por adelantado!

La señora Grunwald, la primera en comprender, indicó al hotelero que sólo tenían moneda francesa, y se disponía a disculparse explicando que en la estación no los habían prevenido sobre la necesidad de cambiar, cuando el hombre, con una amplia sonrisa,

le dijo que no se preocupara: si bien lo que más tenía en ese momento eran pesetas, podía devolverle en francos e incluso —si la suma no era muy grande— en marcos. Luego, astuto y gesticulante, disculpó la costumbre de cobrar por adelantado aduciendo que casi todos los huéspedes solían despertarse temprano para coger el primer tren a Barcelona...

—¡Por dios, señor, pero si nosotros no cogeremos ya ese tren!... —dijo impulsivamente, todavía como si protestara indignada, una de las dos señoras mayores, y comentó en voz más baja:— ¡Aunque sólo Dios sabe lo que hemos hecho para alcanzarlo!

Se hizo un silencio tenso y doloroso, que una voz femenina rompió de pronto preguntando en francés por el horario de los trenes. Aunque la voz no pareció surgir de nadie en concreto, en el acto las mujeres miraron con inquietud a la joven alsaciana...

Entonces, antes de que el hotelero pudiera responder, el policía del bigotito, encarándose con ella, explotó:

—¿No estaba usted en la estación? *Demain matin personne pour L'Espagne*, carajos. *Tout le monde pour la France*, por el collado... Por donde vinieron, carajos. ¡Y que nadie intente salir del Hotel!

Sólo se oyó durante unos instantes el zumbido del ventilador, y la voz susurrante del hotelero que recogía con la mirada baja los billetes, hacía los cálculos y devolvía el cambio en francos. Finalizada la operación, entregó los volantes azules al policía del bigotito, quien, tras indicarles algo en voz baja a sus compañeros, se puso la gorra y salió.

Seguidamente, abriendo una pequeña puerta a la derecha del mostrador, el hotelero rogó a los huéspedes que lo siguieran. A resguardo ya de la mirada de los policías, en la penumbrosa escalera, cuyo rústico pasamanos de hierro parecía invitar a una mayor intimidad, el hombre murmuró con su risa de conejo en voz baja; *—Je suis bien desolé de ne pouvoir rien faire... Monsieur, Mesdames*!

Un poco más arriba, hizo un alto en el entresuelo para avisar a alguien que bajara un momento a cuidarse del mostrador; después, en silencio, condujo al grupo hasta el primer piso, donde, con la soltura de alguien ya muy acostumbrado a resolver ese tipo de problemas entre sus huéspedes, recomendó a las dos señoras mayores la habitación número uno, con cama doble y balcón, pues así se ahorrarían un buen tramo de escalera. En cuanto a la habitación de la que había hablado al «señor profesor» —quien, después de subir los peldaños con gran dificultad, se había quedado a la entrada del

pasillo con el grueso del grupo, recuperando el aliento, la mirada clavada en el nuevo pasamanos de hierro—, quedaba allí mismo, junto al retrete...

—*Alors, s'il y a de mal de mer, le monsieur...* —se sorprendió murmurando, como si se tratara de un barco, pero una vez más había olvidado sus pastillas contra el mareo...

—¿Decía el señor? —preguntó el hotelero, tras abrir la puerta.

—Que es usted muy amable —dijo él en castellano, con soltura, como en los ya lejanos tiempos de Ibiza, cuando el incidente aquel del barco... «¿Cómo se llamaba? ¿El Catania?...».

—¡Faltaría más! —comentó el hombre, el rostro iluminado por una risa casi franca, antes de despedirse con una inclinación de cabeza.

Ya a solas, todavía de pie, alcanzó a pensar con vaguedad: «El Catania, sí, ¿tan rústico como el pasamanos del Catania?...». Luego, contrapunteada por el ruido de pasos que, en la escalera, producía el resto del grupo al subir, escuchó en la distancia la voz de la joven alsaciana interesándose de nuevo por los horarios de salida. El primero a las seis de la mañana, a veces una media hora antes, el segundo entre siete y siete y media...

Pensó supersticiosamente: «Será el segundo ¿el de los rezagados?», mientras allá afuera, ahogada por el ruido de los pasos, la voz de «*monsieur le patron*» se adelgazaba cada vez más, hasta hacerse casi ininteligible. Luego, recordó al fin que esa vez, por llegar tarde, había tenido que ser izado como un fardo hasta el puente del Catania, en medio del regocijo general de los mirones y los pasajeros. Pero he aquí que, de pronto, el recuerdo de Ibiza se abalanzaba sobre él, tan masivo e inevitable como el blanco e impenetrable casco de hierro del buque a punto de zarpar...

«Es como si mi maleta de recuerdos hubiese llegado antes que yo al Catania —pensó—, y mis recuerdos me estuviesen ya esperando en mi camarote, por lo demás tan parecido a una *tanière*...».

II. NATURALEZA MUERTA

Cada hombre lleva en sí una habitación.
Kafka, «Cuadernos en octava»

...La haine du domicile et la pasion du voyage..
Baudelaire, «Les foules»

«MI PASIÓN por los camarotes, ¿o mi propensión a las *tanières*?» se dijo luego, volviendo en sí sólo para comprobar que en realidad era una habitación pequeñísima, de forma casi rectangular, aunque más estrecha hacia la ventana —prácticamente una claraboya—, con un catre, un nochero y un pequeño armario pegado a la pared. «¡En cualquier caso, el tránsito al descubierto de un lugar a otro!», pensó, poniendo cuidadosamente en el suelo la cartera que el joven Grunwald le había devuelto en el pasillo, y se tumbó —casi se derrumbó— sobre el catre, con un suspiro de satisfacción. ¡Por fin una cama! Pero el promisorio cálculo de que ahora sí podía dormir cuanto quisiera, tras siete horas de caminata y una noche pasada al aire libre, en la montaña, ¿no podía resultar también demasiado optimista?

En efecto, tan pronto estuvo en posición supina empezó a sentir esa especie de sorda opresión en el vientre, dentro del cual algo se deslizaba o se retorcía como si buscara una salida, y casi lamentó no haberle hecho caso a la señora Hartig —la joven esposa se había estrenado con ellos como guía, llevándolos a pie hasta el otro lado de la frontera—, cuando había intentado impedirle que bebiera de aquel charco inmundo que encontraron al empezar a bajar la montana. Se palpó el vientre, comprobando que empezaba a abombarse, y al hacerlo su mano se enredó en la leontina. Entonces tiró de ella y consultó el reloj: las cuatro y veinte. Escuchó en el pasillo la voz de la señora Grunwald hablando con una de las dos señoras mayores, seguramente la más pequeña y vivaracha, y luego unos pasos que subieron titubeantemente la escalera. Después de poner el reloj abierto sobre el nochero, de modo que pudiera mirar la hora sólo con ladear la cabeza, pensó que nadie, ni siquiera él, sabía muy bien cómo actuar, y mucho menos cómo conservar la sangre fría...

Una prueba de ello era que, aunque seguramente todos estaban

hambrientos, de hecho nadie había pensado en comer; en cuanto a él, por más que al mediodía hubiese encontrado casi apetitosos el pan con tomate que la señora Hartig había traído en su *musette*, la sola idea le inspiraba náuseas. Había pasado ya un buen rato desde que hicieron aquella parada, en la cima de la montaña, junto a un esqueleto blanqueado por el sol —seguramente el de una cabra—, y bajo aquellos grandes pájaros negros que volaban en círculo a gran altura... Atrás habían quedado los rojizos viñedos de Banyuls, y desde esa cima escarpada —aunque no tanto como el *Pic Joan*, que debieron evitar subiendo por la *barlande des Pyrènnes*— divisaron por primera vez la costa española, en una hermosa panorámica (atrás la *côte Vermeille*, adelante el mar y el Pirineo español) cuya contemplación, si bien los regocijó, casi al punto los obligó a comprobar con inquietud que —según el rudimentario mapa hecho a mano por el alcalde Azéma— todavía les llevaría unas horas más rodear la siguiente hoya, la de Cerbère, antes de pisar tierra española.

Luego, cuando esto último ocurrió, dos horas después, y parecía ya cosa de niños alcanzar las primeras casas de Port-Bou, se preguntó por qué había hecho algo tan estúpido como beber de aquel crapuloso charco de agua en el que zumbaban los insectos y, en forma de círculos, flotaban esas horribles manchas verdosas. La compulsividad con que se había puesto de rodillas para beber de él con la mano parecía ciertamente responder a un fuerte imperativo, pero, ¿cuál podría haber sido éste, más acuciante que el de la sed? Si, por ejemplo, al mismo tiempo hubiese besado el suelo, ahora no tendría dudas de que lo había hecho como acción de gracias por pisar la tierra prometida. Pero, desde antes de la guerra civil, el suelo español había dejado de formar parte de sus alternativas, ahora era tan solo un lugar de tránsito que sin duda —y de una forma especial— también había borrado ya de su memoria. De lo contrario, en vez de un charco infecto, el *genius loci* —si existía algo digno de ser llamado así, aparte del hombre de ojos viscosos y rostro emasculado que miraba ecuménicamente desde los retratos que presidían todos los centros oficiales del país— le habría puesto en el camino un manantial tan fresco como salutífero.

De pronto, escuchó ruido de pasos en la parte superior de la escalera. Al prestar atención casi adivinó sin quererlo que se trataba de dos personas, y que el chirrido de zapatos que producía la de paso más corto le era sumamente familiar. De hecho, lo había acompañado casi todo el tiempo durante la travesía de los Pirineos, sin

que en ningún momento se hubiese puesto a pensar en él. Sólo ahora, al escucharlo aislado en la hueca resonancia de la escalera, y en el nuevo escenario del hotel, había podido singularizarlo, integrándolo en el todavía reciente entramado de su relación con la señora Grunwald, quien, ciertamente había querido tenerlo presente cuando, antes de salir de Marsella, se dispuso a comprarle un par de botines nuevos a su hijo... En efecto, ¿no le sugirió ella, de forma bastante clara, que también a él iban a hacerle falta unos buenos zapatos?

En aquel momento, escuchó tres golpecitos en la puerta.

—*Entrez*! —dijo.

La puerta se abrió suavemente, y dos cabezas, una por encima de la otra, lucharon atolondradamente, durante un brevísimo instante, por el mismo espacio, bajo la penumbra del pasillo.

—Perdone si lo hemos despertado —dijo la señora Grunwald al fin, cuando logró adelantar la cabeza por encima de la de su hijo, que a su vez terminó asomando todo el cuerpo, al recibir un malhumorado empellón de su madre; luego ella le explicó que, como querían acostarse temprano, se disponían a bajar para comer algo. ¿Quería bajar con ellos? ¿O prefería que le encargaran algo para más tarde?

—Incluso creo que deberían subírselo aquí, pues veo que está demasiado cansado —añadió la señora Grunwald, después de observar un momento intrigada al yacente, que a su vez se había quedado mirando los botines negros del chico, cubiertos de polvo.

—¿Cansado? Sí... —murmuró él volviendo en sí, y añadió:—. ¡Reventado más que cansado!

Aunque en realidad hubiera debido precisar todavía más, diciendo: «muerto más que cansado...», anotó mentalmente, intentando no llamar aún más la atención de la mujer, y acto seguido se dijo que no, que en realidad ella no podía ver hasta qué punto él se sentía como un par de zapatos viejos y rotos que esperan su turno junto al remendón.

—Entonces pediré que le suban algo... —dijo al fin la señora Grunwald, después de un nervioso, furtivo intercambio de miradas con su hijo.

—Gracias, pero no tengo apetito.

—Sin embargo, debería hacer un esfuerzo... —insistió ella.

—Le aseguro que no debe preocuparse por mí. En cambio usted y el muchacho hacen muy bien en intentar reponer fuerzas.

—Bien. Como usted quiera...

Vio cómo, con una mueca menos contrariada que resignada, la señora Grunwald cerró la puerta tan suavemente como la había abierto. Y, subrayado por aquel chirrido ahora casi tranquilizador, escuchó el eco decreciente de sus pasos en la escalera, hasta que se apagó por completo, diluyéndose en un murmullo de voces que venían desde la calle, o tal vez desde la cocina en el piso de abajo. Dejó pasar aún unos segundos, hizo un esfuerzo y se levantó. Se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y, aunque al sentarse al borde de la cama chocó contra el obstáculo de su vientre, que se había hinchado ya un poco más, no se arredró y procedió a quitarse los zapatos. Cuando lo hubo logrado, tras dos intentos separados por una leve pausa, los colocó cuidadosamente al pie de la cama, no muy lejos de la cartera negra, como si lo natural fuera que montaran guardia a su lado. Después, permaneció un rato mirándolos... Pensaba que sin duda eran unos hermosos *vieux souliers*, e intentaba traducir el mensaje que su muda elocuencia daba la impresión de querer comunicar casi clamorosamente.

De pronto, comprendió que ese secreto ya había sido expresado por alguien sobre el lienzo, en unos tonos marrones y amarillos que le recordaron el interés puesto, al salir de la estación, en la esperanza de un *beau sujet*...

Sin duda, ya lo había encontrado; aunque, para definir la empresa de una forma más exacta, se trataba de liberar de aquellos zapatos el acechante color amarillo, que era como el alma —y también el aura, o la clave del aura— de una secreta y más intensa realidad.

Entonces pensó en los intrincados caminos que había debido recorrer para encontrar lo que sólo era el comienzo de un *buen motivo* para su cuadro: no un paisaje después de la batalla, sino una *naturaleza muerta con zapatos, con zapatos y hombre cansado.*

«El Señor rector de la Universidad de Muri, institución tan imposible de encontrar en el mapa —pensó con sorna—, no es más que una sombra leve entre dos guerras, dos países, dos fronteras, o, si se quiere: dos lugares de España: Ibiza y Port-Bou... Sí, eso es, ¡de Ibiza a Port-Bou a través de un largo periplo por París!». En consecuencia, los zapatos que lo habían llevado hasta allí debían figurar en un primer plano, brillando en su hipotético cuadro con toda la plenitud de su aura, de una forma muy semejante a como lo hacían los objetos en los últimos lienzos pintados por Van Gogh.

Entonces se tumbó de nuevo y, relajándose, intentó imaginar el

cuadro más en detalle; en una pequeñísima y casi rústica habitación, los zapatos descansarían junto a una cama de madera. Sobre ésta, un hombre yacente; más allá, la ventana. A la derecha de la ventana, la puerta... Y, flotando sobre la débil luminosidad que asomaba su perfil por la delgada franja de la puerta entreabierta, el rostro de una mujer. ¿Pues no era en el rostro de una mujer donde nacía, y al final también se rompía, el delgado hilo de toda aventura de viaje?

Desde una insalvable distancia bajo la semipenumbra, Ella debería mirarlo con una sonrisa casi imperceptible en los labios.

III. EL NIÑO Y EL JOROBADO

Sa paresse l'a soutenu avec gloire,
durant plusieurs annés, dans
l'obscurité d'une vie errante et cachée
La Rochefoucauld

Y, ACABANDO de mirar con ansiedad hacia la puerta, sintió el primer retortijón. Se inclinó de costado, intentando acercar las rodillas hasta el pecho, en posición fetal, pero no alcanzó a doblar del todo las piernas. Su vientre, ya demasiado hinchado, se interponía entre la parte alta y la parte baja de su cuerpo como un pellejo lleno de aire. Permaneció ligeramente inclinado sobre el flanco derecho durante unos minutos, hasta que el dolor se apaciguó. Cuando creyó que había cesado definitivamente, miró hacia la ventana iluminada, semejante al escenario de un pequeño teatro de títeres, y prestó atención a los sonidos que venían desde fuera: un perro ladraba, un niño gritaba, una locomotora resoplaba en la distancia, las campanadas de un reloj retumbaban a lo largo y ancho del pueblo: las cinco. Otro reloj, con unos segundos de retraso, repitió la hora un poco más lejos. Luego se hizo un silencio casi absoluto y por primera vez pensó en que todo hubiera sido tan distinto si en la estación el jefe de policía no se hubiera obstinado de una forma tan cerril. ¿Había mentido éste al hablarles de la orden, recibida el día anterior, de no dejar pasar a los alemanes que tuvieran, en su pasaporte, aquella anotación que decía: «nacionalidad indeterminada»?

Imaginó que muy probablemente, buen lector de la prensa franquista, el oficial había leído la noticia —traída a colación por *monsieur* Azéma, en el momento de repasar el pequeño mapa de la ruta a través de los Pirineos— de que von Ribbentrop se disponía a entrevistarse en Berlín con el ministro español, Serrano Suñer, para estrechar los lazos de amistad nazi-franquista, y por su propia cuenta y riesgo, para hacer méritos, había tomado la iniciativa, ya que el hombre debía sentirse muy acicateado en sus sentimientos patrióticos por el retrato del caudillo que montaba guardia en un destacado lugar de la oficina de policía... Luego recordó que, en un momento dado, cuando arreciaron las súplicas de las mujeres, él no

había podido evitar un gesto brusco, de indignación o de desesperación, que impresionó al policía, pues éste pareció dudar y lo miró pensativo... ¿Habría debido aprovechar aquel momento para, en vez de pedirle disculpas, enseñarle su pequeño fajo de dólares? ¿Para leerle la carta de recomendación que llevaba, dirigida a los capuchinos de Barcelona? ¿O para hablarle de la ciudad que recordaba tan cálidamente, del barrio chino acaso?

Ante la reiterada evidencia de que ya no había nada que hacer cada una de estas preguntas se clavaba en su mente como una aguja envenenada. No valía por otro lado la pena imaginar lo que hubiera podido ocurrir sólo para medir la grieta que lo separaba de lo que realmente ocurrió, si bien era en el espacio de la misma donde la fatalidad tejía su despiadada telaraña. Además, ¿en los últimos tiempos no había venido actuando como si se debatiera ya inútilmente, atrapado en ella como un insecto? Sí, era un hecho que no hubiera debido esperar hasta el último momento para intentar ponerse a salvo, ni pasar por alto el ejemplo de los que se marcharon pronto a los Estados Unidos, ni presentarse voluntario al campo de Nevers —pues eso había significado meterse en la boca del lobo—, ni intentar embarcarse aquella vez en Marsella disfrazado de marinero, ni quedarse a dormir la noche pasada *a la belle étoile*, ni, en fin, beber de aquel crapuloso charco de agua.

Todo eso demostraba con creces que no era ningún héroe protegido por un Dios que velara por él desde el Olimpo, ni tan siquiera un príncipe persa de papel, como el de aquel delicioso *livre jou-jou* decimonónico en el que cada una de las vicisitudes por las que atravesaba el personaje equivalía a un dibujo distinto. Luego, bastaba mover una tira desde el margen para que, como por arte de magia, ocurriese un acontecimiento salvador en cada una de las láminas. Pero con él, por lo menos en apariencia, pasaba más bien todo lo contrario; si las cosas ya iban mal, cuando tiraba de la cuerda ocurría algo que las empeoraba. Con todo —se dijo, no sin cierto recelo incrédulo y burlón—, su modo de ser, su órbita saturniana, los cuales lo llevaban a ir siempre lento y rezagado, tenían una certera contrapartida en su paciencia y fuerza de voluntad. Pero éstas eran a todas luces insuficientes. En este momento, por ejemplo, ¿de qué podían servirle sus virtudes, por mucho que lo hicieran merecedor de un milagro de última hora? ¿Podían inspirarle la certeza del niño que espera ciegamente que algo salve en el último instante a su príncipe de papel? Porque ese niño, al tirar de la salvadora cuer-

da de su libro, saltaba él mismo al cuadro, convirtiéndose en el acto en un hermoso príncipe persa.

Por lo que tocaba al hombre saturniano, menos semejante a un príncipe persa que a un príncipe melancólico, intuía que únicamente buscando cierta quintaesencia visual, cierta escenografía o incluso cierta iluminación, podía convertir su circunstancia actual en la bella lámina de un libro. Por eso, debía suponer que en dicha encrucijada algo se completaba, algo que a él sólo le era dado concebir como un *beau sujet* digno de inspirar el mejor de los cuadros.

Sí, era de nuevo la idea del *beau sujet*—de un buen tema para un cuadro—, la que reaparecía ahora nimbada por la imagen del niño capaz de sucumbir al hechizo de las imágenes saltando a su cuento de hadas en medio de una nube de colores. Incluso estaba dispuesto a sospechar que el niño se había preparado para ello desde mucho tiempo atrás, desde los tiempos en que, sólo por ver aparecer cuanto antes al mono pintado en el fondo del plato, se tomaba a toda prisa la sopa de tapioca o cebada, o en que, deseoso de descubrir el secreto de lo informe que acechaba tras la ausencia del Nombre, se lanzaba al asalto de los frascos de tinta china en los que, dotados de vida, dormían los colores, mullidos y envolventes como nubes. Por su parte, él había aprendido a recogerlos con el pincel, para evitar que lo mancharan, con el esmero supersticioso con que un pastor de nubes cuidaría de un rebaño tan preciado como terrible... Aunque esas nubes hubiesen sido también, muchos años más tarde, abrazadas en su desnudez por el saturniano, exactamente —*Tiens!*— como el poeta-Icaro que se queja

Pour avoir étreint des nuées...

...por haber abrazado nubes desnudas como si fueran mujeres, por haber estrechado mujeres desnudas como nubes, por haber vivido, en fin, en la zona más silvestre de su sueño como una larva en su nido, todo ello muchos años antes de conocer la historia —proveniente también de la China— del pintor que, disponiéndose a mostrar a sus amigos su cuadro más reciente, a un descuido de éstos había saltado a su creación internándose por un camino pintado que llevaba hasta una casita. Después, antes de desaparecer por su puerta entreabierta, el pintor se volvió y sonrió...

Al conocer su historia, el adulto había comprendido que era así, envuelto en una nube de colores, como usualmente el niño entraba

en los cálidos dibujos de la porcelana. Pero lo que entonces no había sospechado era que, desde ese momento, el niño sólo había estado completando el cuadro cuyo asunto más tarde el adulto debería desentrañar, en una última prueba. Y así, tuvo la evidencia de que, en una dimensión de su ser, el niño le había llevado siempre la delantera al hombre, por lo que el niño podría perfectamente adivinar por dónde pasaría éste con su caminar tan pronto cansino y discontinuo, tan pronto afanoso y mariposeante —o dónde dormiría, e incluso qué soñaría—, y allí lo esperaría el día señalado para darle una sorpresa.

Pensó que sólo un encuentro como ése era digno de cerrar el primer ciclo rotatorio del hombre, por lo que era muy triste para el adulto verse reducido de forma tan absurda a esa espera impotente de lo que el niño le tuviera reservado. ¿No podía salir él al encuentro del niño? Para ello era casi inevitable pensar en una estrategia de evocación. Las había sin duda de todo tipo; cualquier día, después de haber estado madurando larga e inconscientemente para ese momento, cualquier día la cita con el niño —convertido ahora en un pequeño demiurgo, capaz de poblar el mundo con solo aplicar aquí y allá el pincel de los Nombres, del que surgían las cosas ya coloreadas— podía anunciarse al comienzo de un libro que se empieza a escribir, o incluso a leer, como en aquella célebre primera frase de la novela de Proust:

Longtemps, je me suis couché de bonne heure...

que indudablemente no era lo que le sería dable practicar esa misma noche, lo que en cierta forma había empezado ya a hacer. A su modo, había entendido que la cita con el niño guardaba una cierta relación con la imagen del yacente que, disponiéndose a luchar contra el insomnio, espera el salvoconducto del beso materno que le permita dormirse con tranquilidad. En caso contrario, según su propia experiencia, se arriesgaba a que terribles pesadillas lo asaltasen en las espesas selvas del sueño. Pero, trasladado al plano del hombre saturniano que tal vez ha entrevisto ya el final de su primer ciclo de vida, esto podía infundirle el temor de que la cita se viera interferida por imágenes de pavor o de deseo. Si bien, en ocasiones, una misma imagen podía inspirar ambas cosas a la vez; las monjas que, durante la noche, veían entrar en sus celdas un diablo en forma de caballo que saltaba sobre ellas y las pisoteaba ¿no de-

seaban en el fondo de sus corazones la violencia de esa terrorífica y grávida posesión?

Sin embargo, en aquel momento lo que el adulto caído y maltrecho debía temer —¿o en el fondo más bien desear?—, era que así como Eva había nacido de una costilla de Adán, y toda una mujer podía nacer, mientras dormía, de una mala postura de su cuerpo, un ángel vengador pudiera nacer, de pie sobre él, del dolor intermitente que sentía retorcerse ya en sus entrañas como una serpiente. Acaso la imagen reproducía el momento de una derrota definitiva, cuando el ángel temido y deseado lo pisoteara para hacer evidente su victoria, acaso no se refería sino al episodio de una lucha más larga que podría durar toda la noche. Pero el adulto, confinado en su dormitorio, no podía menos que esperar con resignación la llegada de las imágenes reservadas para él por el niño. Pues de éste, en última instancia, dependía la forma exacta como, en el cuadro final, se combinarían todos los motivos sin excepción: el beso, el ángel, el viaje interrumpido y la despedida... Incluso el niño podía hacer que la esplendorosa imagen del ángel, conocida sólo a medias, se desdoblase ahora para el adulto en la grotesca figura de aquel jorobadito que, en su infancia, hacía que las cosas saltaran de sus manos y se rompieran. Sin duda había sido éste quien, desde el comienzo, al sembrar su camino de dificultades, acumulaba las imágenes que, como si se tratase de un álbum de fotos, le enseñaría sólo al final, cuando la última de ellas se iluminara... Si bien, en los últimos tiempos, no había sido directamente el jorobadito quien en la cocina había roto la marmita de sopa, ni quien se había quedado con la jarra de vino, ni quien había limpiado el plato, según constaba en el *Libro para niños* de Scherer, porque el niño había empezado a suplantarlo, como si lo llevase ya escondido en su interior. De ese modo, sólo ahora, cuando era un cansado espécimen adulto, comprendía hasta qué punto había sido artística, incluso lúdicamente, como el jorobadito se había convertido en secreto artífice de su destrucción. De una forma impecable lo había llevado a mover siempre las fichas que quería, permitiéndole mantener con él prácticamente la misma relación que el enano jorobado, oculto tras una estructura de espejos, mantiene con el falso autómata cuya mano acciona mediante un complicado sistema de cordeles. En ningún momento, ni siquiera movido por la alarma o la preocupación de los que lo miraban acercarse rápidamente a la catástrofe, se había rebelado contra el jorobado, por más que ya hu-

biese descubierto que, perfidamente, éste jugaba no a ganar sino a perder, tal una de esas partidas experimentales que en los buenos tiempos de París había jugado con Adriènne. En cualquier caso, pensó, cuando una contracción dentro de su vientre lo sumió en una muda expectativa de dolor, le quedaba el consuelo de no haber violado nunca las reglas, de lo cual podía dar testimonio el mismo enano, suponiendo que no estuviese dispuesto a escamotearle incluso esa mínima, inocente satisfacción. Pues, aunque fuese él quien le hundía ahora el dedo o el codo en el vientre, no estaba dispuesto a renunciar a ella, y fue tal vez por eso que, en el momento en que el dolor se acrecentó, una de las tantas citas que dormían en su memoria se despertó y aleteó como una mariposa...

«*Par delicatesse j'ai perdu ma vie...*».

Entonces, como si sólo eso hubiese bastado para desmontar la táctica del jorobado, muy pronto el dolor se apaciguó. Y, al comprobarlo, tuvo la casi divertida impresión de haber descubierto un intempestivo y, mágico exutorio contra el dolor...

IV. LA COLA DE RATA DE UN SCHLEMIEL

Hay un punto de partida pero ningún camino; lo que llamamos camino no es más que nuestra incertidumbre...
Kafka, «Consideraciones acerca del pecado»

ASÍ, POR UNOS instantes, fue como el viajero que, obligado a guardar cama, trata de darse ánimos ironizando sobre su triste condición. Sólo que ahora se trataba de un viajero culto, precisó *in mente,* sonriendo, pero sobre todo de un viajero con muchos recursos que —como el buen judío que cura sus dolencias físicas mediante el estudio de la ley, según recomienda el Talmud— se servía de las citas literarias como remedio contra el dolor... «*Voilá! Ne faut-il pas se débrouiller?...*».

Sin embargo, se le hacía muy difícil pensar coherentemente en ello mientras sentía que el dolor, como una alimaña enfurecida, buscaba una salida, con la cola enhiesta. ¿Cuántas veces más le clavaría aún su ponzoña de escorpión? ¡Si al menos pudiera, en una alquimia secreta, transformar su veneno en una sustancia de carácter benévolo! Pero lo que él tenía era un cólico vulgar, producido no por las pastillas de morfina, tan difíciles de digerir, sino por la ingestión de agua contaminada, y esto le parecía suficiente para que sus dolores amenazaran con desbordar su propia capacidad de resistir a solas y en silencio. El proceso de desintegración había empezado sin duda horas antes, cuando, después del primer ascenso, sintió que no podía seguir, y tuvo que ser llevado casi a rastras por la señora Hartig y el joven José, momentáneamente liberado por su madre de la pesada cartera negra que hasta entonces —consciente de que de su propietario, detrás de él, no le quitaba el ojo de encima— había llevado con gran sentido de responsabilidad. ¿Cómo no había entendido entonces que, a partir de ese momento, ninguno de sus cálculos, ninguno de sus planes se cumpliría? ¿Y que su derrumbamiento físico era la señal de que, en adelante, no le quedaba más remedio que dejarse llevar por la pendiente de los acontecimientos?

Por otro lado, era curioso comprobar cómo, desde su salida de Port Vendres con la señora Grunwald y el chico, lo que había ocu-

rrido reproducía, en pequeña escala, el gráfico de los grandes períodos de su vida. Primero, una excursión de atardecer, concebida por sugerencia de Azéma como una simple exploración del terreno, se había convertido —no estaba muy seguro si de forma tan inesperada como le hubiera gustado creer— en una primera etapa irreversible. ¿No era exactamente así como había transcurrido su juventud? Las magníficas bases sobre las que, a sus veinte años, había planeado cimentar su existencia, ¿dónde y cuándo se habían esfumado? ¿Y cómo empezar de nuevo la ascensión pasada la cuarentena? Todo eso lo había visto con claridad sólo al llegar a la cima de los treinta, la más alta y escarpada de toda la travesía. La sorpresa y el doloroso desconcierto que vivió entonces fueron los de alguien que se despierta bruscamente tras un plácido sueño. Pues, del mismo modo que un actor engañado puede actuar en una *première* convencido de que sólo se trata de un ensayo general, así él había actuado en su juventud convencido de que luego, sólo luego llegaría la hora del debut. Y cuando descubrió que ésta ya había pasado, de inmediato se hundió en un desconcierto tan profundo y oscuro como el fondo de un pozo.

Aquel período de su vida había constituido una noche que, por lo larga, sonora y atribulada, se le antojaba semejante a la que había pasado el día anterior, allá en la montaña, en esa curiosa explanada de los siete pinos. El hecho es que había emergido de aquella larga noche con nuevas energías, como quien al cabo de un doloroso cambio de piel descubre con alegre sorpresa que su nueva envoltura está mejor dotada contra los rigores y acechanzas del camino que la anterior y, basándose en ello, se entrega a nuevos cálculos optimistas sobre el futuro. Y así, como si se tratara de las reconfortantes imágenes coloreadas de la infancia, acuñó modalidades de pensamiento en las que sus nuevas reflexiones revivían con una intensidad insospechada. Para decirlo gráficamente, ahora eran pensamientos de naúfrago, mientras que antes habían sido fantasmagorías de simple polizonte. Luego, puesto que un meditativo régimen como ése no se podía alargar demasiado, el primer derrumbamiento había tardado en venir. Pero había tenido tiempo de atravesar las siete puertas del saber cerradas al necio, o de abrir, y leer, el libro precintado por los siete sellos; pues en la vida de un hombre que se ha negado a transitar por una vía sin obstáculos, o sin puertas que atravesar, llega un momento en que descubre que ha errado el camino, y sólo entonces se le abre la última puerta. Es precisamente

en ese momento cuando sobreviene la conmoción, el desmayo y el derrumbamiento; exactamente como le había ocurrido a él, hacia el mediodía, al llegar exhausto a la cima de la montaña...

Ciertamente, los cálculos que —inspirados de nuevo en el atleta Nurmi— la noche anterior lo habían llevado a la conclusión de que sólo parándose sistemáticamente, cada diez minutos, a tomar aire, podía lograr que su corazón resistiera la travesía a pie, le sirvieron sólo mientras el camino discurrió sin demasiada pendiente. Cuando empezó a subir, al tiempo que se abandonaba en los brazos del muchacho y de la señora Hartig, tuvo que rendirse a la evidencia de que algo importante había fallado en sus pronósticos. Y entonces se odió a sí mismo, sintiéndose detestable. Obviamente, ya desde ese primer momento le había parecido más justo autoinmolarse ante el altar del torcido, o mejor, del jorobado Dios que presidía su destino, que sacrificar a los que, por prestarle su ayuda, habían sido testigos involuntarios de un episodio tan lamentable. No, ellos no podían correr la misma suerte que Michel, años atrás, en Ibiza, a quien terminó aborreciendo sólo porque dicho amigo —francés de espíritu y de cuerpo— había sido involuntario testigo de una ridícula catástrofe, si puede llamarse así una borrachera, cuya responsabilidad, so pena de parecer ridículo, no podía sino aceptar que recaía sobre sí mismo.

Ya que si ahora los que fallaban eran, por así decirlo, los cálculos de alguien con apariencia de justo, en aquel entonces habían sido los de un perfecto necio. En efecto, ¿cómo pudo creer aquella noche que podía sin peligro añadir al misterioso, por no decir diabólico «cocktail negro» que preparaba un barman del «*Mitgjorn*», dos copas de un endiablado gin de 74 grados? Y luego, ¿por qué terminó sintiendo un inconfesado, pero de todos modos punzante rencor hacia el amigo que lo recogió del suelo, cuando se desplomó fulminado, y lo llevó a dormir la mona en un sitio seguro? ¿Acaso porque, acostumbrado a tenerlo como contertulio de sus disertaciones filosóficas, sabía que en adelante debía renunciar a él, el compañero que lo había visto desvariar? ¿O tal vez porque había sido remolcado por ese amigo fiel hasta su casa, a lo largo de una noche que simplemente había podido ser la más divertida —o también la más dionisíacamente triste— de este tramo de su vida? Ah, había llegado por fin la hora de pasar revista a hechos como ése, que revelaban su escandalosa inconsecuencia, había llegado la hora de apechugar con sus errores, había llegado...

según la misma admonición que se podía leer en Ibiza, en el reloj de sol de la torre de la catedral.

Pero aquel día, jueves 26 de septiembre de 1940, a las cinco y media de la tarde, él no estaba aún entre los muchos a los que había llegado la última hora, por más que hubiese sido arrojado en aquel perdido rincón por un viento cuyo cambio de rumbo, a pesar de lo minucioso de sus cálculos, no había sabido prever. Sin embargo, era un hecho que si a veces, en las cosas más graves y decisivas, llegaba un momento en que perdía la visión del conjunto, en las pequeñas actuaba siempre con muy buen tacto e intuición. Ahora, por ejemplo, le quedaba tan fácil adivinar que los pasos, subrayados por los chirridos, que en ese momento sonaban de nuevo desacompasadamente en la escalera, sólo podían ser los de la señora Grunwald y su hijo, quienes sin duda llamarían de nuevo a su puerta, de regreso ya del comedor.

En efecto, un instante después oyó unos tímidos golpecitos; quiso levantarse para abrir él mismo pero, al comprobar que su vientre continuaba hinchado como un odre, se limitó a decir en voz alta:

—*Entrez!*

La puerta se entreabrió y vio aparecer por la abertura la cabeza de la señora Grunwald; la mujer paseó sobre él una mirada distraída y apagada, que de pronto pareció revivir en un destello intuitivo;

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

Incapaz de mentirle, tras un momento de duda le respondió que sí con un gesto ambiguo, casi indefinido, que era también una invitación a entrar.

La mujer cruzó el umbral, seguida por su hijo, y él aprovechó para erguirse un poco en el lecho, reacomodándose el cobertor sobre las piernas.

Luego, la oyó decir de prisa:

—Vengo a darle las buenas noches. José y yo nos vamos a dormir ahora mismo...

—Entonces, ¿no podemos hablar un momento?

—No, creo que deberíamos ahorrar fuerzas... No sabemos si mañana va a ser peor.

Se miraron durante unos segundos sin decirse nada. Al final, fue él quien habló:

—Estimada señora Grunwald... —empezó indeciso.

—Parece el encabezamiento de una carta de despedida... —bromeó ella nerviosamente, después de esperar un momento, con una sonrisa—. ¿Quiere lápiz y papel?

—Oh, no —rió él—, aunque tal vez si... Quiero decir que, aunque fuera por escrito, debería pedirle disculpas por todo lo ocurrido. No, no me interrumpa esta vez... —dijo con entereza al ver que ella intentaba añadir algo, y pasó rápidamente a afirmar que tenía la firme convicción de haber sido una carga para ellos durante el viaje, una carga si se quiere en el sentido más literal, y mucho se temía que al día siguiente lo seguiría siendo. Por eso le parecía más sensato que intentaran proseguir el viaje sin él...

—No es recomendable viajar en compañía de un Schlemiel —remató en tono concluyente.

—¡Señor Benjamin!... —dijo ella.

La miró.

—Entre los judíos, un Schlemiel es un hombre con mala estrella —se empeñó él—. Es decir, un hombre como aquél del que Chamfort decía que al caerse de espaldas se rompe la nariz.

—¡Señor Benjamin!... —tuvo tiempo de repetir ella, antes de que la risa nerviosa y desmedida de su hijo estallara casi violentamente dentro de la pequeña habitación, como un extraño grito animal.

Los dos se quedaron mirando en silencio al muchacho, con una mezcla de preocupación y perplejidad, en la que podía leerse lo mucho que el mensaje apenas intuido de aquella risa los había alarmado más que conmovido. Finalmente, la señora Grunwald envió a su hijo al piso de arriba a cepillarse los dientes y preparar el pijama... Todavía se oían los desganados pasos del muchacho subiendo la escalera, cuando la mujer intentó bromear:

—¿Usted, señor Benjamin, ya se ha cepillado los dientes?

Pero, al oírla, él la miró fijamente, sin reír.

—Sólo tiene catorce años. El cepillo de dientes es lo único que hoy puede recordarle su casa —se justificó ella—. Por eso lo mandé a que se cepillara los dientes... ¿Se da usted realmente cuenta, señor Benjamin, de lo que significa tener miedo a su edad?

De nuevo intercambiaron una larga mirada... «*Tiens*!... —pensó él— ¡sin duda algo como lo que le pasó a Esteban, aquella vez!...». Porque, en efecto, la historia del niño enviado todos los días por su madre en busca de leña, que le contó a su hijo esa tarde, ocho años atrás, sin duda había producido en él un desconcierto similar. Un día el niño del relato había encontrado a otro niño que le ayudó en

su tarea, entregándole al final un capullo de rosa, con la promesa de que vendría a visitarlo cuando la rosa se abriera. Días después, el niño murió y se abrió la rosa. Vívidamente recordaba que Esteban se había quedado mirándolo con ojos redondos, sin duda en espera de una explicación... Su mirada, ¿no se parecía por su ingenuidad a la del joven José?

—En cualquier caso, tiene que dormir. Al menos inténtelo —dijo la señora Grunwald, disponiéndose a dejarlo—. Respecto a la hora, no se preocupe: no permitirán que durmamos más de lo debido en España... —Ella lo miró de nuevo, inquisitiva, y añadió: —¿Quiere que le deje una de mis pastillas?

—Oh, no es necesario... ¡Tengo una buena ración! ¡E incluso puedo cepillarme los dientes antes de irme a la cama, como su hijo!

Por un instante ella pareció querer girar la cabeza hacia él, para celebrar la broma, pero al fin su mirada se enredó en la ventana y se despidió con voz neutra, cerrando acto seguido la puerta.

Minutos después todavía le zumbaba en el oído la voz de la mujer, con su extraño falsete, de angustia contenida, al decir: «Señor Benjamin, hasta mañana». Luego, no sin sorpresa comprobó que desde hacía rato las contracciones en su vientre habían desaparecido. ¿Gracias al intercambio mantenido con su amiga? ¿O, más bien, como simple consecuencia de la luminosidad crepuscular que entraba a raudales por la pequeña ventana? Resultaba innegable que su mera visión ejercía sobre él una influencia casi reconfortante, cuyo poder curativo podía comprobar, si quería, abandonando simplemente la cama.

Eso fue lo que hizo acto seguido, con cierta ansiosa celeridad, metiendo los pies dentro de los zapatos, sin atarse los cordones. Luego, caminó despacio hasta la ventana y miró hacia afuera; lo que se veía al otro lado era una especie de calleja, tan corta como estrecha, entre dos escaleras muy anchas que subían hacia la parte alta del pueblo, donde él sabía que quedaban la iglesia y la estación del ferrocarril. Enfrente, la pared tortuosa y ciega de un patio. Recortando las sombras a su alrededor, la luz del poniente hacía resaltar todos los ángulos y meandros, todos los rincones y asperezas, todos los remansos de luz y de sombra, dándole al pequeño callejón una vivacidad digna de un cuadro de Vermeer.

Al poco vio pasar un niño con un cesto; luego, a una mujer gorda con una bolsa. Esperó, sin dejar de mirar, sobreponiéndose al cansancio, hasta que percibió en la callejuela el latido de una especie

de gozosa y mirífica desolación. Fue entonces cuando vio aparecer la primera rata, que acogió con un «*Tiens!*» tan solícito como puntual. El roedor salió de un hueco en la pared de enfrente, y después de husmear un poco en los zócalos atravesó despreocupadamente la calle en dirección al edificio del hotel. Viéndolo actuar pensó que también él —como el niño, como la mujer gorda— cumplía con su rutina de ese día, pensamiento en el que se reafirmó cuando, «*Tiens!*», vio aparecer una segunda rata, algo más pequeña y vivaracha, que salió del mismo agujero justo antes de que la primera desapareciera de su ángulo de visión.

Se dijo que, en cualquier caso, aquello era algo natural. ¿No ocurría en un país semiderruido, invadido por las ratas? ¡Las ratas! Sin duda las había de varias clases. Al menos en eso sí estaba de acuerdo con Heine, que después de todo era quien mejor había escrito sobre ellas, en su poema «Las ratas emigrantes», precisando lo más elemental: que las había gordas y flacas. Las primeras eran las que se quedaban, las segundas las que emigraban. Y, ciertamente, las que acababa de ver eran de las gordas, las que se comían la ración de las que habían emigrado. Pero las que habían partido, ¿no lo habían hecho porque habían perdido su ración? Y a quien pretendiese decir que preguntarse eso era como preguntarse qué había sido antes, el huevo o la gallina, se le podía responder (por supuesto, por supuesto con el apoyo de aquella hermosa cita de Meister Eckart: *La naturaleza hace al hombre del niño y a la gallina del huevo; Dios hace al hombre antes que al niño, y a la gallina antes que al huevo)* que sin duda era la rata gorda la que había comido primero. Puesto que pertenecía a la subespecie de las ratas vencedoras, podía comer lo que quisiese, poner o no sellos de entrada y, en una época en la que se había puesto de moda encerrar a las ratas emigrantes en campos de trabajo, destinados a convertirse en campos de exterminio, amenazarlos a ellos con enviarlos al de Figueres si no aceptaban regresar a Francia por donde habían venido.

Sin embargo, lo que llamaba más la atención en todo eso era sin duda la afinidad peculiar que, en la Historia, había llegado a revelarse entre la condición de la rata y la del judío emigrante... ¿No había sido a causa de ella que, en tiempos muy lejanos, la comunidad judía de Francfort debía entregar anualmente al consejo de la ciudad cinco mil rabos de rata? Mirando siempre a través de la ventana, imaginó con desagrado los sacos sanguinolentos, llenos de largos rabos viscosos y malolientes...

Volvió en sí al escuchar un masivo ruido de pasos en el piso de arriba, y luego en la escalera. El ruido se detuvo en su rellano, se prolongó amortiguado por el pasillo hasta alcanzar su otro extremo, de donde al cabo de un momento retornó incrementado, y antes de continuar por la escalera se detuvo junto a su puerta, en la que alguien golpeó suavemente. Cuando respondió, fue ahora la menuda mujer de ojos azules, ¿cómo se llamaba?, quien asomó su cabeza, canosa y delgada, y le anunció que ella y las demás mujeres iban a bajar para cenar. ¿Quería él acompañarlas?

Sin pensar siquiera en lo arriesgada que, dado su cansancio y el reciente malestar de su vientre, podría resultar la simple maniobra de bajar las escaleras, respondió atolondradamente que sí y se dispuso a salir.

«Pero si es una pésima jugada... —pensó de forma involuntaria, al pisar con pie inseguro el rellano— ¡Sacar el rey, cuando aún se tienen los alfiles y los caballos!...».

V. PRIMERA VISION DE LA DANZARINA

A partir de cierto punto no hay retorno. Ese es el punto que hay que alcanzar
Kafka, «Consideraciones acerca del pecado»

¿Me harías el favor de portarte de un modo más seguro, más íntegro? ¿Qué hago con un huésped que es una sombra?
Kafka, «El cazador Gracchus»

TODAVÍA PENSABA en los alfiles y los caballos cuando desde la escalera, sorprendido por lo fácil que le resultó llegar hasta allí, oyó las voces de los que hablaban a gritos, abajo, en el comedor.

Jugaban al dominó...

Jugaban al dominó y el grupo, acomodado en la última mesa, junto a la puerta, estaba compuesto de los dos policías que se habían quedado en el hotel y los tres viejos, más bien apagados, con el humeante pitillo entre los labios, que compartían con ellos el juego. «*Tiens!*», murmuró al verlos y, mientras guiadas por el hotelero las mujeres procedían a tomar asiento en dos mesas contiguas, adornadas ya con los cubiertos, pensó que ciertamente el jefe de policía no los había amenazado en broma en la estación.

Pero, sentado a la mesa, volvió a sentir que su vientre se contraía ante el efecto de un nuevo pinchazo amenazador, y otra vez se dijo que había hecho mal en bajar. Además, ante la visión de los dos hombres uniformados, todo en él se cerraba y encogía, con una sorda opresión en el pecho, como si hubiese ocupado su puesto en una barricada y no en la triste mesa de un «afrancesado» hotelucho español de fronteras. ¿Sabía alguna de las cansadas y desmoralizadas mujeres que lo acompañaban que el mar, sólo a unos pocos metros de allí, batía sus olas en la «cala de las ratas», que era como se llamaba realmente la cala de Port-Bou? Y la más joven, ¿tenía alguna idea de la forma, más bien traidora, como miles y miles de voraces ratas los rondaban y acechaban? «¿Las ratas sólo esperan —pensó, con una especie de sobrecogimiento visionario— el momento de lanzarse sobre nosotros...».

Intentando disimular su nerviosismo, se quitó los anteojos y procedió a limpiarlos, manteniendo el húmedo y grasiento pañuelo —que desde su salida de Marsella no había tenido la oportunidad

de lavar— fuera del ángulo de visión de las mujeres. Mientras lo hacía, en la mesa del otro lado se oyó el ruido de las fichas barajadas, y también las voces y las risas de los hombres, que se disponían a comenzar otra partida. Sólo pudo olvidarse un poco de todo ello cuando una de las mujeres habló en francés. Reconoció la voz precipitada y como asustada de una de las señoras mayores, quien, dirigiéndose a su hermana, afirmó que si los policías seguían allí era sin duda porque todavía había alguna posibilidad de escapar hacia el interior del país sin el sello de entrada...

—*Scheisse, diese Schweine*!... —comentó la otra, en voz baja.

En el acto recordó el grito que, en un café de Marsella, había inspirado a uno de los presentes la noticia —tan temida como esperada en aquellos tiempos anteriores a Banyuls y a la risa franca del alcalde Azéma— de que la Alsacia y la Lorena volvían a ser alemanas, pasando a depender del *Gauleiter* de Baden la primera y del de Sarre la segunda. Todos habían dejado sus vasos, mirándose entre sí, buscando el embozado rostro del enemigo que podía haberlo oído, y el barman apagó la radio, lanzando una mirada de curiosidad más que de censura al hombre del grito intempestivo, que parecía dispuesto a lanzar vivas a Francia en alemán...

Días después, cansado de las forzadas tertulias intelectuales con que, todas las tardes, él y su amigo Fritz entretenían con otros refugiados la espera del salvoconducto americano, salió a dar un paseo que lo llevó hasta aquella *buvette* de la *rue Paradis,* junto a la *Canebière*, donde reconoció la cara hinchada del curioso alsaciano, que a su vez lo miró con familiaridad... Nervioso, pidió un buen vaso de *vin de pays*, lo que aprovechó el otro, que debía estar pensando en vinos de mejor calidad, para dirigirle la palabra con voz aguardientosa, levantando su vaso casi vacío:

—He oído, Mosela?... —preguntó—. ¡Se acabó el Mosela en Francia, *monsieur*!... Ahora tendremos que beber sangre de boche... ¿Ha bebido usted ya sangre de boche?

Luego, el borracho se le acercó un poco más, lo miró imprecisamente y continuó hablando... Fue así como, al acabar la segunda ronda, él conocía ya a rasgos generales la historia de aquel *commis voyageur* de ojos sanguinolentos y panza abultada, que, debido a su trabajo, había decidido perfeccionar sus conocimientos del francés, su segunda *Muttersprache*, y amaba su terruño con pasión, como correspondía a un buen hijo de campesinos que sólo hablaban en dialecto, y al terminar se hallaban ya en la primera guerra mundial...

Sin duda había sido ahí, o apenas algo más tarde, cuando el otro se dejó venir con los primeros compases de: *Vous n'aurez pas l'Alsace et la Lorraine*, que primero entonó con fuerza y luego, captando el gesto de alarma que él le hizo, con una suavidad aleccionadora, como quien enseña una canción a un niño.

Recordó vívidamente que la canción había resucitado en su memoria aquella espléndida tarde marsellesa, bautizada por el hachís, en que Gerda había danzado para él. Y pensó que todo lo que las odaliscas podían hacerles a los pachás ante los cuales bailan, eso le había hecho aquella vez Gerda, cuya mirada enigmática y alegre le recordaba tanto la de la joven que, en esos mismos instantes, lo observaba desde el otro lado de la mesa...

¡Ah, seguramente ella sí sabía cantar: *Vous n'aurez pas l'Alsace et la Lorraine!*...

Sí, era tal vez por eso que no le resultaba difícil intentar imaginar la novela que dormía en esa mirada distante e indefinida, tan parecida a la de Asja. ¿Cuántas veces había oído hablar en su infancia de la guerra francoprusiana? ¿Cuántas veces había oído cantar a sus tías y abuelas aquella misma canción? ¿U oído hablar de ciertos ceremoniales antiguos propios de los judíos alsacianos, como aquel de los dieciocho círculos que, a modo de protección contra la malvada Lilith, la oficiante traza con un cuchillo ritual sobre las cabezas de la madre y el recién nacido? ¿Y cuántas veces ella misma se habría preguntado si era francesa o alemana, o por qué le era posible cambiar de país sin cambiar de lugar? «Sin nacionalidad determinada», recordó, comprobando que, cualquiera fuese su nacionalidad, el hecho era que ella sabía sacar el máximo beneficio de su talento imitativo, pues reproducía a la perfección el acento de Berlín, cuando hablaba en alemán, y el de París, cuando lo hacía en francés...

De pronto, volvió a los que, en el extremo opuesto del salón bar —en el que hacía unos minutos habían entrado dos nuevos parroquianos, uno de los cuales leía el periódico junto al mostrador—, no dejaban de hacer ruido, relegando al grupo de extranjeros a esa actitud de inhibida y silenciosa espera. Por suerte, ésta no se alargó demasiado: una mujer menuda, de ojos azules, apareció llevando una fuente llena, cuyo contenido distribuyó, mediante un cucharón, entre los platos de los cuatro comensales, que la miraron actuar en silencio, sonriendo y moviendo la cabeza en señal de cortesía. La mujer pasó revista al vino, los vasos, las cucharas y, diciendo «*Bon profit!*», hizo una venía a la señora Wilmart —que por cierto era la

que más se le parecía— antes de desaparecer con la fuente por la pequeña puerta junto al mostrador, en medio del profuso cascabeleo de la cortina.

—Es curioso —oyó decir a una de las mujeres mayores—, no he comido desde ayer, pero no tengo nada de hambre...

—Haga un esfuerzo... —dijo la más tímida y silenciosa—. Quién sabe si mañana podremos volver a sentarnos ante un plato caliente...

Hubo un cruce silencioso de miradas, al que él no permaneció ajeno, y se oyó al fin el tintineo de las cucharas y, otra vez, el cascabeleo de la cortina espantamoscas. Sobre el fondo de las voces de los que hablaban, y de las fichas de los que jugaban, aquellos sonidos despertaban en su memoria resonancias que, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, lo remitían a los ya lejanos tiempos de Ibiza, cuando la idea del viaje se asociaba tan fácilmente en sus sueños, y en su imaginación, al barco blanco de la Transmediterránea, el Catania, que hacía la ruta entre Barcelona y la isla... Pero no debía, o no podía, ceder tan libremente a su llamado, por más que éste le permitiese recordar aquel primitivo restaurante de San Antonio, adonde solía ir a comer antes de que Ibiza se empezara a llenar de recelosos o huidizos, o de silenciosos y vigilantes turistas alemanes. Sí; éstos últimos, y no aquéllos, eran los que empezaban a tomar posiciones, pues sabían ya lo que se avecinaba, del mismo modo que en esos mismos instantes algo le decía a él que ya era necesaria una rápida, aunque silenciosa movilización. ¿Una acción por sorpresa en aquella fronteriza zona del recuerdo, precisamente ahora? No en vano su vida parecía poder resumirse últimamente en un mapa mucho más complejo que el improvisado por Azéma, una especie de mapa militar que alguien desplegaba sobre una mesa para estudiar la estrategia a seguir, señalando con cruces rojas las posiciones claves —o, lo que es lo mismo, los recuerdos ganados uno a uno en una inopinada guerra de trincheras— que había que conservar o recuperar contra el enemigo.

Pero he aquí que, al clavar la mirada sobre su blanco y desportillado plato, el silencio acechante y casi acusador de las mujeres le hizo comprender que, sin que él se percatara, una de ellas, seguramente la señora Wilmart, acababa de dirigirle la palabra. Se disponía a disculparse, cuando la señora más joven rompió un silencio ya embarazoso para preguntar, no sin lanzarle una angustiada mirada a la alsaciana, ¿dónde la había visto él antes?, si alguien había pensa-

do ya, si alguien tenía ya una idea clara de lo que cabía intentar hacer al día siguiente por la mañana...

Las mujeres bajaron los ojos, contemplaron pensativas las cucharas, y él aprovechó para mover con acechante distracción el contenido de su plato.

De pronto, empezó a oír las voces desde una distancia que se contraía y dilataba, como si él girara en una especie de tiovivo.

—Esperemos que no llueva... El cielo ha empezado a nublarse esta tarde...

¿Había sido la señora Wilmart? ¡La frase parecía dicha con segunda intención!

—Sin embargo —ahora era otra voz, menos cascada, la que hablaba—, no sé si el buen tiempo nos favorecerá...

—¿Qué quiere usted decir?

Las miradas de todos los comensales sentados a la mesa se dirigieron hacia el lugar de donde parecía haber surgido la otra voz, y allá afuera se escucharon las campanadas del reloj, el reclamo de una gaviota y los gritos de unos niños que jugaban...

—Sin duda ella quiere decir que, si lloviera, tendríamos un buen argumento para negarnos a volver, ¿no es así?

Esta vez, creyó reconocer la voz de la alsaciana. Presintió que ella había posado su mirada interrogativa sobre él, y su mano nerviosa, cogiendo la cuchara, fue una vez más al encuentro del plato... ¿Se parecía a Gerda? ¿O, más bien, a la Asja que había conocido en Capri?

—Por lo que a mí respecta —se oyó decir entonces, con una extraña determinación, y enrojeciendo intensamente, como le ocurría cuando se sentía absolutamente desbordado—, ¡estoy dispuesto a no moverme de aquí, pase lo que pase!...

Sorprendidas, las cuatro mujeres se volvieron casi al tiempo hacia él, que, con los codos sobre la mesa, y los brazos rodeando los cubiertos, intentó recuperar el control hundiendo de nuevo los ojos en el plato... En esa recalcitrante postura sostuvo durante unos momentos la espectante atención de las cuatro mujeres, mientras pensaba que no, no era ésa la forma más adecuada de impedir que ellas lo compadecieran, intercambiando entre sí cómplices e interrogativas miradas. Aunque ninguna de ellas, ni siquiera la joven alsaciana, cuyos ojos tanto lo turbaban (*Aparta de mí tus ojos, pues éstos me han hecho salir fuera de mí, y me arroban...*), estaba en condiciones de poder sentir por nadie una verdadera conmiseración, era casi seguro

que en aquel momento todas se preguntaban de dónde había salido aquel *drôle de type*, aquel *Komischer Kauz*—al que habían visto por primera vez allá arriba, en la montaña, en compañía de la guía y la señora con el muchacho—, de dónde había salido y quién era.

—Tal vez usted y su compañera de viaje —oyó la voz de una de las señoras mayores.

—La señora Grunwald —apoyó la otra.

—Ahora tal vez el señor Benjamin prefiera comer...

—*C'est le repas de la consolation. Seudat Havraa!*...

Creyó reconocer la voz de la alsaciana aunque nadie, absolutamente nadie más pareció entender el comentario, ni siquiera oírlo. ¿Por qué? Miró a la joven con curiosidad, casi con miedo... ¿Había hecho el comentario sólo para él? ¿O, más bien, sólo él había alcanzado a escucharlo? Cabía incluso la posibilidad de que su imaginación hubiese penetrado en la mente de la alsaciana... ¡O más bien a la inversa!

—Tal vez usted tiene amistades en Barcelona... —dijo en aquel momento una voz femenina que no pudo identificar—. En la estación oí decir que usted traía unos papeles...

En el momento en que la joven alsaciana se levantaba para ir al mostrador, él parpadeó y dirigió lentamente sus gafas hacia el sitio de donde había salido la voz, encontrándose con el rostro de la anciana más pequeña. ¿Mistress Fulman?... No, ése era el nombre de la señora, también mayor, que había tenido que quedarse en Marsella por culpa de su corazón; ésta se llamaba frau Wilmart, de Kitsbühel, tan pequeña y fuerte como una quinceañera. Sí, la señora Carla Wilmart, ¡más valía que se esforzara de una maldita vez en retener su nombre! Allá arriba los había dejado a todos asombrados con su agilidad al bajar la montaña, como si hubiera pasado toda su vida en el campo, saltando por entre rastrojos y rocas. Pensó que, con su aspecto voluntarioso, sus ojillos azules, su pelo blanco, su cara enjuta y rozagante, su nerviosa y apresurada gesticulación, la mujer parecía animada por una voluntad inexorable: la de no desmayar ni mucho menos retroceder. De ahí que seguramente hubiese interpretado la forma de mirarla de él como una prueba cierta de que había abierto una brecha en su actitud derrotista, apaciguando la contenida desesperación que empezaba ya a destellar tímidamente tras sus gafas de miope. En cuanto a él, casi había adivinado una nueva arremetida de la mujer, cuando la escuchó mencionar el consulado norteamericano en Barcelona —tal vez si usted llamara, herr

Benjamin»—, lo que permitió a la alsaciana, de vuelta ya en su sitio, con el periódico español en la mano, intervenir de nuevo, ahora un poco bruscamente, para indicar que por propia experiencia sabía que era preciso llamar por la mañana...

—Pero escuchen esto... —añadió acto seguido, levantando el periódico, cuyo nombre todos pudieron leer: *La Vanguardia*; luego, empezó a traducir sin apenas dificultad—. Escuchen por favor lo que dice el periódico de ayer... El señor Serrano Suñer, Ministro de la gobernación, que se aloja en el hotel Adlon, se entrevistó ayer a última hora de la tarde con el ministro de relaciones exteriores del Reich von Ribbentrop y hoy será recibido por el Canciller Hitler...

—Alentadora noticia... —dijo la hermana de la señora Wilmart, o más bien la otra señora, la que se hacia notar menos y, con un brillo de ansiedad en los ojos esquivos, se limitaba siempre a escuchar.

—Sin duda no hemos elegido el mejor momento para venir a España... —oyó de nuevo la voz de la alsaciana, ¿la misma voz de timbre cálido y oscuro que había dicho: «*Seudat Havraa*»? se preguntó, mientras desertando del diálogo con expresión consternada, las mujeres volvían a ocuparse en silencio de las cucharas...

«Para mí eso no es nada nuevo», reflexionó, y estuvo a punto de decirlo, pero volvió a pensar en la expresión *Seudat Havraa*. Aunque no estaba muy ducho en costumbres y tradiciones judías, ya fueran francesas o alemanas, estaba casi seguro de que tenía que ver con lo que en ciertos ambientes alsacianos se llamaba la comida del consuelo (*le repas de la consolation*), esto es: la comida normalmente compuesta de lentejas y huevos duros (forma esférica o circular, evocadora de la vida), que se toma en los funerales. De pronto, volvió a mirar a la alsaciana, y descubrió que, tras dejar el periódico a un lado, ahora lo observaba a él pensativa, y parecía repetirle con su bella mirada sombría: «*Seudat Havraa...*».

Al fin decidió levantarse y, tranquilizando con un gesto a las mujeres, aparentando el máximo aplomo, se lanzó sobre la pequeña puerta junto al mostrador. Mientras subía las escaleras, casi resollando, pensó que posiblemente ésa era la primera vez, desde hacía muchos años, que se enfrentaba con tal resolución a una disyuntiva tan consecuente con su teoría de que vivimos en un continuo estado de emergencia.

«Atrincherarse tras lo que sea, incluida la enfermedad, ¿qué mejor expresión del estado de emergencia?», se dijo vagamente, pasado ya el primer rellano, al sentir que se ahogaba, que en su vientre algo se

retorcía de nuevo, como una gigantesca cola de rata, y que a su alrededor todo sucumbía en un lentísimo torbellino de asombro y de dolor...

Las campanadas del primer reloj lo hicieron volver bruscamente en sí. Habían pasado varios minutos... Y se encontraba ya en su cuarto, solo.

Luego, cuando las campanadas dejaron de oírse, escuchó con atención sus propios latidos, que resonaban con precisión sobre la pantalla de ese silencio cargado de presagios. En ellos, creía percibir un eco no del todo apagado de lo que acababa de ocurrir, mientras en su conciencia aleteaba la imagen del hotelero —reducido casi a la pechera gris de su delantal, al asomar su tórax y su cabeza a través de la puerta—, cuando seguidamente escuchó afuera una voz femenina y reconoció el acento agudo, efusivo y como asombrado de la señora Wilmart, hablando con el hombre. Pero, en aquel momento, a él sólo le preocupaba el ruido que hacían, tan poco amables y considerados con los que seguramente dormían ya en el piso de arriba.

—¡Perdón *monsieur* Benjamin!... —se anunció la señora Wilmart antes de entrar.

Nada más cruzar la puerta la vieja dama se le plantó junto a la cama y, pequeña, decidida, le preguntó casi apremiante:

—¿Por qué no nos dijo hace un momento que se encontraba mal? ¡Le hubiéramos subido la comida!

—Señora, usted es muy amable... —dijo él inseguro—. Pero no me gustaría que todo el mundo se enterara...

La señora Wilmart lo miró extrañada, luego agitó la cabeza.

—¿De qué? ¿De que está enfermo? ¡Pero si usted mismo acaba de decírselo al hotelero!

Al oírla, de pronto lo recordó todo: había llegado casi arrastrándose hasta la habitación, se había tirado en el lecho, había esperado unos segundos, pensando en lo que pudieran decir abajo las mujeres sobre su deserción, y de nuevo había empezado a sentir los retortijones. Después, su boca había dejado sin duda escapar algunos lamentos, pues al poco el hotelero llamó suavemente a la puerta... Sólo recordaba el cuerpo inclinado del hombre asomando la cabeza por encima de la pechera gris de un delantal algo grasiento, su esforzada amabilidad, velada por una sombra de recelo cuyo espesor pudo casi palpar cuando el hombre se decidió al fin a decírselo. ¿No quería que

llamara al médico? Había uno en el pueblo, el único desde febrero del 39, cuando había vuelto de Francia no mucho después de que las fuerzas de Franco conquistaran Port-Bou y celebraran la misa de la Victoria en el collado de los Belitres...

—¿Pero sabe usted cuándo vendrá el doctor?

—El hotelero dijo que es el único en el pueblo; por eso creo que puede tardar.

Además, a ella le pareció entender que el hombre, hablando en francés, se había referido a la posibilidad de que el anciano doctor Vila le extendiese un certificado que le permitiera, como enfermo, quedarse unos días en el hotel sin ser molestado.

«Eso es, quedarme en España como enfermo...», pensó e intuyó que, a partir de ese momento, las cosas seguirían ocurriendo como habían empezado ya a hacerlo, de una forma difusa y agolpada, incierta y como concebida por una mente que delira, por una mente lúcida que delira... Por ejemplo, ¿por qué esa anciana señora se empeñaba ahora en que debía ir inmediatamente en busca del médico? ¿Y en ir a avisarle a su amiga, la madre del chico, que no había bajado a comer con los demás?

—¡Le ruego que no lo haga!... —suplicó, con cierta brusquedad, intentando erguirse sobre la cama—. Están muy afectados por todo lo ocurrido. Por favor, dejémoslos tranquilos...

La vieja dama se detuvo en seco, un poco asustada, al reparar en su expresión de angustia y, al darse cuenta, él abundó en el tema en un tono más sosegado: la madre estaba muy asustada no tanto por ella misma como por el muchacho... además, ¿de qué podía servir? El no necesitaba que nadie sufriera por su culpa, seguramente podría volver a valerse por sí solo tan pronto hubiese reposado un rato, y ella misma debería irse inmediatamente a descansar si ya había terminado de comer...

Luego, ¿qué ocurrió?

¿No salió la mujer dejándolo solo, abandonado a su suerte, dentro de aquel cuarto miserable? ¿Y allí, tirado sobre el lecho, no se quedó él convencido de que eso era lo que en buena lógica debía ocurrir? Al fin tenía la impresión de que las cosas habían encontrado su cauce definitivo, que era el más cercano a la tragedia, y de que, habiendo ya ocurrido lo que estaba escrito que debía ocurrir, ahora solo cabía esperar pasivamente, sin desesperación pero también sin esperanza... Nada resultaba pues más impropio de las circunstan-

cias que el que esa vieja dama entrometida y dicharachera —¡pero cuántas energías a su edad!, ¡y cuán difícil de tener vida privada desde que, meses atrás, había abandonado París!— se empeñara en quedarse a su lado para velar por él y, con su presencia y sus actos, darle la impresión de que aún había alguna esperanza, de que ninguno de ellos, y mucho menos él, por más enfermo que estuviera, podía ciertamente considerarse desahuciado...

Cerró los ojos, como si no acabara de entender, los abrió de nuevo y descubrió que ella seguía ahí de pie...

—¡Monsieur herr *Doctor, permita que sea yo quien lo decida!... —la oyó protestar.*

Comprendió que de ahí en adelante ya no tenía nada que hacer, puesto que él mismo había estado esperando que alguien tomara las riendas, y era precisamente eso lo que acababa de ocurrir...

Luego, mientras intercambiaban algunas frases amables, la vio reacomodarle la manta sobre el pecho, moviéndose diligentemente dentro de la pequeña habitación, la vio colocar con cuidado la chaqueta y la corbata sobre el taburete, pasar revista a la cartera y los zapatos, abrir un poco más la ventana y hasta recoger unas pelusas del suelo, todo eso sin dejar de hablar y gesticular...

Hacía pocos años que ella lo había tenido alojado en su granja cerca de Kitzbühel, era un «muchacho» que incluso físicamente se le parecía, ya que llevaba también unos anteojos gruesos y redondos, de los que sólo sacaba provecho cuando se trataba de leer o de garrapatear, pues era absolutamente incapaz de hacer bien algo que no estuviese previamente escrito en un libro. Ella no entendía cómo aquel Komischer Kauz, *con su seriedad hilarante, había logrado sobrevivir hasta entonces, entre tanto libro leído, pero tan incapaz de distinguir un naranjo de un limonero, o incluso, cuando iba de viaje, de elegir una habitación apropiada...*

—¿Usted cree que uno puede ir por la vida así? ¡Dígame, por favor!

—¿Pero usted, señora, de quién diablos me está hablando?

La señora Wilmart lo examinó con una mezcla de desconcierto e ironía.

—De uno que podría ser su doble o su hermano... —dijo al fin con una sonrisita maligna y añadió dubitativa—: Porque tendrá algún hermano, ¿no?

—Dejé a mi hermana escondida en Lourdes... ¡Y mi hermano está internado en un campo!

La sonrisa desapareció del rostro de la mujer, que se quedó inmóvil y, llevándose la mano a la mejilla, en un consternado gesto, lo miró en silencio.

Luego volvió a moverse, pero ahora con un sigilo respetuoso, mirando nerviosa hacia la puerta. Cuando estuvo junto a ella, se giró hacia él y le dijo en voz baja, antes de salir;

—Lo siento. ¡No sabe cuánto lo siento!...

Sin inmutarse casi, la vio salir cabizbaja y escuchó distraído el apagado ruido de sus pasos en la escalera. En medio de su enfermedad, el hecho de que aquella especie de *brave vieille femme* hubiese recuperado tan originalmente las riendas le inspiraba una especie de furtivo y casi vergonzante regocijo. ¿Acaso porque la forma de actuar de ella era claramente maternal? «He ahí una mujer en la que lo maternal asume la forma de un *coup de main*, de un ataque por sorpresa, casi de una guerra relámpago», se dijo. «Sí; de ese modo llevó a cabo Hitler la invasión de Polonia...», añadió y sonrió él mismo al pensar que sólo ese retorcido y algo malévolo pensamiento le permitía pactar al fin, de una forma digna, con los condicionantes morales y humanos de la nueva situación.

Entonces, como si su mismo mal le inspirase esa especie de travesura imaginativa, desprovista ya de malignidad, dio en calcular las posibilidades que históricamente tenía de haber sido hijo de la señora Wilmart, a quien prácticamente acababa de conocer.

A un primer vistazo, dichas posibilidades le parecieron grandes, contra lo que decían las apariencias, en especial la de la edad. Pues, a sus cuarenta y ocho años, con sus cabellos grises, él parecía un sesentón, mientras que a sus setenta años —según había deducido horas atrás de la fecha de nacimiento involuntariamente leída en el pasaporte de la mujer— ella tenía toda la chispa, e incluso todo el aire de una mujer de cincuenta. Lo pensó así y lo corroboró, de algún modo, cuando reconoció sus pasos subiendo la escalera; hacían pensar en unos pies ágiles, casi vigorosos. Luego, la propia manera de hablar de ella, cuando entró, lo afianzó todavía más en dicha hipótesis, a través de la cual se expresaba un deseo recóndito; sí, ésa era la valerosa mujer que podría haberlo concebido a la edad de veinte años... Además, ¿por qué había roto ella la barrera de la cortesía, y había decidido tomarlo a él por su cuenta, si no era porque a su vez ella había sentido algo equivalente? La señora Grunwald, por ejemplo, hubiese sido incapaz de actuar de la misma manera, tomando la iniciativa sin su consentimiento, incluso sentándose al

borde de la cama con la familiaridad y entereza con que acababa de hacerlo la señora Wilmart, tras ofrecerle la taza, humeante aún, y decirle de forma conminante:

—¡Beba!...

Tardó unos instantes en decidirse. Pero cuando lo hizo, alargó demasiado torpemente el brazo y la taza se agitó con brusquedad en su mano, vaciando casi todo su contenido.

Los dos clavaron consternadamente la mirada sobre el reguero, que no alcanzó a salpicar los zapatos ni la cartera.

—Perdóneme... ¡soy un estúpido! —dijo él.

Ella lo miró sorprendida; luego se esforzó en sonreír.

—No se preocupe; puedo preparar otra.

—Oh, no se moleste...

De pronto, ella inclinó la cabeza sobre el reguero, con aire misterioso.

—Y a lo mejor ni siquiera fue usted.

En un gesto automático, los anteojos de él enfocaron a la mujer.

—¿Entonces quién?

Comprobó que la señora Wilmart se erguía un poco y soltaba una risita espasmódica al encontrar los ojos de él clavados en su rostro, como los de un insecto asustado. Era la primera vez que ocurría; cerró los ojos como quien intenta ver claro dentro de sí y allí dentro, bajo esa cálida oscuridad, creyó percibir que la realidad se adelgazaba progresivamente hasta convertirse en una simple línea, casi imperceptible, que separaba lo real y lo imaginado... Lo que estaba ocurriendo, ¿ocurría fuera de él, en la realidad, o sólo en su imaginación?

—Tranquilo, señor Benjamin— oyó, o creyó oír que en aquel momento decía la señora Wilmart, inquieta, poniéndose rápidamente de pie—. Me refiero al hombrecillo jorobado. ¡Todo el mundo lo conoce!...

Ocurría sólo en su imaginación, sin duda alguna, de ahí lo del jorobadito... «Mi pensamiento lo busca, se sirve de él como de una brújula.» Pero no podía decírselo a la mujer, pues, descubierta la telaraña de la superstición, más valía no tocarla, no fuera que su hilo se rompiera y la araña, ¿o el jorobadito?, empezara a ocuparse otra vez de él, que seguía dudando de que aún fuera posible darle un buen giro a las cosas... Y creía recordar que, valiéndose de su suave ritornello, *esa melancólica aprensión se había apoderado una vez, tiempo atrás, de su mente, cuando se percató de que la señora Wilmart recitaba para sí en*

voz baja —como si solo intentara saber si aun podía recordar los versos:—

«Cuando voy a la cocina para hacerme la sopita...».

Esperó, pero no escuchó nada más. Entonces completó él mismo de prisa, como a hurtadillas:

«hay allí un jorobadito, que me rompe la marmita...».

Y al final, cuando los pasos de la mujer se apagaban ya escaleras abajo:

«Ah, y no te olvides de rezar también por el jorobadito...».

«Sí, por el jorobadito», repitió, cerrando los ojos, como si durmiera, «por el jorobadito», como tantas veces, de niño, su madre le había susurrado al oído. Por eso, con su aire de supersticioso abracadabra, dicha frase era en realidad el comienzo de la madeja y bastaba pronunciarla para empezar a retomar el hilo entero de toda una vida, o descubrir el punto donde había empezado a tejerse la trama equivocada. Sin embargo, si la trama de una telaraña no se podía deshacer como la de una prenda de punto que un niño desteje como en un juego, ¿qué pensar del insecto que se debate en su tela o, más bien, del hombre que aún cree que era posible darles un buen giro a las cosas?...

Pero el «insecto» mismo dudaba, desde mucho tiempo atrás, de que eso fuera todavía posible. El futuro le brindaba la más incierta perspectiva acerca de su país, su lugar o su puesto. Muchos amigos, pero iba de mano en mano. Muchas destrezas, pero ninguna de la cual vivir. ¡Y cuántos escollos —o jorobaditos— en su camino!...

Recordó que esa vez, años atrás, en la borrachera de hachís de aquel cuarto de Marsella, había sido especialmente notable la forma como Gerda, que tan bien sabía danzar las palabras —y los sentimientos asociados a ellas—, había interpretado la cadencia especial de esa frase incluso antes de que él la escribiera. Aunque en realidad —pensó— había sido en sus ágiles pies donde las palabras habían adquirido la plenitud de un significado que se agolpaba en su garganta como un inextricable nudo de tristeza. Luego, la misma tristeza pareció disolverse en la sinuosidad de las evoluciones de la danza, antes de surgir de nuevo, cuando la bailarina volvía a ensayar un epicentro en determinado rincón del tapiz, como algo ya inherente a la belleza de sus piernas, a la agilidad insolente de sus pies, cuyo arco esbelto, cuyo talón redondeado parecía castigar con saña algo invisible. Y así, la tristeza del que miraba palpa-

ba casi la presencia de un misterio que la forma esbelta, emponzoñada y hermosamente reptil de sus pies desnudos hacía su prisionero, y los sentía retumbar dentro de su cerebro como los badajos de una retumbante campana, cuando ya otra frase despuntaba en su pensamiento: estoy tan triste que sólo puedo vivir resignándome paso a paso. Pues en realidad había sido tan tristemente, y tan paso a paso, como en los últimos nueve años había ido extrayendo el hilo legado por la danzarina, y el tiempo transcurrido había sido de hecho la prórroga que se había concedido a sí mismo, como si durante dicho tiempo la hubiese visto evolucionar pensando que sus piernas no podían hacer nada contra esa especie de bastión donde reposaba...

Otra cosa hubiera sido si, ya en aquel momento, se hubiera desplomado a causa del alcohol. Entonces, levantándolo ágilmente hasta la altura de su cabeza, con apenas un toque imperceptible el pie de Gerda hubiera hecho caer su aureola de pensador irredento —o lo que es lo mismo, de filósofo que, circunstancialmente, ha ahogado la mariposa de su lucidez entre vapores de alcohol— tan confundida ya con la aureola del saturniano, vale decir, con la del hombre triste y rezagado. Pues todavía no había caído, si bien, adoptando una pose sumamente característica —el mentón apuntalado por el canto de la mano— su cabeza se había sumergido en los hombros gracias a la misma ley de gravedad con que su alma se sumergiría después en la noche, y él se había aferrado con la mano libre al brazo del sillón. Luego, hubo un momento en el que la danza se hizo más agresiva y, casi mareado, él ya no pudo seguirla con la mirada. Las piernas de la danzarina parecieron alcanzar una ingravidez que las volvía más peligrosas, sus pies se elevaron a mayor altura, y en la habitación todo pareció agolparse de una forma delirante, los rostros y las fechas, las épocas y las identidades, de tal modo que de pronto se dio cuenta de que ella giraba ya en un sombrío futuro por el que se había adentrado ensimismada, violando todas las leyes y sumiéndolo en esa perplejidad obtusa que le impidió a su mente comprender lo que sus mismos ojos veían con anticipación. Por eso podía verla aún, muerta ya, en su interminable danza de difunta. Podía verla, fijado por ella a ese recuerdo, que era también el del ángel de la muerte que venía a decir a cada uno de sus amigos la hora en que morirían, podía verla con un rostro apenas parecido al de ella misma, pues tal vez era demasiado ovalado como el de Asja o demasiado pálido como el de la alsaciana, cuyo

recuerdo, como el aletazo de un presentimiento, lo trajo en ese momento bruscamente a la realidad...

¿Cuánto tiempo había pasado?

VI. PRIMERA INMERSION EN EL RECUERDO

A travers la noirceur de la nuit, il avait regardé
derrière lui dans les années profondes...
Baudelaire, «Fusées»

Nadie habla sobre ti; son muchos los temas, pero tú
no estás en ellos; tú sigues tu viaje, pero, hasta donde
yo sé, ninguno se ha cruzado contigo
Kafka, «El cazador Cracchus»

EN ESE MOMENTO se oyó ruido de pasos en la escalera; la puerta se abrió un poco y, antes de entrar, la señora Wilmart asomó la cabeza, preguntó:

—¿Se había quedado dormido?

—Oh, no, claro que no... —dijo él, abriendo los ojos.

Por la forma cuidadosa como la vieja dama sostenía la taza que llevaba en la mano, ¿era la misma de hacía unos instantes?, dedujo que debía estar llena; pero, en vez de dársela inmediatamente, ella lo miró dubitativa e, inclinándose sobre él y asordinando la voz, como si pudieran oírlos, dijo;

—¿Sabe una cosa? Creo que la alsaciana aprovechó la confusión de hace un rato para salir del hotel... No la hemos encontrado por ningún lado. ¿Usted cree que podría hacer algo?

—¡Algo! ¿Por ejemplo qué?

—Por ejemplo, alquilar un taxi para llegar hasta Barcelona...

Al oírla, él lanzó un consternado «¡Querida amiga!» que casi la inmovilizó. La señora Wilmart lo miró desconcertada, luego, en un gesto algo brusco, le entregó la taza y se dejó caer sobre la silla, que crujió.

—Sin el sello de entrada no tardarían en detenernos... —le explicó entonces él, mirando recelosamente la taza—. Perdone... —añadió—. ¿Es la misma infusión de antes?

—¿Antes? No entiendo... —la vieja dama lo observó en silencio, con sus ojillos azules perspicaces, casi acusadores—. Me parece que usted tiene fiebre —la oyó decir luego, decidiéndose a argumentar a favor de su enfermedad—. ¡Si esa muchacha pudiera hacer algo por nosotros! —se lamentó.

Luego, tuvo la impresió de que la mujer continuaba hablando, explicándole que ella y su hermana —pensó en las dos señoras

mayores—, habían entrado en contacto con la alsaciana cuando iban en busca de un campesino de la región que desde hacía poco tiempo se encargaba de pasar refugiados a través de la frontera, por una ruta del interior —¿la ruta Lister?— mucho menos expuesta que la del cementerio de Cerbère, dado que era precisamente la de los contrabandistas.

El dejó de mirar la taza y levantó la cabeza.

—Ciertamente, he de reconocer que ni siquiera en la estación me pareció intranquila... —declaró, cruzando con ella una mirada contemporizadora.

Luego recordó el perro de aire melancólico que —careciendo por cierto de las tres cabezas reglamentarias de un auténtico Cancerbero— le había lamido allá arriba la mano, le había olido los zapatos, justo unos minutos después de que la hermosa joven, con sus tres acompañantes, empezara el descenso hacia la parte española por un camino distinto del que ellos seguirían. La iniciativa de bajar por separado, para no llamar la atención de los guardias de fronteras, sin duda había partido de ella, sólo ahora lo comprendía.

—Y a mí me gustaría que ella pudiera hacer algo —añadió—, aunque sólo fuera por ustedes. Por lo que a mí respecta...

—No empecemos de nuevo, señor Benjamin... —le advirtió, interrumpiéndolo, la señora Wilmart, y añadió con el tono resuelto que la caracterizaba—: ¡Y por favor, tómese de una vez la infusión!...

Obedeció; mientras él bebía dificultosamente uno, dos, tres sorbos, ella aprovechó para inclinarse sobre el nochero.

—Perdone mi curiosidad, quiero saber qué hay dentro. Arriba, en nuestro cuarto, encontré un periódico con fotos del Conde Ciano...

—Ah, el conde Ciano... Eso me recuerda las Baleares, donde se hablaba mucho de otro conde fascista, Rossi, el conde Rossi... —observó el—. ¿Ha estado usted en las Baleares?

—No, y me refiero a Ciano —insistió ella, inclinándose sobre el nochero, cuya puerta parecía encallada—. El conde Ciano, también ahora de visita en Alemania. Lo traía antes de ayer el periódico...

Tras un breve esfuerzo, la pequeña puerta cedió, produciendo un agrio chirrido. Adentro había varias revistas y folletos, un cuchillo oxidado, un viejo florero con un ramo de rosas marchitas y sin duda un poso de agua podrida, pues una vaharada putrefacta y dulzona se esparció rápidamente por la habitación.

Al percibirla, la señora Wilmart se dio prisa en volver a cerrar el mueble, con un gesto de repugnancia muy parecido al que él le hizo al terminar de beber el contenido de la taza.

Entonces, olvidándose de la mujer, que volvió a sentarse en la silla, él entrecerró los ojos para recordar mejor el momento en que el fronterizo pueblo de los Pirineos, que todavía no veían pero que presentían allí, encajonado entre la montaña y el mar, como en una especie de hoya, se le antojaba una pequeña tierra de promisión. No, con toda seguridad no habría sido así como se hubieran manifestado en sus sueños las murallas de Jerusalén, pero su alegría al verlas sí se habría parecido mucho a la que, tras algo más de siete horas pendiente del reloj, cronometrando su propia respiración, experimentó cuando divisaron en la distancia la estación de Port-Bou, y luego la Iglesia, y luego el pueblo semiderruido.

Sólo ahora recordaba que entonces, en un momento del descenso apenas algo posterior a las exclamaciones de sorpresa lanzadas por las tres mujeres, cinco o seis gaviotas habían aparecido en el cielo azul, cargado de un vapor plomizo y húmedo a pesar del calor, sobrevolaron un momento el grupo y, haciendo una difícil y rápida maniobra, en que su forma misma pareció desprenderse de ellas, después de lanzar varios chillidos se dirigieron hacia el mar, posándose finalmente en el acantilado, al pie de aquella caprichosa construcción escalonada sobre las rocas a la que, unos metros más adelante, la alsaciana aplicaría un extraño nombre, sin duda hebreo, aunque en realidad no era más que el otro cementerio, el cementerio de Port-Bou.

Abrió los ojos con sobresalto; la visión del cuarto y de la vieja dama sentada a su lado lo tranquilizó, pero un fuerte retortijón lo hizo estremecerse, y apretó los labios para sofocar el quejido. La señora Wilmart, apenada, le puso la mano sobre la frente, le acarició tímidamente las sienes...

—¿Por qué no intenta dormir mientras tanto?... —le dijo en un quedo susurro, y él cerró los ojos, menos para acatar su ruego que para disfrutar en toda su plenitud aquel inesperado contacto con la mano de la mujer—. ¡La infusión le haría más efecto! No se preocupe, lo despertaré cuando venga el médico...

Escuchó las palabras, con los ojos cerrados las retuvo unos instantes en su memoria y casi volvió a sentir aquella cálida y suave presión sobre su frente... ¿Cuánto hacía que no experimentaba una sensación como ésa? No, no era preciso retroceder hasta la infancia,

pues, antes que una referencia a la madre, la pregunta delataba una preocupación por la esposa, incluso por la amante, sin que existiera una frontera demasiado clara entre las dos. En cualquier caso, en aquel momento, cuando debía resignarse al simple papel de enfermo, no se creía capaz de una tal inmersión en el recuerdo. Sin embargo, ¿no había sido en Capri, tras conocer a Asja? ¿O más bien en Moscú, varios años después, en uno de los pocos paréntesis de que pudo disfrutar a solas con ella, al margen de aquel atolondrado ir y venir por las calles de la ciudad?

Seguramente habrían discutido también ese día, y en un remanso de la discusión, o justo en el momento en que él se disponía ya a partir, intentando calmarlo, ella le había pasado la mano por la frente y el pelo de una forma muy parecida a como acababa de hacerlo la señora Wilmart. Y he aquí que el recuerdo de esa caricia casi fortuita, apagado durante tanto tiempo, revivía ahora gracias al gesto de la vieja dama, transportándolo, en un abrir y cerrar de ojos, catorce años atrás, a una época en que todo parecía sonreírle aún...

Había alcanzado ya, por entonces, ese grado de madurez sentimental que precede a la conciencia de una progresiva desintegración, gracias a lo cual había podido afrontar la dura prueba del divorcio. Sólo había sentido que uno de los cables que lo mantenían atado al puerto con las velas desplegadas y henchidas se deshacía, y en él el filósofo vagabundo triunfaría sobre el esposo y el padre, pero aún quedaban otros nudos, menos gruesos aunque más intrincados. Era así como el hermoso rostro de Asja, la letona bolchevique de Riga, dominaba con su sonrisa melancólica todo un período de su vida caracterizado por un sorpresivo agolpamiento de encrucijadas. ¿Acaso ella misma no lo había sabido, en virtud de la misma presciencia que le había permitido captar que él, de hecho, sí iba a su encuentro, sólo que después de haberse puesto previamente fuera de su alcance? Pero a su vez ella sabía que no, no les estaba reservado en ningún lugar de la tierra, lo mismo que en ningún momento de los tiempos que les había tocado en suerte, llevar ni de lejos la vida de una pareja feliz. Ese paraíso les estaba vedado a ambos, lo cual sólo se le había revelado plenamente cuando comparó el desamparo de Daga, la hija de Asja, con el de su propio hijo Esteban. Sin duda, la peor de las trampas en la que hubieran podido caer hubiera sido la de utilizar a los hijos como pretexto. Ahora, sin embargo, lo que se imponía era alcanzar un mayor grado de objetividad; y si ello implicaba que, por su forma de

ser, sólo podía alcanzar la unidad a través de los polos opuestos, debía pagar el precio. ¿No era en el rostro mismo, en la insondable mirada de Asja donde había encontrado el mayor aliciente para ello? En Moscú, cuando le leía largos pasajes de Proust, ¿acaso no había sido precisamente ella quien le había hablado con ironía, en una de las pausas, del filósofo rojo que tal vez se creía una mariposa amarilla? ¿O era la mariposa amarilla la que albergaba sueños de filósofo rojo? Pero ciertamente no era a Lao Tse a quien debía acudir para desentrañar el enigma, o para intuir que no había ningún enigma, ninguna contradicción entre el sueño del filósofo y la realidad de la mariposa, o entre la realidad de la mariposa y la concentrada flema del filósofo que, en la ciudad más revolucionaria del mundo, leía con la misma exultación, y casi desafiantemente, grandes parrafadas de un escritor asmático y decadente. No era a Lao Tse a quien debía acudir, no, sino a la hermosa letona bolchevique, pues tal vez sólo ella había llegado a comprender, a pesar de las numerosas disensiones que jalonaban la tempestuosa relación entre los dos, que era únicamente ante la proximidad de la borrasca, en la vecindad del peligro, cuando el complejo velamen de su vida espiritual se desplegaba por entero, y él se sentía navegar en la plenitud de sus posibilidades. El hecho era que, si el mar de los acontecimientos no estaba lo suficientemente picado, o no soplaba ningún viento ni había tierra a la vista, se sentía como un odre vacío, como algo cuya existencia careciera de razón. Entonces en el acto empezaba a urdir el plan de un nuevo viaje, una nueva búsqueda, y era ahí donde —según la propia expresión de Asja— el alma de la mariposa amarilla afloraba en la curiosidad vagabunda del filósofo. No importaba que la mariposa amarilla no fuese, en su origen, más que una referencia literaria proveniente de una novela donde un hombre, al morir, otorga a su última visión de un pequeño trozo de muro amarillo, en un cuadro de Vermeer, una vida tan intensa como la de la mariposa amarilla que el niño siente deseos de aprisionar. Pues las varias identidades que detentaba el filósofo rojo encajaban sutilmente las unas dentro de las otras, como en un exacto e insidioso juego de muñecas ruso; en eso —según él mismo presentía— estribaba la causa de que hasta el momento no se hubiese convertido, como les había ocurrido a tantos otros, en un vulgar mandarín... ¿Pues cómo no tener presente que, en aquellos tiempos difíciles, la gorra de Tuis —o, mejor, de intelectual del reino de Tuis— no sólo era llevada por aquellos que habían recibido ya el asentimiento de

la *Cámara de Literatura y Cultura del Reich* —la misma que a muchos otros los había declarado ineptos para el libre ejercicio de la actividad literaria, «en virtud del párrafo 10 de decreto primero de aplicación de la ley de la Cámara..., del 1º de Noviembre de 1933— al no ser patrimonio exclusivo de los que se habían alineado junto a los más recientes vencedores? Otras especies de intelectuales tuiseños eran los que no sabían decir «no», los que salvaban la «herencia cultural» y sólo se reconocían por cierta forma elusiva de afrontar los nuevos problemas, amén de los que, en aquellos tiempos de barbarie, guardaban un oportuno silencio y no asumían ningún riesgo que hiciese peligrar sus posiciones. A él, la mariposa amarilla —que aquí había actuado además como ángel de la guarda— lo había salvado también de contarse entre éstos, lo había salvado incluso de la ingenuidad de creer que allá, al otro lado del Océano, pudiese encontrar la tierra prometida que muchos habían soñado encontrar. América no era más que un espejismo, un vulgar espejismo, y él sólo hubiese podido llegar hasta allí convertido en una nueva versión del cazador Gracchus, ese personaje de Kafka que, habiendo perdido el rumbo, vagaba sin fin en una barca que al mismo tiempo le servía de catafalco.

Pero si la mariposa amarilla había salvado al filósofo de convertirse en un mandarín, y él filósofo rojo había salvado a la mariposa del extravío, en aquel intercambio tan moralmente enriquecedor había algo que a pesar de todo no funcionaba. Si no, ¿cómo explicar que al final también él se hubiese sumado al éxodo hacia lo que, en honor a la novela de Kafka, cabía llamar «el gran teatro de Oklahoma»? ¿Acaso porque tenía ya la firme convicción de haberse quedado tan rezagado que no alcanzaría a llegar de ningún modo? De hecho, ¿qué otra posición hubiese podido defender que no fuese la que le granjeaba el derecho a llegar tarde o a no llegar nunca, característico de los rezagados? Ah, cuántos misterios, cuántas dudas, pero sobre todo cuánta amargura alimenta el secreto de los rezagados, pensó, con una especie de indignación. Ellos sólo se deciden a tomar su trozo de pastel, después de mucho pensárselo, cuando ya la bandeja se ha puesto fuera del alcance de su mano...

Pero sin duda ésta era una forma demasiado grosera de plantear el problema. ¿Dónde había leído que, cualquiera fuese la diferencia del punto de partida, los espíritus capaces de madurar llegaban siempre, tarde o temprano, a idénticos resultados? Con todo, era

preciso tener en cuenta que muchos de los que tienen ciclos rotatorios más amplios, o un mayor número de satélites, mueren antes de haber dado una vuelta completa sobre sí mismos, riesgo éste que, por supuesto, era mayor entre los saturnianos. No recordaba en qué libro lo había leído, ni siquiera cómo y cuándo lo había comentado con Asja, aunque casi podía adivinar la apostilla escéptica o burlona de la letona, llamándole como siempre la atención sobre las posturas que asumía, perfectamente dignas de alguien que, por lo menos en apariencia, no temía mostrarse incongruente o incluso temerario. En este caso, seguramente se trataba de la forma como el tiempo histórico —se lo considerase o no favorable al amarillo o al rojo— resultaba difícil de conciliar con el de los planetas, en una época en que éstos habían ya enmudecido, mas ella no ignoraba que, inspirado por Saturno, él era capaz de embarcarse incluso en la búsqueda de una clave secreta que le permitiera descubrir si —con todas sus aureolas, todos sus satélites y mariposas— él había dado ya una vuelta completa sobre sí mismo y, si no la había dado todavía, cuánto tardaría aún en hacerlo.

Acaso se lo preguntó la primera vez, o por primera vez entrevió la verdadera importancia de la pregunta cuando, años antes, partió de Capri rumbo a Positano y luego a Nápoles y a Roma, poniendo final, con ese rápido periplo de otoño, a uno de los veranos más intensos de su vida. Atrás habían quedado las horas pasadas en aquel plácido café de Capri —el *Hidigeigei*—, donde vio por primera vez a Asja y permanecía todas las tardes largo rato leyendo *L'Action française* o confeccionando, con una caligrafía que, conforme se acababa el papel, se iba haciendo más y más pequeña, inspiradas cartas que el amigo de Palestina, según él mismo le reprochaba, sólo podía descifrar con el auxilio de la lupa. Pero más importante que la correspondencia con éste último, que esperaba impaciente el momento en que fuera a reunirse con él —¡pero cómo, sin haber aprendido antes el hebreo!—, había sido la redacción de la Tesis de que dependía su futuro como profesor universitario. Ya que por entonces todavía era alguien nimbado por la idea, o la esperanza, de un futuro, lo que ciertamente podía interpretarse como un dato fidedigno de que estaba muy lejos de haber dado ya la primera vuelta completa sobre sí mismo, e incluso de haber empezado a comprender exactamente de qué forma su ciclo rotatorio personal se insertaba en el de la historia. Tal descubrimiento sólo podía ocurrir tiempo después, y por supuesto cuando ya fuera tarde

para remediar el daño causado por no haberlo sabido comprender en el momento oportuno. El hecho era que el recuerdo de Capri, que parecía ligado al salón bullicioso del *Hidigeigei,* así como a su hermoso cuartito con vista sobre los frondosos jardines de la isla, había quedado tan contaminado por los mosquitos que lo asediaban durante la noche, y de los cuales se protegía mediante un rudimentario mosquitero, como por el desembarco de Mussolini en aquella, un hermoso mediodía de mediados de septiembre. ¿O es que tal vez podía argüir en descargo que había sido la frialdad de la población, mal disimulada por la grandilocuencia de los decorados, la que lo había inducido a no conferirle toda la importancia que merecía al hombre de cuerpo blando y fofo que, al levantar el brazo con el puño cerrado, tan enardecidamente sabía preguntar para quién estaba reservado el dominio del mar?

Ahora ya podía reconocer que, en aquellos tiempos anteriores a la «marcha sobre Roma», hubiera ya debido prestar una mayor atención al clamor creciente de la respuesta —*A noi! A noi!*— dada a la pregunta tan multitudinariamente formulada por la primera rata gorda. Además, por poco que reflexionara en ello, incluso el amor de Asja se revelaba como una cruda paradoja; las horas transcurridas con ella, charlando en el *Hidigeigei* o paseando al atardecer por los jardines, para no hablar de la intimidad que se imponía calladamente, al ritmo de las conversaciones y según la cadencia de las miradas nerviosas intercambiadas a cada pausa de silencio, ¿para qué habían servido sino para alejarlo de lo que precisamente ella intentaba hacerle comprender, a saber: la forma exacta como su propio ciclo personal se insertaba en el de la historia?

Pensó que si, ya desde el comienzo, su amor había estado precedido por dicha paradoja, esa misma circunstancia debía revelarle la proporción de su retraso respecto a lo que ocurría en el mundo, y también respecto a ella: la mujer amada. Años después, cuando volvieron a encontrarse en Moscú, era algo ya evidente que giraba a su alrededor ni siquiera como un satélite en torno a un planeta, sino tan sólo como una mariposa nocturna alrededor de la llama de una vela en cuyo fuego se muestra demasiado dispuesta a perecer. Pero también bastaron aquella vez los pocos besos y caricias que pudo cosechar de una Asja enferma y malhumorada para impedirle comprender que el olor a chamusquina estaba producido, en sus propias alas, por la abrasadora confidencia —hecha en una plácida tregua de su continuo batallar amoroso—, de que si, en el momen-

to oportuno, él hubiera sabido tomar la iniciativa y le hubiera dado la contrarréplica, desde hacía mucho tiempo que habrían formado una pareja. ¿No había sido ésa una manera muy poco piadosa de indicarle que la hora de los dos ya había pasado? ¿Que ya no había más andén para correr tras el último vagón y que los próximos trenes no tardarían en partir llenos de armas y de soldados? Bajo el apremio de esa espesa niebla interior en la que, en una mezcla poco apacible, se fundían el frenesí del reencuentro y la angustia de la separación, pensó que había sido la tercera mujer de su vida, la tercera y seguramente la última, y fue sin duda eso lo que nimbó tan extraordinariamente el día de la partida, cuando, con una maleta llena con sus manuscritos y los juguetes para Esteban, solo y llorando, se fue por las calles crepusculares de Moscú, rumbo a la estación de Bielorrusia y el Báltico, en la que había desembarcado dos meses atrás, tan solitario como partía entonces, aunque con la esperanza menos maltrecha y adolorida. Durante el largo viaje de regreso, arrullado por el traqueteo del tren, tuvo tiempo más que suficiente para comprender que el primer ciclo de su amor con Asja ya se había cumplido y por eso podía ya elegir, en su rememoración, no los últimos días, sino los del comienzo. Desfilaron así por su recuerdo los tiempos de Capri, las noches en la costa de Amalfi, Ravello y Onzolles, después de la excursión por Pompeya y el Vesubio, donde los racimos de uvas robados durante la noche tenían el mismo sabor suave y amargo que los labios de Asja, y por cierto se parecían tanto a los de Banyuls...

«Banyuls» repitió, con un ligero estremecimiento, y sin necesidad de abrir los ojos para comprobar que la señora Wilmart ya había retirado su mano. Las uvas rojas de Banyuls, así como las de Amalfi y Ravello, ¿no maduraban en la amable vecindad del Mare Nostrum? ¿No maduraban bajo el mismo sol, que ahora parecía haberse detenido, ante el incontenible ascenso del enemigo en todos los rincones de Europa? Bastaba aguzar el oído para escuchar el compás de su inexorable paso de oca, más fuerte incluso que el sonido del mar, convertido también en su prisionero. Por eso era tal vez apremiante una «*défense de la mer*», parodiando el título proyectado por Audisio, una ya lejana tarde de París, de una «*défense du soleil*». Por mas que hubiese oído mil veces el grito de «*A noi! A noi!*», ni el Mediterraneo, ni el sol mediterráneo, ni siquiera las uvas rojas de Amalfi y Ravello, tan parecidas a las de Banyuls, podían llegar a ser realmente propiedad de ninguno de los Arturo Ui que ocupaban ya

las principales capitales del continente. Sin duda, no se quedarían allí. Proseguirían su marcha, ¿pero hacia dónde? ¿Cuál era la meta última del retumbar de sus botas?

Si al menos uno conociera el rumbo a seguir por el enemigo podría arreglárselas para evitarlo, pero la verdad era que, en ocho años de huida, su instinto no lo había empujado más que a ir siempre a su encuentro. Todo porque el único principio que parecía regular los movimientos del enemigo era el de los cuerpos en expansión. Por eso, frente a él sólo cabía disminuir de tamaño, convertirse en sombra o alimaña, en rata o insecto. En ese mismo instante, ¿en cuántos habitáculos como aquél en que reposaba enfermo, viviendo unos momentos de extraña intensidad, que tal vez no eran más que el engañoso, artificioso renacer de alguien que no quiere mirar de frente lo que ya sabe, otras tantas sombras de hombres extenuados pensaban como él, lo mismo que él, y se habían visto ya reducidos a un montoncito de trapos, una chaqueta raída llena de inútiles papeles mil veces sellados, que realmente no eran más que pasaportes de inexistencia, salvoconductos hacia el país del que nunca se volvía? Entonces sintió casi ganas de reír ante el miedo, que lo asaltó de repente, no de que la débil e insignificante llama de sus pensamientos se apagara —incluso en el caso de un moribundo, la muerte es siempre lo más imprevisible que puede ocurrirle a un hombre—, sino de que pudiera alguna vez quedar reducido a la mínima expresión de sus pertenencias, una cartera negra con un pobre manuscrito mil veces retocado, un elegante reloj con leontina, unos zapatos casi inservibles, pero sobre todo unas gafas de miope tan desamparadas y vacías como dos conchas cualesquiera entre las innumerables que una vez había encontrado, amontonadas por los niños, en una desierta playa de Ibiza, y en las que a él nunca se le hubiera ocurrido intentar escuchar el paso, cercano ya, de la muerte.

Y pensó que unos anteojos de miope sin el miope era realmente la cosa más deprimente del mundo, como si lo fúnebre del mirar de dos cuencas vacías —y ahora sólo era capaz de recordar un cuadro de Valdés Leal, visto en su primer viaje a España— hallase una perfecta equivalencia en la desolación de los cristales que ya nadie utiliza. Incluso era dable pensar que las almas de los miopes terminan por adquirir la forma de sus anteojos y que unos anteojos de miope sin el miope son como las alas de la mariposa sin la mariposa, una mirada ausente que sólo sirve ya para indicar el camino por

donde alguien había partido sin retorno. Por eso, la imagen de una pira de anteojos tan grande como la pila de conchas que había visto aquella vez en Ibiza, podía muy bien expresar la costosa, dolorosa victoria sobre el enemigo de aquellos que habían logrado vencerlo mediante la originalísima táctica de dejarse aniquilar entre sus manos. Mas, en su caso, se trataba de los mismos anteojos grasientos con que había contemplado el cielo de Marsella, recordando siempre el sol de Ibiza, empañado en su imaginación desde aquella vez que, al escuchar en Dinamarca una emisión de noticias de Radio Viena, supo de los tres barcos de la Compañía Transmediterránea que, pintados de negro, y con flamante pabellón italiano —como los tres buques de guerra que, al mando del Conde Rossi, inminente dictador de Mallorca, los precedían—, habían atracado en la isla indefensa para desembarcar el contingente de tropas invasoras. A él solo se le ocurrió entonces pensar en lo mucho que el gobierno italiano codiciaba las Baleares, si bien, poco después, supo que entre el objetivo de los invasores estaban también los anteojos de miope de los alemanes «sin nacionalidad determinada» que no habían sabido escapar a tiempo ellas y habían sido embarcados en otro buque negro, ahora con el pabellón alemán. De modo que él no se hubiera salvado si, en vez de su originalísima táctica de *huir hacia el enemigo* —inspirada acaso por la sospecha de que era el perseguidor el que huía del perseguido, al que por eso mismo quería exterminar—, hubiese optado por permanecer en la isla que un día amanecería italiana, controlada por seguidores del Conde Rossi, italianos o mallorquines, que cantaban el *Cara al Sol* o el *Giovinezza*, mientras algún oficial alemán gritaba con exultación: *Befreundet Italien! Befreundet Spanien!*

«¿Qué hubiera sido entonces de mis anteojos?», se preguntó amodorrado, y también inquieto, y se tranquilizó pensando que al menos una vez más habían podido contemplar el cielo azul y el sol mediterráneo, aunque, en un curioso efecto sinestésico, en esa visión él hubiese captado ya una especie de sabor dulzón y al mismo tiempo punzante, un poco parecido al del vino de Banyuls, del que apuró un vaso en aquella *buvette* de la *rue Paradise*, en la *Canebière*, que muy bien hubiera podido llamarse: *Chez Mariana*...

Chez Mariana?!... Ah, no, no podía ser porque el letrero ponía bien claro debajo: *Ici on boit au repos des Pyrénées*...

¿Entonces dónde diablos lo había leído? Había sido desde lejos —lo que resultaba paradójico tratándose de un miope—, sin duda

al llegar al collado, en el último alto hecho antes de empezar el descenso. La visión se hacía nítida por momentos, como la voz de una emisión clandestina captada por un mal radiorreceptor, una imagen interferida por ruidos y bisbiseos, incluso voces en francés, con toda probabilidad las de los soldados franceses que hablaban con los españoles desde el otro lado de la carretera. Ahí estaba *Chez Mariana*, una pequeñísima y roñosa *buvette*, como sólo las había visto en algunos grabados del París decimonónico, una *buvette* pintada por Meryon más que por Grandville, una miserable *buvette* donde por un instante creyó ver a su amigo, el hombre estrafalario, o a alguien que mucho se le parecía, ante un buen vaso de vino rojo de Banyuls...

—*Ici on boit au repos des Pyrénées*... —murmuró, abriendo los ojos.

A su lado, la señora Wilmart pareció volver en sí con sobresalto.

—¿Cómo dice?

—*Chez Mariana*... ¿También lo vio usted allá arriba?

La señora Wilmart lo miró gravemente, sin poder ocultar un asomo de indignación.

—Eso me suena a nombre de cafetín, si no a algo peor, señor Benjamin —dijo luego, levantando airadamente la nariz—. ¿Cómo quiere que yo lo sepa?

—*Tiens!*, es cierto —exclamó él al caer en la cuenta, adoptando en el acto una expresión avergonzada y compungida—. Querida señora, le ruego me disculpe...

—Está perdonado —dijo la señora Wilmart con voz casi cortante, y un mohín entre remilgado e indignado, y se hizo una breve pausa que ella misma interrumpió, un momento después, poniéndole de nuevo la mano sobre la frente al tiempo que decía:— ¿No será mejor que intente dormir de verdad en vez de ponerse a recordar tonterías? El médico todavía puede tardar...

Después de oírla, pensó que le hubiera gustado expresarle el temor que lo embargaba —el de soñar, si se quedaba dormido, con los tres barcos negros que, como tres naves malditas, se dirigían a Port-Bou para sacarlos «para siempre» de apuros—, cuando la escuchó afirmar que si se quitaba los anteojos seguramente lograría dormirse del todo. Y diciendo y actuando, todo en uno, la vieja dama posó sus dedos sarmentosos sobre una de las patas tirando suavemente de ella, pero él dio un respingo, se irguió con sobresalto.

—Los anteojos no —dijo, apartando casi bruscamente la cabeza—. *Je vous en prie*!

—Cielos, ¡no me diga que duerme con ellos puestos!...

—Es mi forma de mantener un ojo, mejor dicho dos ojos abiertos.

—¿Por si llega el médico y no nos enteramos? —comentó la señora Wilmart con una sonrisa torcida, disimulando su contrariedad, mientras allá afuera de nuevo empezaban a oírse las campanas de uno de los relojes.

—Por si llega el médico no —corrigió entonces él, con aire decidido y, acomodándose los anteojos sobre el lomo curvo de su nariz aguileña, precisó sobre el fondo estridente de las campanas:— ¡Por si llega el jorobadito!...

SEGUNDA PARTE

Tenemos para con el niño muerto que hay en nosotros la misma responsabilidad que para con las esperanzas siempre sufrientes de la humanidad

W.B.

Hay un acuerdo secreto entre las generaciones pasadas y las nuestras. Hemos sido esperados en la tierra

W.B.

VII. SEGUNDA VISION DE LA DANZARINA Y PRIMERA Y UNICA DEL DANZANTE

Peu de gens devineront combien il a
fallu etre triste pour ressuciter Cartague
Gustave Flaubert

...conozco los caminos estrellados del
cielo tan bien como las calles de
Nebarnea, mi ciudad natal...
Talmud

PERO NI SIQUIERA durante la noche anterior el jorobadito había hecho acto de presencia. Si hubiera tenido la importancia o al menos los poderes de una deidad antigua, hubiera podido aprovechar la oportunidad para presentársele bajo la forma de un toro bravo de los temidos por la señora Hartig, o de una banda de contrabandistas que lo hubiese asaltado en la noche para despojarlo de su preciada cartera negra que —tan parecida a la de un hombre de negocios— imaginaría llena de joyas o dinero. Incluso hubiera podido confabularse con los elementos para provocar una tormenta, lo que acaso hubiera echado a perder los papeles contenidos en aquélla, puesto que, en ese paraje desguarecido, le hubiera sido imposible encontrar un refugio menos expuesto que el de los pinos. Pero no; actuando como un trasgo maligno, el jorobadito se encargaba de dar el toque artístico, por decirlo así, la pincelada final que, en una especie de paroxismo, evidenciaba el contenido infausto del cuadro, muy en consonancia con la forma como, según se decía, era capaz de acumular durante toda una vida las imágenes que luego hacía pasar velozmente ante los ojos del moribundo. Un malsano deseo de saber cuáles podrían ser en su propio caso esas imágenes lo lanzó a una agolpada confrontación durante unos minutos: raudamente, como en un tiovivo de imágenes, se vio en varios lugares: en el *Tiergarten*, ante la piscina de la nutria, una mañana de invierno; junto al teléfono, en el pasillo de la casa de Berlín; en el Panorama Imperial o en la isla de los Pavos Reales y, en fin, en su propia habitación, mirando desde el lecho, antes de dormirse, la raya de luz debajo de la puerta, o contemplando asombrado desde su muelle trinchera cómo la luz de la luna les robaba el alma a las cosas, envolviéndolas en un reverberante hálito de extrañeza.

Con todo, ahora había sido su fe en que ya no podía ocurrir algo verdaderamente imprevisto, o desmedido, lo que le había animado a quedarse aquella noche allí, a la intemperie. Todo porque la tristeza había matado en él la capacidad de sorprenderse, mostrándole el túnel secreto que, a través de innumerables obstáculos, comunicaba su presente con el pasado. Pero también lo había obligado a mirar hacia atrás, comprendiendo cómo, en esa dimensión, su propio pasado se insertaba en una cadena sin fin de presentes en los que otros hombres habían aprendido a no sorprenderse de que *aún fuese posible* lo que habían visto y padecido. Dicho en otras palabras, lo que en tierras lejanas, o en épocas remotas, había sido aplastado por las ruedas del carro victorioso del enemigo. De una manera absolutamente cruda e inesperada, fue esto lo que se le reveló aquella vez en que cayó fulminado por el alcohol en las puertas del *Mitgjorn*. Un abismo se había abierto de súbito bajo sus pies, y en el suelo contempló perplejo su propia sombra desmadejada, un poco parecida a la que ahora proyectaba sobre el suelo la luz de la luna, en aquel insólito rincón de los Pirineos. Pensó que más le valía haberla extraviado, y con ella la aureola del filósofo, ya que ésta le había impedido hasta entonces comprender lo que había en él de ángel caído, que en su caso era tanto como decir: de ángel melancólico. Condenado a contemplar los horizontes y los mares sobre los que ya no puede remontarse, sus alas son demasiado torpes y débiles como para que le permitan tomar altura en medio del viento huracanado que arrastra a los hombres hacia una meta desconocida, y demasiado pesadas para hacerle posible caminar sin fatigarse casi de inmediato. Y así, el pensamiento se había convertido en una especie de sucedáneo, al que la infinita tristeza del borracho había venido sorpresivamente a vivificar, dotándolo de otras alas, aunque lo que el borracho en que se convirtió aquella noche le dijo al filósofo nostálgico de su desaparecida aureola, fue que si no podía volar, ni tampoco caminar, entonces no le quedaba más remedio que arrastrarse. Tal era la forma de salvar las distancias propia de quienes han sido arrojados del paraíso... Y la luz de la luna, aquella noche nimbada por la desmesura, al dotar de un perfil más nítido su sombra de reptil y multiplicar, como en un juego de espejos, el laberinto formado por las estrechas calles en el casco de la vieja ciudad amurallada, hizo más evidente lo que en todo ello había de oprobio. Pero cuando, gracias a su amigo, ya casi había alcanzado la casa de la calle de la Conquista, donde éste lo había

invitado a quedarse —pues no podía, y menos en esas condiciones, hacer a pie los quince kilómetros que lo separaban de San Antonio—, llevó hasta sus ojos la imagen nocturna del reloj de sol, en la vecina catedral, con su inscripción: *Ultima multis*. Semidormido ya, quiso leer la hora marcada por la luna, en el agujereado cuadrante de piedra, pero fue inútil. Aunque tuvo la evidencia de que era una hora absolutamente distinta, con la abrupta convicción de un iluminado se dijo entonces que era la hora de los vencidos. Luego, en alguna imagen de la Madonna, dentro de la catedral, pensó que era ya feliz, al fin, con la cabeza aplastada por el calcañar triunfante de la diosa, una de cuyas sacerdotisas le había dado a beber en el *Mitgjorn* la pócima que lo había convertido en esa criatura serpenteante. ¿En qué mejor patria, en qué mejor descanso podía soñar el ángel perdedor? Pero apenas se disponía ya a gozar de ese placer contra natura, cuando la luz de la luna le deparó otra sorpresa, bajo la forma de una suave brisa proveniente del oeste. En esa misma dirección, al otro lado de las murallas, se hallaba la necrópolis púnica que convertíz la montaña en un enorme queso *gruyère*, y comprendió que los ojos de su imaginación podían ahora revivir lo que había dormido en los fúnebres hipogeos secularmente, y tendido boca abajo sobre el colchón soñó con la hija de Amilcar danzando semidesnuda bajo la luz de la luna. Sobre la cabeza de la pitón no se asentaba ahora ningún pie, y la joven comenzó su danza; enroscando la serpiente a su cintura, cogiéndola por la mandíbula, acercaba la pequeña boca triangular hasta sus dientes y, entornando los ojos, se cimbreaba bajo la luz blanca que parecía envolverla en una niebla plateada. Desde su lecho, casi palpaba con la mirada las huellas húmedas de la danzarina descalza sobre las lozas, mientras las estrellas palpitaban prisioneras en el agua, y la serpiente apretaba contra ella sus negros anillos atigrados, como repujados en placas de oro. Luego la joven jadeaba, agobiada por ese peso constantemente inestable se quebraba como un junco, se sentía morir, mientras con la punta de la cola la pitón le golpeaba suavemente el muslo y, ahí al lado, él se restregaba aún más contra las sábanas. Entonces, al cesar la música, la serpiente cayó al suelo, casi tan bruscamente como cuando él sé desplomó a las puertas del *Mitgjorn* para despertar a la mañana siguiente, en casa de su amigo, con aquella humedad acartonada y viscosa inicuamente desparramada entre la sábana y el pantalón...

Pues había ocurrido simplemente que, una vez más, la maldición

había revivido en el niño, mejor dicho: en la mirada perversa del jorobadito que, al posarse sobre él, hacía que todo se le cayera, o que todo se le derramara infame y copiosamente entre las manos...

...nostalgia precisamente del París en el que, en sueños, encontraba...
W.B.

Pero ahora, en aquel miserable cuartucho, ya no era Salambo quien danzaba voluptuosa en su mente, ni todavía la danzarina, sino la idea misma de la ebriedad. Ya que uno puede emborracharse de egoísmo o de soledad lo mismo que de vino: y si, por otro lado, era cierto que un hombre que no bebía más que agua tenía mucho que ocultar a sus semejantes, el que bebía vino desbordaba en deseos de comunicarse. Aquella noche púnica no había sido capaz de recordar con suficiente claridad que, en esa misma habitación de la calle de la Conquista, un año atrás, la mujer había estado a punto de encarnar a través de los encajes y cortinas que, separándolo del balcón que daba al puerto y la ciudad amurallada, e interpretando de una forma espléndida los compases del viento, sugerían ondeantes formas femeninas. Sólo que esa vez dichas formas no habían llegado a cuajar en algo más que en una sensual danza del rojo, inspirada por el tono predominante en la habitación, en la que el viento era como el aire que proyectaba un enorme fuelle desde el infierno y la felicidad experimentada tan sólo el aliciente con que el diablo lo animaba a que vendiera su alma de una vez por todas. ¿Fue sólo por haberlo comprendido a tiempo que luego lo organizó todo, en aquel hotel de Niza, donde se había encontrado por última vez con su amigo, el «hombre estrafalario», bebedor y cómplice, para hacer uso de lo que Baudelaire llamaba el «libre derecho a irse»? Aquella vez, sin duda Satán lo había tentado como nunca antes lo había hecho, como no lo volvería a hacer después...

Lo había tentado, sí, aunque no del mismo modo que en la primera borrachera de hachís, cinco años atrás, en Marsella, después del viaje a Moscú, y cuando —sin haberse convertido todavía en refugiado— podía continuar sus falaces investigaciones con la droga. Ciertamente, ésa era la única forma como aún podía palpar con su mano el último, inconfesado reducto de un vago ideal de felicidad. Pero aquel atardecer, tras tomar una buena dosis, comprobó que no le hacía un efecto inmediato, y salió a pasear por las calles...

El primer alto lo hizo en un café de *Cours Belsunce* y el segundo en el restaurante *Basso,* desde cuya terraza contempló durante largo rato el *Vieux Port;* luego, fue a parar a aquel café de la plaza contigua a la *Canebière,* donde la *rue Paradis* desemboca en las grandes avenidas.

Una vez allí, embebido en la visión del macadam, y rebosante de dicha, las piedras empezaron a multiplicarse en su fantasía, dando origen a todas las calles y avenidas de la ciudad. Pero ahora no se trataba ya de Marsella, sino de una ciudad largo tiempo soñada, en la que los rasgos reales se mezclaban con los imaginarios. Y la *rue Paradis* no era todavía la arteria de salida que desembocaba en las sombrías avenidas de una ciudad maldita, sino la promisoria vía por donde, en el *livre jou-jou,* el príncipe persa se internaba lleno de dicha, pues allí los siglos habían dado a las piedras un lustre propio y, como si entrara en un templo, el forastero se sentía inhibido de pisar, sin quitarse los zapatos, aquella espléndida red en la que las principales arterias —como lo había soñado alguien en pleno Siglo de las Luces— tenían los nombres de los sentimientos y virtudes más generosos. *La rue de L'Egalité* y la de la *Fraternité* desembocaban en la *rue du Bonheur,* y la avenida más importante que atravesaba la ciudad de un extremo a otro, la *Avenue de la Probité,* llevaba desde la *Place de la Concorde* hasta la de la *République.* Luego, en los distintos barrios, los bulevares llevaban nombres de profesiones u oficios; *Boulevard des Imprimeurs, Boulevard des Etudiants, Boulevard des Artistes, Boulevard des Ecrivains...* Y en la *rue Paradis* él se había sentido feliz aquella vez, contemplando el desfile de coches de punto, así como el de una multitud fraternal y despreocupada. Pero luego empezó a ponerse melancólico y a percibir en todos los rostros que pasaban, cada vez con mayor intensidad, la huella imborrable de una fealdad antinatural. Así, el desfile fraterno terminó por convertirse poco a poco en un desfile de condenados. No obstante, el estigma no alcanzaba a borrar lo que brillaba en los rostros como una oculta fuente de belleza. Abandonados de tal modo a la contemplación, sus ojos, como los de un pintor, aprendieron a descubrir los detalles que resplandecían más en medio de la fealdad, y se sintió especialmente impresionado por un rostro masculino, de una rudeza sin límites, al que vio pasar iluminado por la «arruga de la renuncia»... Luego, en otro rostro no menos repulsivo, fue la «arruga de la tristeza»... Y en otro, la del *spleen...* Y en otro aún, la de la acedía...

Los seis años de su vida de refugiado en París —o incluso los diez que duraba ya su idilio con la ciudad más bella del mundo— habían quedado retratados pues en esa contemplación, como en un daguerrotipo, mientras que en el *livre jou-jou* correspondían a un largo paréntesis en que el príncipe persa, tras descubrir que, vista desde un mejor ángulo, la ciudad era realmente una gran sala de lecturas atravesada por el Sena, había vuelto hacia el pasado una mirada cargada de melancolía. Y he aquí que, al hacerlo, la había visto —al igual que en el asedio de 1871, representando en el *Panorama de Philippoteaux*, en los *Champs Elysées*—, convertida en un extenso, moroso y humeante campo de batalla. Como si hubiese abjurado de su nombre, la *rue de la Fraternité* era ahora un hermoso bulevar en el que, de trecho en trecho, aparecían montones de cadáveres. Las barricadas inundaban la *rue de la Probité*, y hacia el occidente las humaredas eran más grandes, y más claros los indicios de que allí se luchaba todavía. En la *rue de la République* pudo ver que, un poco más arriba, bajo la claridad rojiza de un farol, sobre el *Pont de Venise*, donde el *Boulevard du Crime* pasaba sobre el Ourcq, un viejo borracho libraba en solitario la última batalla. Con el uniforme de *chiffonnier* —capote de mimbre con el número siete, como lo había visto y luego retratado Privat D'Anglemont— balanceaba la cabeza y se tambaleaba sobre los adoquines, al igual que un poeta exhausto que ha pasado todo el día callejeando en busca de la inspiración. Pero seguramente éste no había encontrado ninguna rima que valiese realmente la pena, aunque el viejo *chiffonnier* sí había ganado lo suficiente como para poder subir a su caballo de guerra, recalentado ya por varios vasos de vino. Entonces, cuando el alcohol comenzó a cantar sus proezas en su cerebro, el hombre empezó a impartir sus órdenes y a distribuir sus ejércitos. El comandante Renard, con dos escuadrones de húsares, en la colina de la derecha... El comandante Briant defendería el paso del Ourcq; el coronel Vassier, en cambio, subiría hasta Menilmontant, por donde habría de cortarle al enemigo el camino hacia el *Père-Lachaise*... El general borracho, después de distribuir sus ejércitos e impartir sus últimas órdenes, al oír las campanadas del reloj de la iglesia del hospital de *Saint Louis* ordena el comienzo de la batalla. Durante un buen cuarto de hora, como Napoleón en Austerlitz, consulta con sus generales, examina sus mapas, acecha en la noche traicionera los retrocesos y avances del enemigo. Luego, un mensajero le trae las últimas noticias del frente occidental, y él empieza a hablar y a maldecir solo. Su inspiración

febril se derrama en el aire frío y tenebroso de la noche, apagándose cuando se hace ya inequívoca la victoria del enemigo. No obstante, antes de rendir sus armas, y rebosante de orgullo herido, el general, hace de su capote de mimbre un manto imperial, pasa dignamente revista a los heridos, dejando caer su mirada contrita sobre los muertos...

—*Encore une Victoire*... —murmura con voz sombría y repite:— *Encore*!

Luego, olvidándose bruscamente de su recién adquirida dignidad, se tumba a dormir la mona sobre el macadam, si bien aún tiene oídos para escuchar por un momento las lamentaciones de los que son fusilados en el *Père Lachaise*, pero sobre todo, apretando el oído contra el suelo, de los que, habiéndose introducido en los túneles de las catacumbas por la *rue d'Enfer*, menos cercana, serían fusilados ante la multitud atónita de varios millones de esqueletos...

—Por la *rue d'Enfer*...

«*La rue d'Enfer*», pensó, «*Tiens*!»

Sí, el ciclo de seis años se condensaba en un pequeño periplo —el de una simple borrachera de hachís— que iba de la marsellesa *rue Paradis* a la parisina *rue d'Enfer*. Sin embargo, lo que el bueno del *chiffonnier* extraía de su botella no era un ciclo de seis años —ni otro tres veces mayor—, sino el de toda una eternidad. Por más que el príncipe persa, atenazado por la acedía, continuara mirando hacia atrás, las derrotas se sucedían una tras otra en la ciudad ocupada. Incluso podía ver ahora cómo en ella algunos de sus habitantes le tendían la mano al enemigo, proponiéndole vergonzosos tratos, pues del mismo modo como la derrota era silenciosa y solía permanecer indivisa, así la victoria era clamorosa y pedía ser compartida. Por eso, en la ciudad de los victoriosos los nombres de las calles cambiaban y hasta la misma calidad de la luz que la iluminaba y hasta el mismo río que la atravesaba. De hecho, lo que ocurría —según las revelaciones que obtenía cuando, inspirado por el hachís, alcanzaba la insólita baudelaireana dignidad de intérprete infernal— era que el río traía el mar hasta la urbe, inundándola poco a poco y convirtiéndola en una ciudad sumergida. Como en la Pompeya cubierta de lava y ceniza, entonces todo quedaba en ella suspendido de un simple gesto inacabado; en las torres de las iglesias, las campanas inmóviles esperaban matrimonios que proclamar; los órganos no celebraban las alegrías ni las tristezas del hombre; y los niños dormían desde hacía siete generaciones.

«Esperan el alba celeste —recordó que decía en ese instante el intérprete infernal—, el momento en que las campanas y los órganos acompañarán el canto del paraíso...».

Entonces era cuando volvía a pensar en el niño del comienzo, el que desde hacía siete generaciones miraba la rayita de luz debajo de la puerta, o el que había surgido tiempo atrás de una borrachera de hachís y, gracias a media pastilla de morfina, había sido exultantemente recordado la noche anterior. Pero, surgido de la ebriedad del hachís, tan parecida al bienestar de la morfina, ese niño sólo conocía una danza que era la de la Victoria. En cambio, la danza del vino dormía en las colinas de Banyuls, lo mismo que en el valle de Mosela o en las montañas de Borgoña, para despertar, como en aquel día de julio de 1830, en el cerebro de quienes, en la ebriedad de la batalla, eran capaces de disparar sus fusiles contra todos los relojes de París, que hasta entonces sólo habían marcado una hora nefasta para los vencidos. Sin embargo, en aquel intranquilo período había sido más acuciante el pensamiento de que, quien aspira a gozar del privilegio de ametrallar por una vez la hora del sol en los relojes, o incluso disparar contra las estrellas que brillaban en el cielo —por ejemplo las de la constelación de Pegaso, que, allá arriba, tiraban de un carro victorioso en el que la muerte viajaba apuntando con su arco hacia la izquierda, como en aquel juguete mexicano que había visto en alguna parte—, debía vivir en un perpetuo «estado de emergencia», destinado a impedir que el asombro lo dejase indefenso ante un inesperado retorno de la barbarie. Sí, debía estar dispuesto, en cualquier momento, a emprender una rápida huida hacia la más próxima *Gare*, por más que dicha huida —cabía pensar casi supersticiosamente— pudiese resultar idéntica a la del esclavo de la parábola, que huyó a la ciudad de Samara porque, al cruzarse con la muerte, tomó por una «señal de amenaza» lo que, en el rostro de la impenitente viajera, no había sido más que una señal de sorpresa, toda vez que ella lo suponía ya esperándola en Samara...

En París, en cualquier caso, él estaba sobre todo familiarizado con la *Gare de Lyon* y de *Saint Lazare*, casi podía decirse que las conocía tanto como Chirico y Manet, que las habían pintado, tanto que podía recordar, con una precisión casi fotográfica, el sitio exacto de las fachadas en que se ubicaban sus relojes. Pero si de la primera estación había partido tantas veces rumbo a Barcelona o a Marsella, y ninguna hacia Samara, de la segunda, hasta aquella vez,

nunca había partido hacia ningún sitio. El prestigio con que brillaba en su recuerdo provenía más bien de que el francotirador que había hecho del cielo la gran tapadera de una marmita —y por lo tanto algo a lo que resultaba más fácil disparar— había vivido durante años en un continuo estado de emergencia, a la vuelta de la esquina de la *Gare*, en el *Hotel de Dieppe*. Hasta ese rincón de mala muerte Baudelaire había arrastrado su *tanière*, como un caracol su concha, y en él había llenado su desvelo con el pitido de los trenes, mientras, como un astrólogo incrédulo y burlón, contemplaba aquel cielo de cartonpiedra. Cuando la atmósfera se hacía irrespirable, cogía su vieja maleta y tomaba el tren de Noyent en la *Gare de Saint Lazare* o el de Bruselas en la *Gare de L'Est*, la misma en que tantas veces millares de reclutas habían llenado los ululantes trenes que, en épocas de guerra, avanzaban silenciosos hacia la boca ávida de Moloch...

Por lo que a él se refería, en la *rue Dombasle* estaba a cinco minutos del metro *Convention*, adonde podía ir a refugiarse, ante la eventualidad de un bombardeo, llevando la máscara antigás que guardaba previsoramente al alcance de la mano. En caso de huida repentina, podía incluso tomar el tren hasta la *Gare de Montparnasse* o hasta la de Lyon, desde donde podría abandonar la ciudad... Pero cuando al fin ocurrió lo que todos esperaban, por una ironía del destino, no fue de la *Gare de L'Est* de donde partió sino de la misma *Gare de Saint Lazare*, rumbo al estadio Olímpico de Colombes. Una multitud de refugiados esperaba allí, junto a las columnas, semejante a un bosque silencioso que alguien se ha empeñado absurdamente en talar para cambiar de sitio, y luego todo ocurrió como si en el *livre jou-jou* de súbito ese bosque descolorido y sombrío se hubiera tragado al príncipe persa, que había creído poder salvarse del peligro yendo al encuentro del enemigo. Con todo, muy pronto la carcoma de la enfermedad le hizo comprender que no debía haberse hecho reclutar en un campo de refugiados alemanes que estaba casi en el frente y dependía de una barrera tan frágil como la línea Maginot. Sólo gracias a las gestiones de su amiga Adriènne pudo volver a París, donde se abrió el definitivo compás de espera o, mejor aún, la cuenta atrás marcada por los éxitos fulminantes de la *Blitzkrieg*.

Hasta que, con un efecto similar al de la ruptura del frente del Ebro, años atrás, durante la guerra civil española, se produjo lo que todos temían y, provocando un impresionante éxodo hacia el sur,

la «guerra relámpago» se abatió de golpe sobre París. Aún creía oír el rumor de las botas alemanas cuando, ya en Lourdes, pudo leer con su hermana un periódico inglés que hablaba de la alegría del Führer ante la noticia: *Hitler dances - Führer does for Victory*... Era la imagen más informal e íntima que hasta entonces el mundo había tenido del Führer. En el jardín del cuartel alemán del frente occidental, en el momento de saber que las tropas alemanas acababan de ocupar París, aislando la línea Maginot, sometiendo Metz y llegando hasta la frontera con Suiza, Hitler había danzado de alegría. Mientras sus esbirros lo contemplaban, había apoyado las manos sobre el estómago, habia dicho: «terminó». Luego, sonriente siempre —pero esa sonrisa, ¿no era la clave de una tristeza que, en él, sólo podía tener por regla y medida a la desolación?— el Führer había levantado la barbilla —y ese gesto, ¿no equivalía al hundimiento de su barbilla, cuando se le clavaba sobre el pecho, agobiada por el peso de lo que sólo entonces él se sentía capaz de abarcar con la mirada?—, luego había levantado la bota esbozando el primer paso de su giga —y ese paso, ¿no tenía ya prevista en su memoria las palabras que lo celebraban: *En tout climat, sous tous soleil, la Mort t'admire*?—, mientras los hombres vestidos con el uniforme de la Schutzstaffel lo veían disponerse a un segundo y un tercer paso de danza, antes de iniciar, con un exagerado paso Oca, la marcha triunfal hacia la ciudad de luto en la que, una vez más, el *chiffonnier* borracho de vino se tumba a dormir la mona sobre el macadam, murmurando con voz sombría, en medio de un eructo:

—*Encore une Victoire... Encore!*

«Era la primera hora postmeridiana del diez de febrero de mil novecientos treinta y nueve.

«Y de esa hora, ¿en qué minuto histórico las banderas nacionales se desplegaron por la última y extrema línea de mugas fronterizas? ¿Y se asomaron —sobre el collado de los Belitres— hacia la villa atónita, desierta y enemiga de Cerbère? ¿En qué minuto? En el minuto H. Porque lo mismo que hay una hora H para empezar un ataque, hay un minuto H en que el ataque termina.

«¿Miró alguien el reloj? Ya nadie miraba el reloj. Ya no oíamos ni el crepitar de la cartuchería incendiada y abandonada ante nuestra irrupción en la hoya de Port-Bou. Sólo escuchábamos un latido: el de nuestra sangre ardiendo en las sienes, con el frenesí de la marcha, del polvo, del cansancio. Y del ansia de llegar a aquel momento. ¿Momento? No. Yo creo que hasta el último soldado tuvo una vaga conciencia de que aquel instante H de llegar a Port-Bou, no era un instante. De que el tiempo se había parado. Y el sol, interrumpido su carrera. Y las ondas del mar, su pálpito. Y Francia, su destino».

VIII. *NAVIGARE NECESSE EST*

Por otra parte no siempre responde, frecuentemente se queda mucho tiempo callado, como la madera de que parece estar hecho
Kafka, «Preocupaciones de un jefe de familia»

UNA VEZ MÁS se oían las campanadas del primer reloj, y él casi vio la torre de la iglesia con el cuadrante del reloj de sol y la grave admonición: *Ultima multis*. Sí, la última para muchos, mas no para él. Al menos, no todavía. Porque la cuenta atrás continuaba y él se sentía demasiado vivo aún. ¿O era sólo un espejismo?

De pronto, pareció sorprendido de continuar todavía allí. ¿Habían quedado ya atrás las borrascosas aguas del Cabo de Buena Esperanza?... Y las imágenes de aquel hombre de negro, y de aquella anciana vivaracha, y de aquel miserable cuarto, y de aquel hombre yacente, que parecían borrosas ya en el recuerdo, ¿de dónde venían y hacia dónde viajaban, tan pobremente hacinadas? Tras contemplarlas, comprendió que estaban pidiendo a gritos una nueva composición de lugar...

Pero, por el momento, él no podía tomar la estrella, debiendo limitarse a mirar aquellos pájaros, ya no sabía muy bien si eran gaviotas o albatros, que continuaban volando allá en el horizonte. Mientras no se posaran podía continuar su travesía por las aguas traidoras de los años profundos, contemplando tranquilamente su mapa de marear. Podía incluso permitirse trasladar la torre de la catedral de Ibiza a la bonita iglesia de Port-Bou —nombre que podía ser el de su barco—, dedicada a la Virgen María, en la que las inscripciones —que leyó cuando, habiendo dejado atrás la montaña, caminaron a lo largo de la vía férrea para alcanzar el andén— eran ciertamente otras: *Elegans ut sole, Pulchra ut luna.* Al fin y al cabo las dos advocaciones parecían existir sólo gracias a la luz mediterránea, y si la última, la hora de las tinieblas, o mejor, la hora del pozo sin fondo, no había sonado para él aquella vez en Ibiza, a pesar de todos los preparativos, a pesar del testamento y la carta de despedida dirigida a Julia, mucho menos —estaba seguro— podía sonar ahora.

Por eso mismo ciertamente aquel espigado anciano de negro,

que hacía unos instantes había cruzado la puerta de la habitación —dentro de la cual parecía que, al espesarse, el tiempo transcurría con creciente lentitud—, no podía ser sino el doctor, y escuchó con sigilo su propia voz, como si el deslucido ritual que se desarrollaba en el interior no fuera más que la sombra sin consistencia de un sueño intermitente y obsesivo.

—Le agradezco infinitamente que haya venido, *monsieur*...

El «infinitamente», pronunciado con más respeto que efusividad —un respeto supersticioso, al que aquella palabra le iba como anillo al dedo—, quedó flotando en el aire, semejante a una mano cortés que se abre hacia un saludo que no llega.

De tal modo, la puntual y profusa cortesía del enfermo que, en posición horizontal, se empeñaba en actuar como si estuviera de pie, realmente presente, y hubiese podido incluso hacer una venia, se estrelló de forma un tanto penosa contra el laconismo del anciano, que apenas si pareció darse por enterado. Expresándose mediante monosílabos y gestos, con sus manos temblequeantes procedió sin ceremonias a tomarle el pulso, a auscultarlo, y él se dejó hacer, distraído aunque algo perplejo. ¿Demostraba aquella austeridad que, tras la guerra, no había quedado en Haceldama ni siquiera lugar para la cortesía? Por otro lado —pensó con vaguedad, examinando al viejo médico— ¿por qué había envejecido tanto? ¿Y desde cuándo llevaba ese botiquín negro, tan parecido a su propia cartera?

Después, no supo en realidad en qué momento ni cómo se encontró informándole al anciano que el dolor se había hecho cada vez más insoportable, traduciéndose en esa sensación de peso en el epigastrio.

—¿Aquí?

—Un poco más abajo... Ah, sí, ¡ahí!

Ahí, qué duda cabía, el dolor se había atrincherado, haciéndose fuerte y pertinaz...

—*Pertinax* como la carcoma...

—*Pardon?* —dijo la voz estropajosa del doctor.

—*Anobium pertinax* —explicó él, o tal vez creyó una vez más que lo hacía, con atildada y amable puntillosidad, e iba a añadir: «la carcoma...», cuando recordó que ya no estaba ni en Lourdes ni en Marsella, rodeado de refugiados amigos y conocidos que, a grandes rasgos, sabían cuáles eran sus inquietudes filosóficas y sus preocu-

paciones políticas y morales. No, en ese olvidado pueblo fronterizo de los Pirineos nadie conocía la verdadera historia de *herr Holz* —o, si se quiere, señor Madera—, cuyo nombre aparecía en la portada de un reciente libro contra los nazis, editado en Suiza, del que ni siquiera llevaba un ejemplar en su cartera... Hubiera resultado peligroso; pero si el «señor Madera» había tenido esa previsión, no había pensado en cambio en la «carcoma», que muy probablemente albergaba la verdadera clave de su enfermedad.

Al ver que su rostro se ensombrecía, la vieja dama del traje floreado dio un paso adelante y habló:

—Abajo tenían flor de espliego —dijo en voz baja, mirando con timidez hacia el lecho del enfermo, como si en realidad hubiese preferido mantener un conciliábulo aparte con el doctor—. Hace un rato le preparé una infusión... Usted tomó unos sorbos...

—Ah, usted me ha hecho una infusión de espliego —dijo sorprendido el enfermo, y luego murmuró para sí:— ¡De modo que he tomado flor de espliego!

La señora Wilmart dejó caer la mirada sobre el suelo.

—De lo otro sólo le eché dos gotitas...—le dijo de prisa al doctor.

—De lo otro —preguntó éste, sin que el enfermo se enterara—. ¿Qué era lo otro?

—Tranquilizante... El estaba sumamente alterado y yo me dije que ante todo debía tranquilizarse; los nervios lo complican siempre todo, ¿verdad doctor? —explicó la señora Wilmart en un aparte, sonriendo nerviosa, y luego se dirigió de nuevo al enfermo—. ¿No se sintió mejor después de tomar la infusión, *herr* Benjamin? ¡Vamos, reconózcalo!...

—¿Por qué habría de negarlo? —dijo el interpelado, y volviéndose hacia el doctor, que escuchaba con el ceño fruncido, añadió enfáticamente que la señora Wilmart estaba en lo cierto; ella conocía los Nombres, y eso era más que suficiente...

Pensó aún que si ella conocía nombres tan bellos como «espliego», en francés «*lavande*», era absolutamente digna de confianza, y se dijo que en los Pirineos seguramente existían algunas de las mismas yerbas que en los bosques de Neuchatel, donde herborizaba Rousseau, según constaba en un capítulo de *Las Confesiones*, una de las últimas lecturas hechas en París. Incluso podía ocurrir con dichas yerbas lo mismo que con las diecisiete clases de higos de Ibiza, cuyos distintos Nombres y propiedades sólo conocían los campesinos de la isla, a juzgar por la vieja vecina que, en cierta

ocasión, le curó un cólico con una infusión de melisa. Ahora sabía que el cólico también se curaba con espliego, para no hablar del láudano, del que también recientemente, gracias a Fritz, había aprendido que existía la variante de Rousseau, preparada con alcohol y miel, y la de Sydeham, preparada con especias y vino de Málaga... ¿Por qué no ocurría lo mismo con la morfina, para neutralizar tanto su sabor amargo como los trastornos de estómago que provocaba?

—La dosis que tomo por la noche, cuando tengo un ataque, es mucho más fuerte.

—¿Se refiere usted al asma?...

—Ciertamente, al asma cardíaco, *monsieur* —repuso y, aunque hablaba con esfuerzo, se dio prisa en añadir, con cierta alegría cínica, recordando a Hans Cartop y los enfermos de *La Montaña Mágica*:— Además, debo decirle que soy un enfermo *comme il faut*... Llevo conmigo mis radiografías...

Hizo un ademán para que la señora Wilmart le alcanzara la cartera, pero como el doctor, sin decir una palabra, procedió a guardar sus instrumentos, ella pasó por alto la silenciosa petición del enfermo y, decepcionado, éste pensó que hasta entonces nadie más que Fritz, entre sus amigos y conocidos, se había interesado realmente en el asunto de la radiografía. Al fin y al cabo médico, Fritz le había hablado de la gravedad de su mal —el cual no pasó de ser una contingencia más dentro de muchas otras que, durante esos terribles días de espera y agitación, ya estaban previstas— y había sido gracias a él que había podido salir de Marsella pertrechado de una buena dosis de morfina. Disponía ya de ella, bajo forma de cincuenta hermosas pastillas, el día en que, disfrazados de marineros franceses, se colaron dentro de un barco a punto de zarpar, no sin que Fritz le hubiese recordado en broma aquella divisa del puerto de Bremen sobre la que alguna vez ya habían ironizado: *Navigare necesse est, vivere non est necesse.* ¡Estupenda divisa para el cazador Gracchus! Sin duda fue ella la que les trajo mala suerte, ¿por eso mismo Gracchus había preferido ignorarla?

Pero él no era el cazador Gracchus, al menos no todavía, aunque desconocía la ruta a seguir y los nombres de los puertos tanto como él, para no hablar de su tremenda afición a perorar. Además, no había llegado a Port-Bou navegando en una barcaza, sino caminando a pie por la misma montaña que iba a morir, abruptamente casi, junto al mar. Sobrevolado por las gaviotas, aquel pequeño pueblo servía de frontera no sólo entre dos países, sino también entre la

montaña y el mar y —casi podía añadirse— entre el Norte y el Sur. Hacia el Norte, en la montaña, quedaba la zona de los bosques y animales, y de las nieves perpetuas, mientras que hacia el Sur estaba Haceldama y luego el mar y más allá las Baleares. Incluso hubiera sido capaz de apostar cualquier cosa a que era en dirección Sur como partía la nave del sueño, en busca de ese lejano y antiguo país del que provenían la luz y los colores, y al que un día habría él también de viajar...

Pero ahora se trataba aún de un viaje que no estaba reñido con la idea del regreso. Lo sabía en cierta forma por haberlo puesto en práctica ya antes; en efecto, las plumas multicolores que había buscado de niño en el Babelsberg, sin encontrarlas, ¿no le habían hecho luego el regalo de tres distintos rostros de mujer? Julia, la más pasiva y natural, lo había animado a recorrer grandes distancias en el país de la renuncia, que era el mismo país de los sueños y los fantasmas literarios; con Dora, su ex-mujer, había recorrido un corto trayecto como esposo y padre, el hombre natural que florece en medio de discusiones caseras y brotes nihilistas y se desintegra de forma lamentable cuando aparece la tercera, Asja, la letona marxista de Riga, con la promesa, escrita en sus ojos, de un advenimiento mesiánico, y la evidencia, aposentada en sus labios, del sabor a uva nocturna de Capri... Recordó las citas de la Biblia con las que hubiera querido hacer saber a su amigo judío de Palestina la importancia de su nueva relación (*Madrugaremos para ir a las viñas; veremos si la vid está en cierne, si se abrieron los brotes, si han florecido los granados. Allí te daré mi amor*), y la deslucida frase con que, al final, lo resumió todo en una escueta alusión al «Cantar de los Cantares». Por suerte, en su memoria aparecían, ahora más fuertemente asociados que nunca, dos sabores y dos gestos, productos ambos del robo, el sabor de las uvas y el de los labios de Asja. Por todo esto, la noticia de la muerte de Gerda, recibida en Marsella hacía apenas unos días, muy pronto le permitió comprender que, si bien ella no estaba entre las mujeres más importantes de su vida —cada una de las cuales, desde su respectiva ínsula, se quedaba con un substancioso trozo de su pasado—, de algún modo las resumía a las tres reviviéndolas (*Huerto cerrado eres Hermana mía, Esposa, huerto cerrado, fuente sellada...*) y, además, con el hilo invisible de su danza, servía de simbólico lazo de unión entre ellas y lo poco que quedaba de él: un hombre enfermo, tendido sobre el lecho, con la mente navegando vertiginosamente entre dos aguas, semejante a

un barco que, a punto de naufragar, hace funcionar sus calderas rotas a todo vapor...

—De todos modos, *monsieur*, le recomiendo que intente dormir —escuchó que decía en aquel momento el anciano doctor—. Supongo que ya sabe lo que debe hacer, si tiene uno de sus ataques.

Sí, intentar el paso a través del tiempo —o de la brumosa superficie del agua— ya no en ningún arca bíblica sino en la nave capitaneada por Morfeo, pensó. ¿Pero con, o ya sin salvoconducto de regreso? Esquivando la pregunta, a causa de un traicionero retortijón, miró al doctor y asintió con la cabeza, mientras repetía para sí un tanto mecánicamente: primero sentarse al borde de la cama, ojalá con las piernas colgando —¿pero cómo, en aquel catre de mala muerte, tan distinto de la enorme cama de madera en la que había navegado por el mar de los sueños durante la niñez?— y luego tomar la dosis de morfina. Y hasta se recomendaba hacer una sangría, ¿pero de qué modo podía sangrarse a sí mismo cuando en el momento decisivo la ansiedad lo ahogaría, y sólo pensaría en lanzarse sobre la ventana más próxima para respirar aire fresco?

—Hasta ahora las pastillas a base de morfina han sido suficientes, *monsieur le docteur* —dijo, y como si le pareciera poco añadió, acomodándose los anteojos con un movimiento de la mano que dejó traslucir una cierta vacilación, algo así como el fulgor de un oculto incendio interior reflejado por sus palabras—. En el momento en que deje de serlo, *je passerai mon arme à gauche*, como quien dice.

Al oírlo, el anciano se irguió un poco, lo miró interrogativamente con sus pupilas lechosas:

—Por ahora, su arma está bien donde está. Así que déjela ahí... —farfulló; luego, lanzando un gruñido, procedió a guardar el estetoscopio. Sólo al final aclaró, con la aspereza de quien da una orden:— Ahora intente dormir otra vez...

«¿Otra vez?», pensó él y, mirando con extrañeza al anciano, se preguntó si acaso se había percatado de algo referente a su sueño, o su curiosa manera de soñar con los ojos abiertos, descomponiendo la realidad como en un juego de espejos. Cabía incluso pensar que el viejo médico había intuido que él tenía miedo de dormir abiertamente no porque, como le pareció recordar que hacía un rato le había dicho de forma un tanto teatral —o irreal— a la señora Wilmart, intentase evitar que el jorobadito lo cogiera por sorpresa, sino pura y simplemente porque, en su actual circunstancia, corría el

peligro —o al menos así lo creía, de una forma inconfesada— de quedarse dormido para siempre. He ahí que el barco del sueño, según el cargamento que llevara —un cargamento que ciertamente se medía en gramos, no en toneladas—, podía zarpar en un viaje sin retorno. Podía no volver, podía viajar demasiado hacia el Sur, navegando imperceptiblemente desde el azul claro del sueño hasta el negro, más oscuro, de la muerte. Y así, ¿cómo podía embarcarse sin la seguridad de un salvoconducto de regreso?

Mas si temía zarpar sin salvoconducto en el barco del sueño, aún le quedaba el recurso de hacerlo en el de la infancia, que partiría también hacia el Sur, el sur del pasado, sólo que por una ruta menos accidentada. Al menos ahora no tenía que disfrazarse de marinero francés, como aquella vez en Marsella, en un desesperado intento de huida que tuvo más de cómico que de trágico. Ni siquiera tenía que remontarse en su memoria hasta que, en un álbum de imágenes muy semejante al que de él guardaba el pequeño jorobado, apareciese la figura de un niño que, vestido de marinerito, ha sido llevado por sus padres a contemplar, anclados en el puerto, unos barcos que parecían amasados con algodón de azúcar, del mismo modo que aquella legendaria Columna Triunfal de la infancia. Sólo tenía que abandonarse en el recuerdo a la voz extrañamente persuasiva del médico; pues en realidad todo ocurría casi exactamente como cuando, durante sus convalescencias infantiles, después de mirarlo con aire ausente, el doctor se iba al fin, despidiéndose con un gesto, y el lecho perdía su aureola de lugar público. Sólo entonces podía el niño, en su soledad, medir la distancia que separaba la cama de la puerta, preguntándose hasta cuándo podía seguirla salvando con sus llamadas y descubrir que lo que más le preocupaba era la furtiva llegada de la noche. Al frente, la estrecha ventana por la que veía aposentarse la oscuridad, allá afuera, se parecía cada vez más al escenario de un pequeño teatro de marionetas abandonado; pero era de hecho en las paredes del cuarto, a lado y lado de la cama, donde la noche se instalaba, como una nueva forma de vida, saludando la luz artificial con cada una de las sombras chinescas que surgían de ella como los conejos del sombrero de un mago...

«En lugar de temer a las sombras de la noche, los niños alegres se sirven de ellas para divertirse», pensó, repitiendo la fórmula con que conjuraba el miedo en aquel entonces. Gracias a ella podía volver a verse como el niño más alegre del mundo, por más que, al ser algo

torpe con los dedos, los animales fantásticos se mostraran remisos a desfilar por la pared. Sólo el temible lobo Fenris, con sus enormes fauces abiertas, se dignaba posar para el niño enfermo y valiente, que se reía en sus narices y lo miraba con arrojo, tal un adulto acostumbrado a mirar frente a frente a la muerte, que por cierto no debía tener esa cara horrible sino el más dulce rostro de la más bella mujer. En cualquier caso, la muerte —hubiese sido invocada o ahuyentada por la osadía del niño— perdía terreno, ante la remisión de la enfermedad, y al final llegaba esa dichosa y anhelante mañana en que el niño oía los ruidos de los pobres, subiendo desde abajo —pues ellos, los pobres, siempre estaban *abajo*—, cuando sacudían las alfombras o ponían las sartenes en la cocina, en el piso inferior...

¿En el piso inferior? Volvió en sí con sobresalto justo a tiempo para ver cómo la señora Wilmart, que cabeceaba sentada sobre la silla, se enderezó bruscamente y exclamó;

—¡Por Dios, cuánto ruido hacen!

—Tenemos la cocina exactamente debajo —informó él.

—¿Por qué cenarán tan tarde en España?— dijo ella, y bostezó sin disimulo.

De pronto él se irguió y dijo con sobresalto:

—¡Por Dios, usted debe estar agotada! Váyase a descansar, se lo ruego...

Ella rió por toda respuesta y él reconoció para sí que, después de todo, en su fuero interno prefería continuar en su compañía. ¿Por simple miedo de quedarse solo? ¿O acaso porque temía que los ruidos, al venir de abajo; del reino del subsuelo —que para su desgracia no era sólo el de los pobres—, fueran siniestras o amenazantes señales lanzadas por el jorobadito? ¿O, más bien, porque su inquietud se había acrecentado sobremanera tras la llegada del médico? Su mismo deseo compulsivo de hablar, cuando se hallaba tan enfermo, cansado y amodorrado, ¿no era lo más sospechoso de todo? Tras la visita del médico había quedado flotando en el ambiente un olor tanto más inidentificable cuanto que en él se mezclaban varios aromas, en primer lugar el de los jarabes de la infancia, luego el del vino rancio o el del aceite de palmatoria, e incluso el de cocina que ha sido utilizado una y otra vez en las frituras. Olor a comida de pobres, olor a pensión española de fronteras —a un año y medio apenas de terminada la guerra civil—, olor por eso mismo a Haceldama, pero también olor a jarabe de cola de ratas

fermentadas en alcohol. La súbita y sobre todo cómica sospecha de que el doctor, que ni siquiera se parecía al de la infancia, no fuese otro que el mismo jorobadito, luciendo su disfraz más convincente, le permitió entrever una posible disculpa a su distracción mientras el anciano lo examinaba, ¿pues no era también verdad que aquel a quien el hombrecillo mira, no pone atención ni en sí mismo ni en el hombrecillo? De pronto se irguió y exclamó alarmado;

—Por todos los diablos, señora Wilmart, ¿recuerda usted si le he pagado al médico?

La señora Wilmart parpadeó soñolienta; luego rió, agitándose imperceptiblemente sobre la silla, que crujió.

—No le pagó, no —dijo—. Pero cuando quise acompañarlo hasta abajo, creo que me explicó en su pésimo francés que ya lo arreglaría con el hotelero... Supongo que éste nos pasará la cuenta de todo por la mañana.

El lanzó un suspiro de alivio, tras lo cual sintió un deseo incontenible de hablar. Entonces comentó, con una sonrisa;

—No sé qué habría sido hoy de mí sin usted. Le estoy infinitamente agradecido.

«Infinitamente», sí... ¿Pero «infinitamente» —pensó— no era una palabra demasiado grande para esa *tanière*? ¿Y no era casi inverosímil que la vieja dama continuase allí, junto a su cama, cuando lo más lógico era que estuviera en su cuarto descansando?

Pensar en «infinitamente», ¿no era como abrir una puerta sobre el infinito?

La señora Wilmart lo contempló risueña, y mirándolo fijamente a los ojos, como si leyera en su pensamiento, comentó:

—Usted me divierte con su cortesía... ¡Gnädige frau *por aquí,* Gnädige frau *por allá! Y ese infinitamente en el que se desborda de forma tan pródiga. En los tiempos que corren eso resulta un tanto cómico, perdóneme que le diga, y a veces incluso tragicómico. ¿No estuvo acaso a punto de agradecerle «infinitamente» al oficial de policía por la forma como nos trató en la estación? Si no lo hizo, recuerdo que al menos le pidió disculpas la primera vez que perdió la paciencia y alzó la voz... Eso ya no me pareció tan tragicómico —puntualizó ella y, mirándolo con una indecisa muestra de consternación y regocijo, añadió:— Perdóneme... Usted despierta mis viejos instintos maternales; desde hace mucho tiempo que no me daba el gusto de regañar así a alguien... —dicho lo cual, los ojos le brilla-*

ron y suspiró con nostalgia—. Es algo superior a mis fuerzas, pero cuando lo hago me siento revivir...

—Aproveche pues, mi querida señora, para revivir esta tarde en que yo navego en sentido contrario...

—¿Qué quiere decir?

—Que tengo la impresión de que hablo con usted en sueños, o en algo muy parecido al delirio, pues en realidad estoy aquí solo, en mi pellejo, que es el que ahora tiene la palabra... —dijo, miró con recelo hacia la ventana y la puerta, y añadió:— Y le diré algo más: sólo yo sé quién le reza todas las noches al jorobadito, como recomiendan los versos de Sherer...

Por un momento la señora Wilmart lo observó desde su borrosa irrealidad, sin ninguna expresión en su rostro.

—Perdone. Monsieur herr *Doctor, soy una pobre mujer ignorante...*

—Le estoy hablando del pequeño jorobado que hace un rato nos tiró una taza al suelo...

—Ah, ya... ¿Y decía usted que reza por él todas las noches?

—En cierta forma sí...

—¡Pero usted se olvida del otro jorobado, el del bigote, que lleva sobre su espalda una pila de cadáveres! ¡Dígame usted, por favor!... ¡Ese sí que es todo un jorobado! ¿No reza usted también por él?

—Le debo ya la muerte de mi hermano, se lo dije hace rato...

La señora Wilmart se quedó mirándolo, incrédula, y al final negó varias veces con la cabeza, como si quisiera expresar, con ese único gesto, cuán absurdo y descabellado le parecía todo aquello. No obstante, tras una brevísima pausa continuó;

—De todos modos, me permito recordarle que los niños, y en eso tengo una gran experiencia, se lo aseguro, sienten una extraña necesidad de creer no sólo en los duendes malignos, sino también en el ángel de la guarda.

Al oírla, vagamente pensó que eso era lo mejor que ella podía haber dicho, entre otras cosas porque así podría explicarle, como quiso hacer a continuación, llevado por una especie de enfermiza puntillosidad, que el suyo era un ángel muy especial, un ángel de talante melancólico. En el grabado de Durero se lo podía encontrar sentado, con un compás en la mano, contemplando una extraña figura poliédrica, sobre el fondo de un paisaje marino muy parecido por cierto al de Port-Bou visto desde la colina...

-También había una campana arriba —dijo, o pensó que le hu-

biera gustado añadir, si hubiese sido otra su situación—, y hasta un perro de aire tristón, como el que nos salió al encuentro esta mañana al cruzar la frontera, ¿lo recuerda?» Después, clavando sobre su amiga una mirada que los cristales de sus anteojos hacían espesa y distante, completó: «Y una escalera de siete estribos, para no hablar de los treinta y cuatro años, en el cuadrado mágico de mi edad...

«¡Treinta y cuatro años!... —creyó oír que ella decía burlona— ¿Treinta y cuatro años usted? ¡Si por lo menos debe tener el doble! !Permítame que me ría!».

«En la época de mis viajes a Barcelona...», pensó. «ya han pasado catorce años, ¡catorce años!».

«Trece...».

«¿Trece años? ¡Uno menos, qué más da! —casi reconoció ahora, lenta y cálida, la voz de su madre—. El hecho es, hijo mío, que seguramente estarás hambriento... Dime, ¿qué quieres comer?».

Volvió en sí, irguiéndose con brusquedad.

La señora Wilmart lo miró extrañada. Luego, sin poder ocultar cierto nerviosismo, dijo:

—Me parece que usted está empeorando por momentos... Perdone, pero...

—¡Pero usted debe estar agotada! —la interrumpió él, tras un momento de vacilación—. Le ruego una vez más que se vaya a dormir.

—De ningún modo —indicó ella—. Usted no sabe cómo se encontrará dentro de un rato y yo aún puedo resistir.

—Querida señora, no puedo permitírselo...

De ese modo, forcejearon durante unos instantes, sin que ninguno llegara a ceder, hasta que, comprobada la equivalencia de sus fuerzas, ensayaron la fórmula de compromiso; la señora Wilmart aceptaba irse a dormir si él le prometía que, en caso de emergencia, sería capaz de golpear con el puño en la pared, a su espalda. Aunque había de por medio dos pequeños cuartos vacíos, y sin ventana, con toda seguridad ella o su hermana oirían la señal desde el cuarto del fondo del pasillo...

Y si bien él pensó que los golpes en la pared, al resonar en el silencio de la noche, podían despertar a todos los habitantes del edificio —no sólo abajo, a la familia del hotelero, sino también arriba, a las otras mujeres y al chico—, dijo asintiendo convincentemente:

—Pierda cuidado...

Antes de salir, la mujer pasó revista a la habitación con un apresurado vistazo; nerviosamente le reacomodó la almohada, le estiró la manta sobre las piernas y de pronto, lanzando un «¡Ah!» casi jubiloso, se inclinó sobre la mesita de noche. Tomó la taza casi vacía que había encima, luego abrió la pequeña puerta, sacó el viejo florero, lo agitó en el aire y esbozó una sonrisa socarrona, al comprobar que aún quedaba en él un poco de agua.

Llevando ambos objetos en la mano salió luego, tras indicarle con un gesto que volvería en seguida.

Desde la cama, intrigado, la escuchó moverse en el pequeño cuarto de aseo contiguo a su cuarto, y la vio reaparecer al cabo de unos segundos; en la mano derecha traía la taza, llena, y en la izquierda el florero, vacío. Con movimientos lentos pero seguros, la vieja dama puso los dos objetos en sus respectivos lugares.

—Así el jorobadito no podrá lograr que beba más agua podrida —dijo, con un retitín irónico, y reflexionó, antes de darle las buenas noches:—. Aunque, de todos modos, en estos pueblos de la costa el agua potable casi siempre tiene ese horrible sabor a agua de mar...

«Según íbamos ganando altura, a nuestra derecha, el mar se nos abría como un cofre de joyas. Irradiaba como si sobre un terciopelo azul fulgurasen alhajas: pedrerías, platinos y oros.

—La riqueza milenaria de este mar, con sus luces y azules, ésa, no se la podrán llevar nunca con los ojos —pensé—. Y además, es la única que le sirve a uno para algo...

«Pasamos junto al puesto de Aduana española. El disco de atención tenía los colores franceses exclusivamente. Y ponía Douane. *Estaba algo desconchado y salpicado de metralla. La casa de los carabineros y los vistas, saqueada y sucia, con la marca indeleble del enemigo: robo y asco. Junto al garitón y bajo las peñas del monte, grandes, sólidos refugios antiaéreos. Escrutamos con atención toda la cantidad de cosas, utensilios y animales que obstaculizaban la carretera y abrumaban las barrancadas.*

—La verdad —dije yo—, esto es como unos grandes almacenes, como un Madrid-París o Sepu colosal, donde nadie ha hecho todavía el balance y clasificado los géneros.

IX. ODRADECK BARCELONÉS

Al soñar, el exceso de nuestros propios sueños
puede hacernos despertar de ese modo...
Hugo von Hoffmansthal, «El loco y la muerte»

YA A SOLAS, sintiéndose sorprendentemente bien, buscó una posición más cómoda y examinó con distracción el cuarto durante unos instantes. De pronto, tuvo la impresión de que —como si, en vez de horas, llevase esperando allí días, tal vez meses— en aquel exiguo y casi sórdido escenario había algo que le resultaba sumamente familiar... ¿Era tal vez esa especie de austeridad vergonzante que reinaba en su interior? Dicha austeridad le recordaba de algún modo la sobriedad que, en los pueblos del sur de España, visitados en su primer viaje al país, años atrás, hacía de cuatro paredes encaladas el escenario propicio para que una silla de paja o un ánfora de barro evidenciasen la sonriente irrepetibilidad de su aura. Sin embargo, saltaba a la vista que ahora se trataba de algo distinto. La cartera negra, con su aspecto sombrío, había establecido ya una especie de cómplice correspondencia con la cama, con el piso y hasta con el nochero... Y de todos los lugares en los que la había visto reposar desde que guardó en ella el único manuscrito que deseaba salvar personalmente de los nazis —como si no fuera suficiente que, ya al darla a luz, hubiese dividido a su criatura en tantas partes como círculos se trazan con el *Krasmesser* sobre la cabeza del recién nacido—, éste era el que más lo inquietaba.

Entonces, alarmado, olfateando la inminencia de una nueva revelación, miró con suspicacia hacia la ventana, enfrente, y dejó correr luego su mirada por la pared de la izquierda, después por la de la derecha: ¡nada!... Sin embargo, junto a la cabecera de la cama la pequeña puerta del nochero había quedado medio abierta y a través de ella intuyó, más que vio, la rosa espectral que, pálida y marchita, languidecía en su interior. Inclinándose hacia el nochero lo abrió del todo y miró con desconfianza el florero vacío —cuya agua podrida recordó con una sonrisa—, junto al cuchillo oxidado y el cenicero. Los tres objetos reposaban sobre un legajo de periódicos y revistas, en una de las cuales sus ojos alcanzaron a recomponer,

invertida, la palabra alemana *Deutsche.* «¡Ahí está...!» pensó y, sacudido por la corazonada, se inclinó aún más para levantar con una mano el florero y con la otra tirar del borde del legajo. Sólo entonces pudo leer el título completo: *Deutsche Zeitung für Spanien...*, con el equivalente en español: *Revista alemana de España*, y el mismo dibujo, junto al título, de una victoria de Samotracia. Al lado de la revista había un grueso folleto, casi un libro, que tenía un título curioso: ¡*Hay Pirineos*!...

«*Es gibt Pyrenäen*!... —tradujo casi sin darse cuenta— *Bien sur: Il-y-a des Pyrénées!...*» .

No, el significado del curioso título no era difícil de desentrañar; los Pirineos estaban ahí como una muralla de frías rocas y nieve que impedía entrar en la Península el espíritu del mal. «*Es gibt Pyrenäen!...*», se dijo una vez más, con tanta vehemencia que, desprendiéndose de sus manos, otro de los folletos cayó al suelo. Lo recogió en el acto; era el discurso del Führer ante el *Reichstag* del día 18 de julio; casi automáticamente recordó la alusión a un frente alemán que iba desde el cabo norte hasta la frontera española, y con gesto irritado volvìó a la *Deustche Zeitung für Spanien...* Estaba publicada en Barcelona, llevaba la fecha de diez de mayo, y el editorial invocaba la ineludible Victoria del pueblo alemán, la amistad entre España y Alemania, terminando con el obligado saludo al *Führer.* Luego buscó el ejemplar en castellano y leyó, con torpeza de niño que aprende a deletrear, la frase que hablaba de los votos por la amistad hispano-germánica y terminaba con el triple saludo: ¡Viva Franco! *Heil Hitler*! ¡Arriba España!

Sin que su mano soltara los folletos, se dejó caer sobre la cama, que lanzó un leve crujido. Entonces, mirando hacia el cielorraso, caprichosamente dividido en zonas de sombra y zonas de luz por la pequeña pantalla cónica de la bombilla, durante unos instantes evocó los tiempos de su primer viaje a Barcelona. Aquella vez había ganado una buena suma de dinero y, sin pensárselo demasiado, pospuso su proyecto de un libro sobre los cuentos de leyendas alemanes, embarcándose en el acto en un carguero que lo llevó desde Hamburgo hasta Sicilia, pasando por España e Italia. Gracias a ese improvisado «crucero» había podido conocer Andalucía, y también Cataluña... *Erlebnis aus einer Spanienreise*?, pensó, examinando de nuevo la *Deutsche Zeitung*...

¡Sí, ése era precisamente el título de uno de los artículos!...

Pero, en cuanto a él se refería, más que Andalucía le había impre-

sionado Barcelona, con su barrio chino, el mismo que pocos años después recorrería varias veces con Michel, buen conocedor de los mejores Bares —el del Manco, el de La Criolla o el Sacristán— en las escalas que hacían en la ciudad de paso hacia Ibiza. Recordaba vívidamente que, ya en ese primer viaje, los bulevares de la ciudad le habían llamado la atención por su parecido con los bulevares de París, e incluso había podido descifrar, en las distintas barriadas por cuyos rincones más intrincados se aventuró, algunos comentarios contra Primo de Rivera, que auguraban ya los buenos tiempos de la República.

¡*Hay Pirineos*! deletreó de nuevo y, abriendo el folleto, ilustrado con fotos, leyó con asombro...

«*Era la primera hora postemeridiana del diez de febrero de mil novecientos treinta y nueve. Y de esa hora, ¿en qué minuto histórico las banderas nacionales se desplegaron por la última y extrema línea de mugas fronterizas? ¿Y se asomaron —sobre el collado de los Belitres— hacia la villa atónita, desierta y enemiga de Cerbère? ¿En qué minuto? En el minuto H...*».

Sí, allí, en el texto mismo, parecía que las palabras se abrían paso a golpe de bayoneta. Por eso, era evidente que no se trataba del mismo estilo de Gracián, cuyos meandros estilísticos casi había aprendido a identificar, aun sin saber mucho español, en los tiempos de Ibiza. Por lo demás, ¿qué otra gesta si no la de los fascistas podía haber inspirado a nadie ese estilo «elevado» en que escribía el autor de ¡*Hay Pirineos*!?...

Y decía aún:

»*Porque lo mismo que hay una hora H para empezar un ataque, hay un minuto H en que el ataque termina...*».

Un minuto H, sí... Desde un comienzo todos lo habían sabido, tanto los fascistas como los que habían firmado los pactos de no intervención que dejaron las manos libres al Caudillo. Por lo demás, la presencia de éste se olía densamente en aquellas páginas escritas por un sectario que se vanagloriaba de haber estado entre los que, aquella tarde de febrero del treinta y nueve, habían hecho detener el sol...

¡El sol!... Estaba escrito allí mismo, un poco más abajo y lo releyó:

«*Yo creo que hasta el último soldado tuvo una vaga conciencia de que aquel instante H de llegar a Port-Bou, no era un instante. De que el tiempo se había parado. Y el sol, interrumpido su carrera. Y las ondas del mar, su pálpito. Y Francia, su destino...*».

Pensó que tal vez había sido ahí —y no mucho más atrás, como siempre había creído— donde todo se había echado a perder. ¿Pues ellos, los fascistas, no se habían anticipado a todo mundo en el acto, que parecía imprescindible en la victoria, de hacer parar el sol?

Aunque también podría haber ocurrido que el «astro rey» hubiese tomado partido por los fascistas desde la caída de la República, o si no desde la anexión de Austria, pues también ésta se había hecho a plena luz del día, ante la impasibilidad de todos los demás... En Francia, ni en uno ni en otro caso se había querido disparar contra los relojes, como habían hecho los obreros revolucionarios de 1830; sin duda por eso la misma «*capital des peuples*» habría de caer pronto, herida por el último de los rayos de la *Blitzkrieg*, que ahora, con su águila de dos cabezas, campeaba impunemente en territorio francés...

El hecho es que estaba seguro de que ni en ese viaje ni en los que, con escala en Barcelona, hizo luego a Ibiza, en su continuo deambular de impenitente viajero, había estado en aquella pensión Villa Isabel —anunciada por la señora Isle Heinemann en la *Deutsche Zeitung*— para familias y extranjeros, con sol, aire fresco y agradable, de aquel desconocido barrio de la ciudad llamado Bonanova. Lo cual —pensó, buscando de nuevo una mejor postura sobre el lecho— en cierta forma era una lástima: pues, ¿no hubiera resultado una preciosa coincidencia —una experiencia digna de aquella misma «rosa de los vientos» sobre la que había escrito esclarecedoras páginas en Ibiza— que hubiese estado alojándose sin saberlo en la misma pensión utilizada por los perseguidores? Y ahora, se dijo, mientras se esforzaba en pasar las páginas del folleto, sin soltar la revista, ¿no pasaba la noche en el mismo cuarto donde acaso arrullaba sus sueños el mismo miembro de la Gestapo que, en sus desplazamientos a Barcelona, se alojaba en la pensión Villa Isabel anunciada por *frau* Heinemann en la *Deutsche Zeitung*?

«*¡Es el* negoci, *el* negoci! —le pareció oír casi la voz de uno de los que hablaban exultantes en otro pasaje, y se esforzó en escuchar, con más atención—. *Todos en catalán. Ninguno en español. Pasaban por aquí demasiadas mercancías y gentes para emperrarse en eso de la lengua vernácula...*». Dejó caer la revista, en un gesto de desaliento, cerró los ojos y pensó en el aire fresco y agradable de Bonanova, luego los volvió a abrir y, al mirar de nuevo las páginas, escuchó otra vez el retintín de la voz («*el* negoci, *el* negoci... *Estos pueblos fronterizos parecen todos para los judíos... Yo he observado*

que las zonas discutidas de un país, las Alsacias y las Lorenas de las naciones, y las fronteras, todo lo que sea estar entre dos patrias y no pertenecer a ninguna de ellas, son criaderos y nidos especiales para los judíos...»). Con todo, estaba claro que los extranjeros que llegaban a la pensión Villa Isabel sólo aspiraban como él a un lecho donde poder dormir y dormir, sin el temor de lo que pudiera ocurrir al día siguiente... Lo cual le hizo recordar los días, aún no demasiado lejanos, en que todavía se hablaba en Marsella del cementerio de Cerbère, el último pueblo francés antes de cruzar la frontera —¿pero la expresión «escapar por el cementerio» no sonaba a broma macabra, en un pueblo que tenía por nombre el del can tricéfalo que guardaba el paso del Aqueronte? ¿Y en una cadena de montañas cuyo nombre —según el agobiante, pegadizo retintín de ese tal Giménez Caballero, que tan pocas simpatías parecía sentir por los catalanes— era precisamente «nacida de las Piras», Piry-neos? ¿Cubiertas de humaredas, y llamas de oro y fuego, de piras amarillas y encarnadas, con el signo de España, con la bandera de España?

En cualquier caso, ahora en Port-Bou ya no era posible salvarse a ningún lado...

Ni siquiera cabía ya urdir aquellos planes descabellados, de fugas a países inexistentes, en barcos fletados por ricos de ultratumba, como el mes anterior todavía era posible hacer en Marsella, cuando la esperanza aún no les había escatimado su dádiva. Menos mal que ni su hermana, ni su mujer, ni su hijo lo acompañaban en aquel trance difícil; si bien ahí estaba ya él intentando reconocer desde el puente del Catania a las personas que, mientras el barco se alejaba, permanecían inmóviles en el muelle con esa expresión impávida y casi apesadumbrada, pero entre ellas no estaba ninguno de sus seres queridos. Aunque también, pensó, era posible que las brumas del atardecer le impidieran una visión más detallada; pues era un hecho que, conforme el barco se alejaba poco a poco del puerto, toda la vida de la ciudad se refugiaba lentamente en el gris claro de las transiciones entre el follaje de los árboles lejanos, el cemento de los edificios y las rocas de las montañas vecinas. Y, bien mirado, un pañuelo que se agitaba en la distancia, ¿no era casi el comienzo de un hilo que, al desenvolverse, avanza necesariamente hacia el otro extremo, el de la melancolía del regreso? Sí, existía un hilo invisible que se desenvolvía en cada partida, cada pasaje de un lugar a otro, de ahí la costumbre de arrojar tiras de papel en los muelles, tiras de distintos colores que añadían un ingrediente casi

festivo a la tristeza de las despedidas, muchas veces saboreada por él con una complacencia que a cualquier otro le hubiera debido resultar sospechosa. Casi siempre una mujer lo había despedido en algún puerto, en alguna estación, de ahí la costumbre de urdir siempre nuevas travesías destinadas a alargar indefinidamente la cadena... Algo de eso ocurrió con Dora en Capri —cuando la escuchó cantar aquel último Lied de Strauss, inspirado en un poema de Eichendorf: «¿Será esto la muerte?»—, aunque tal vez sólo lo comentó con Julia en París, pues ciertamente todo aquello había tenido lugar mucho tiempo antes de su borrascoso idilio con la indómita bolchevique de Riga...

«Una mujer —pensó de pronto, o más bien recordó— ¡Siempre ha habido una mujer!...» .

«Pues, para que pueda ser realmente contada, toda aventura de viaje debe enrollarse finalmente en torno a una mujer, al menos de un nombre de mujer; tal es el soporte que el hilo rojo de lo vivido necesita para poder pasar de una mano a otra... Ahora bien, si tras el nombre de mujer acecha la mujer misma, existe cierto peligro; tal era el caso de la Oviri, la «salvaje» —que en los catálogos aparece como «La Matadora, cruel enigma...»—, esculpida por Gauguin, quien primero había soñado con ponerla en su futura tumba en Tahití y luego simplemente en el jardín de su casa. Sucedía pues que ahora el nombre de su viaje, a medio camino entre la vigilia y el sueño, era el de la Oviri, vencedora del lobo, cuya cabeza aplasta bajo sus pies, mientras ahoga reciamente a un cachorro contra su flanco. La había entrevisto por primera vez en Ibiza, donde había encontrado a un nieto de Gauguin, silencioso y amante de la naturaleza, con el que organizó aquella excursión por mar a la parte más salvaje de la isla, en la que desembarcaron, junto a las plañideras, poco antes del amanecer. Más tarde, al despuntar el sol, ocurrió lo del cadaver del niño, que las plañideras habían dejado dentro de la cabaña de piedra, sobre una mesa de madera, y lo de los hombres que fueron llenando luego la playa...

Una mujer danzaba en el centro; algo extrañado reparó en que la música brillaba por su ausencia, y no había el menor rastro de alegría en los rostros de los que miraban... Más que en los movimientos de la danzarina, cuyos contoneos de almea eran tan lujuriosos como monótonos, ellos parecían interesados en el cuchillo —tan semejante a un Krasmesser*— que la mujer sostenía entre sus dientes, y sobre*

todo en el avance casi rítmico y pausado de sus pies descalzos sobre el piso de madera. De pronto comprendió que, trazando círculos concéntricos, ella danzaba alrededor de algo, el cuerpo del niño, en torno al cual los círculos de su danza se iban estrechando poco a poco...

Se oyó el llanto del niño y, en ese momento, uno de los espectadores, el que estaba más cerca de él, se volvió y le miró con expresión burlona. Reconoció al «tipo estrafalario» con el que, durante los últimos años, se había cruzado varias veces aquí y allá, especialmente en Italia y España... Había envejecido una barbaridad, ahora era un anciano mustio y desagradable que, con las mejillas maquilladas y los labios pintados, se movía coquetamente, como un joven.

—Ah, ¡de nuevo usted!... ¿cuánto hace que no nos veíamos? —le dijo el viejo al reconocerlo, medio en serio, medio en broma, con esa voz chillona que a él tanto le desagradaba, y sin esperar respuesta continuó:—. Ya lo ve, pues, ahora ella da su séptima vuelta; cuando haya completado las dieciocho, ni una más ni una menos, ji ji ji, el niño intruso podrá irse por donde vino. —Entonces, silenciando de súbito su risa estridente, el hombre estrafalario hizo una venia y repitió untuoso:— Muy señor mío, ¡el niño también regresará!...

—¿Aunque nunca haya aprendido el camino?

—¡Aunque nunca haya aprendido el camino, amigo! Pues la verdad es que todos los caminos llevan a Roma. Seamos lo que seamos, sólo podemos escoger entre Freund *Hein y* Frau *Hulda, para dejar tranquila a* Frau *Heimfahrt... ¡Ah, cuántos nombres para una misma mujer! ¡Pues el amigo Hein no tiene costumbre de hacer ninguna diferencia entre dos! —canturreó, antes de mirarle el rostro con una expresión depravada y maliciosa, y preguntar:— ¿O es que usted encuentra más sugerente a la Oviri? ¡Dios mío, qué pálido está! Pero no, no se preocupe... También para mí ahora son tiempos difíciles... —seguía diciendo el viejo, gesticulando y muequeando, mientras la danzarina continuaba tejiendo su danza en espiral, acercándose cada vez más al cuerpo del niño—. Mi nombre está prohibido en Alemania, donde han quemado mis libros y los niños cantan los versos de mi «Loreley», un poema de «autor desconocido»... ¡De autor desconocido, imagínese usted! Pero dejémonos de historias: cualquier hombre, en cualquier época, puede afirmar que le han tocado vivir tiempos difíciles. Por mi parte, yo me tomaré la libertad de decirle algo más: el asombro de que todo eso siga ocurriendo me parece muy poco filosófico...*

—¡Lo escribí yo! Permítame que le diga... —protestó él, y mirando a la danzarina preguntó:— ¿Pero cuántas vueltas tiene que dar todavía?

—Ahora sólo dos... ¡O puede que tres! ¡Usted lo sabe mejor que yo!

Pasaron, lentos, tensos, unos instantes, mientras el hombre seguía a su lado hablando, riendo y gesticulando, sin que él pudiera ahora entender muy bien lo que decía... Sólo cuando la danzarina se detuvo junto al niño, lo oyó decir con toda claridad:

—En este mismo instante, el presente se acaba... ¡Ha comenzado el pasado!

Entonces miró hacia el centro del círculo y vio a la Oviri, exactamente como en la escultura de Gauguin. Pero no se atrevió a mirar los pies de ella, donde le pareció que una especie de abismo acababa de abrirse, cálido y sangriento, y despertó con un grito ahogado...

Estaba en la habitación, solo, sobre el regazo aquel montón de folletos. ¡Ah, si al menos la señora Wilmart hubiera permanecido junto a él!.

En vano, sobreponiéndose, intentó recordar si hacía mucho que la vieja dama se había marchado...

En ese momento se oyó la voz acalorada del hombre; venía no del pasillo, sino del piso de abajo. Haciendo acopio de fuerzas se puso de pie, recorrió con dificultad el pasillo y asomó la cabeza por la puerta de la escalera. Allá, sobre el primer rellano, e iluminada por la exangüe luz de la bombilla, reconoció a la alsaciana. Unos escalones más abajo un policía de aspecto juvenil y mirada agresiva agitaba la mano, casi el puño, en dirección a ella, que permanecía desafiante e impasible. Por un instante, se distrajo apreciando el valor plástico e incluso «moral» de la escena. Arriba la mujer orgullosa y altiva, abajo el hombre rabioso e insolente. Y cuanto más gritaba el policía, tanto más parecía la joven triunfar sobre él, con sólo su silencio e inexpresividad. Pensó que, en su enfrentamiento, esbozaban una especie de alegoría, todavía por esculpir o por desentrañar, e intentaba ya hacerlo (*¿Quién es esa que avanza como la aurora, hermosa como la luna, pura como el sol, temible como batallones en guerra?*) cuando el hechizo plástico se rompió de repente; la joven sonrió y, en su exasperación, subiendo un peldaño, el policía intentó empujarla escaleras arriba.

En ese momento el hombre exhausto que miraba desde el rellano superior no pudo ya contenerse. Con todas sus fuerzas, gritó:

«*monsieur, s'il vous plait!*». Tanto el policía como la alsaciana se giraron en el acto hacia él. El uno se limitó a mirarlo perplejo mientras que la otra, sorprendida, le hizo un furtivo, disuasorio gesto con la mano, intentando expresarle que ella sola era capaz de salir del mal trance. Pero él no le hizo caso. Con expresión severa y digna continuó mirando desde arriba, asistido por una fuerza inopinada, la del que se crece en la desgracia y conoce una misteriosa forma de imponerse desde su debilidad.

Finalmente, haciendo un gesto despectivo y farfullando algo, el policía se retiró...

Y arriba, con una mirada destellante, él esperó a la alsaciana.

Cuando estuvieron frente a frente, se miraron un momento y sonrieron.

Luego ella quiso decirle algo, tal vez para darle las gracias, pero, antes de que lo hiciera, él se le adelantó y con un gesto le indicó la puerta entreabierta de su cuarto...

«Entré 'Chez Mariana'

«Tenían mis amigos sentadas en sus rodillas a tres chicas. Al entrar yo, se levantaron ellas.

—Señoritas, márchense. Hagan el favor.

«Mis amigos se ofuscaron. Se opusieron violentamente. Me decían que estaba loco.

—¡Pues qué hacemos! Lo que los castizos, lo que hacen los hombres...

—¡No! Estáis haciendo lo mismo que hizo la generación pasada, y la otra, y la otra, y la otra de España. La mujer en casa y la amiguita en París. La religión en casa. Y para la calle, la cultura, francesa; la política, inglesa, laica... ¡Bobos! ¡Viejos! Mucho gritar, y combatir, y sufrir, y conquistar palmo a palmo esta frontera, y ya habéis caído en las eternas redes de la dulce Francia —'Chez Mariana'— *de la seductora Francia, siempre invencible. ¡Paletos!¡Memos!*

«¡No lo olvidéis! Desde hoy, ¡hay Pirineos!

X. ADORABLE HECHICERA

Adorable sorcière, aimes-tu les damnés?
Baudelaire, «L'Irreparable»

AL DARSE CUENTA de que la improvisada intervención lo había dejado exhausto, respirando de esa forma breve y estertorosa, la joven se acercó para ayudarle, pero él la rechazó con una mirada. Luego, avanzó hasta la cama, en la que se volvió a meter, acomodándose trabajosamente bajo las mantas, y miró a la joven; ella esperaba enfrente, con una discreta sonrisa en los labios... Sólo cuando la invitó a sentarse en la silla, ella habló;

—No debo quedarme mucho rato, *monsieur*...

No recordó que antes le hubiese tratado de «*monsieur*», y pensó que ahora lo hacía impulsada sin duda por un reflejo de pudor.

En efecto, parecía evidente que, bajo la raquítica luz de la bombilla. el hecho de que estuvieran allí, frente a frente, él tumbado en la cama y ella sigilosamente sentada en aquella silla bamboleante, precisaba todavía de algo que lo justificara. Pues ni lo que les había ocurrido aquel día a los dos, ni su encuentro primero en la colina y luego en el andén de la estación, ni siquiera las pocas frases y miradas de complicidad que habían intercambiado hasta el momento, la brindaban en grado suficiente. ¿Pero se podía decir otro tanto de su enfermedad, y del percance con el policía dos minutos atrás? Leyendo en los ojos de la muchacha, ajenos y fríos, creyó adivinar que se mantenía en guardia, con la mente ensombrecida por la misma inquietud. Entonces la oyó afirmar, en un cálido susurro:

—Me alegro de que ya se encuentre mejor.

—Muchas gracias... Por mi parte, lamento el incidente de la escalera.

—No tiene la menor importancia —dijo ella, alzándose de hombros.

Al oírla, lo comprendió: algo menos joven que ella, el policía se había sentido acicateado por su aire altivo y burlón, y el enfrentamiento entre los dos había respondido en gran parte a un móvil sexual...

—He aprendido ya a defenderme de tipos como ése, aunque lleven uniforme —añadió la joven, sin ocultar su desprecio, y hablando de una forma más exaltada, que endurecía, germanizándola, su pronunciación del francés—. Lo único que siento es que no me haya dado tiempo de buscar más...

En efecto, después de salir del Hotel, aprovechando un descuido de los policías, había ido hasta la estación con el propósito de encontrar a cierto maletero andaluz que conocía a un taxista de Figueres. Tenía su referencia desde hacía dos meses, cuando, en compañía de un americano llamado Fritz, ella había estado ayudando a sacar refugiados por el *Beis Autem* de Cerbère...

—¡El *Beis Autem*!

—Perdone, quise decir el cementerio...

Pensó que era una bonita imagen, la de la joven judía que, —capaz de afrontar el peligro y aguardar entre las tumbas al grupo de tránsfugas— temía no obstante pronunciar la palabra «cementerio», y por eso combatía la superstición con el eufemismo, cuando escuchó su pregunta:

—¿Había intentado antes con su amiga el paso por Cerbère?

—Oh, no... todavía no teníamos visado. Pero sé de muchos que pudieron escapar por allí. Lo sorprendente es que usted...

—¡Lo sé! —lo interrumpió ella—. Yo, que ayudé a escapar a muchos, ahora me encuentro atrapada... ¿No es eso?

—Sí, pero mañana...

—Mañana —reacometió ella echándose el pelo hacia atrás con un brusco movimiento de cabeza—. Mañana de patitas en la calle, *monsieur*...

Su tono entre irónico y fatalista lo intrigó.

—Al menos usted podrá reunirse con sus compañeros... —le dijo—. Y sin duda sus padres...

De pronto, al reparar en la mirada fría y cortante de la joven, la observó asustado, temiendo haber cometido una indelicadeza, ¿habían muerto recientemente sus padres?, pero luego, al ver que el rostro de la visitante volvía a ablandarse, se tranquilizó. Sin duda, lo único que ella quería aclarar, gracias a una especie de decisión personal sobre la que no se creía en el deber de dar explicaciones, era que en aquellas circunstancias más valía dejar de lado todo lo personal, privado e individual, como acto seguido subrayó implícitamente, al pasar a referirse sin más a la situación en la España del Caudillo... ¿Se había él dado ya cuenta de que

corrían tanto peligro en Port-Bou como en cualquiera de los pueblos del otro lado de la frontera?

—¿Qué quiere usted decir?

Sorprendida sin duda por la forma como él se irguió con brusquedad al formular la pregunta, ella se mordió los labios, pálidos y delgados, y antes de responder lo miró inquisitiva, como si quisiera calcular el efecto que una visión demasiado realista de los hechos pudiera tener en alguien que se hallara en circunstancias tan negativas como las de él. Luego dijo —o él la escuchó decir, con lo que le pareció la voz neutra de una imparcial mensajera de la fatalidad— que existía en España un Servicio de Información Militar, compuesto por guardias civiles y policías, y llamado por más de un motivo «Gestapo española», que sin duda estaba en contacto con la Comisión Kundt. Por otro lado, bastaba ir hasta las Ramblas, a cincuenta metros del Hotel Francia, para descubrir a la izquierda el cuartel de la Guardia Civil y a la derecha la Sociedad Sofindus...

En Port-Bou, en Cerbère y en Banyuls todo el mundo sabía que los alemanes que dirigían esa Sociedad iban vestidos de civil, pero eran miembros de la Gestapo. Se paseaban por Port-Bou como por su casa, a veces comían o cenaban en el Hotel Francia, cuyo propietario había sido «*maître d'hôtel*» cerca de Lyon y sabía emplearse a fondo cuando era bien remunerado o le traían buena materia prima, y por la noche era posible reconocer desde el pueblo sus linternas en la colina. Subían la montaña con sacos llenos de víveres decomisados en los trenes portugueses, sacos que enviaban por carretera a la zona ocupada.

—¡Y eso que en la zona ocupada la falta de víveres puede aumentar!... Esos son los efectos del bloqueo.

—Usted, por dios, está muy bien informada... ¡Sabe incluso lo que va a pasar!

—¡Seguramente este invierno va a ser tan riguroso como el anterior, o más! Y dicen qué en la zona no ocupada no aguantarán menos hambre que en París. Esto no es ningún *bobard:* es un hecho que los combates han echado a perder las cosechas... Pero no serán los fascistas quienes paguen la factura... Ni muchos menos el gordo cónsul honorario de Panamá en Marsella, que cambia visas por salchichones...

—Sin embargo, usted no debería...

—¿Por qué no? Hace un momento, en la estación, un maletero se

quejaba de que Mussolini les estaba quitando el trigo a los españoles.

Comprobó que, convertida en una especie de Casandra, en su rostro había algo hermosamente vesánico, algo vinculado con el frenesí ya no indignado sino extasiado de otro rostro, años atrás, en Marsella, el de la mujer que lo hechizaba con el hilo envolvente de su danza. De súbito algo cedió en él, algo se resquebrajó, y dentro de su vientre sintió un fuerte tirón, como si la olvidada cola de rata se hubiese reanimado de repente...

En aquel momento la alsaciana hizo una pausa y, no sin esfuerzo, él reincidió;

—Sus pronósticos son tan prolijos como asombrosos... ¿Cómo ha podido saber todo eso?

—¡Por Dios, *monsieur*! —exclamó ella.

Después de haber estado dos meses pasando refugiados por la frontera, a través de rutas que sólo conocían los payeses, ¿cómo hubiera podido no enterarse de lo que sabía todo el mundo en la región, a ambos lados de la raya? ¡De eso se había enterado y de mucho más!... Pues también había descubierto cosas que podían resultarle sumamente sugerentes a alguien como él; por ejemplo, que los alemanes proporcionaban a los españoles alimento espiritual.

—Les traen de Alemania miles de folletos con los discursos traducidos del Führer, e incluso editan una revista en Barcelona, en alemán y español...

La Deutsche Zeitung für Spanien, pensó él. Pero no se atrevió a decirle que ya la conocía y que incluso poseía un ejemplar, cortesía del hotel. ¿Acaso porque eso lo hubiera llevado a intentar extenderse sobre Barcelona, a explicarle que desde el treinta y tres no había vuelto a visitar la ciudad de los bulevares casi parisinos, por cuyo barrio chino paseó tantas veces durante aquel verano, el último de todos, el último de su amistad con Michel? ¿O más bien porque, según testimonios escuchados en Marsella, ahora la ciudad no era más que un triste reflejo de la bullente Barcelona de los tiempos de la República, con los edificios en ruinas, los mercados vacíos, los niños hambrientos al acecho en los bares y en las estaciones, los mendigos y las ratas?... ¿Las ratas? Sí, un vasto territorio abandonado a las ratas, las ratas gordas y las flacas, eso era el país entero, incluido Ibiza, Barcelona y Port-Bou, pues tanto la isla como la ciudad y el pequeño pueblo pertenecían a la tierra maldita de Haceldama.

—¿Había oído tal vez usted hablar de esa *publicación*? —escuchó que en aquel momento decía la alsaciana, y añadía luego, en un clarividente, cálido susurro:— O posiblemente ni siquiera le sorprende, ¿tan fácil le resulta imaginárselo?

—¡Así es!...

Mirándola distraído, pensó que no era una voluntad de penetración, sino un fanatismo ciego lo que brillaba en la mirada de la joven, y se preguntó acerca del color de sus ojos. ¿Era gris o azul claro? Resultaba difícil saberlo; aureolado en su indefinible tonalidad, el iris parecía brillar en una profundidad insondable, que era como una enorme distancia jaspeada al final de la cual, impasible y sin asombro, latía la presencia de alguien. Pero, ¿se podía salvar esa distancia, cuando parecía tan grande como la de una estrella o la de un planeta? Ahí estaba el *quid* del asunto, pensó, ya que por los mismos motivos por los que resultaba imposible contemplar a simple vista el anillo de Saturno, resultaba muy difícil saber exactamente cuál era el color de sus ojos. Por eso, al punto desistió de las metáforas etéreas y confeccionó sobre la marcha, al amparo de un viejo cliché, una definición que le pareció lo bastante ambigua e imprecisa, aunque también lo suficientemente clara, como para que no violentara la volátil sustancia de aquella hermosa mensajera de la desdicha, y se dijo que sus pupilas eran como dos laboratorios minúsculos donde el color gris hurgaba sangrientamente en los secretos del azul. Posiblemente hubieran querido ser también mirados por unos ojos tan hermosamente vesánicos como ésos los refugiados que, ante los fulminantes éxitos de la *Blitzkrieg*, habían renunciado a mirar cara a cara al enemigo, haciendo uso de su «libre derecho» a irse —así Joseph Roth, en París, Ernest Toller, en Nueva York, o Walter Hasenclever, el último, en el campo de refugiados de *Les Milles*... «Libre derecho a irse» que, por lo que respecta a los judíos, resultaba tan útil incluso en la «Francia libre» de Petain, donde también la policía francesa colaboraba en el censo de judíos, previo a su captura y deportación, como prueba de las buenas relaciones que el gobierno de Vichy mantenía con el Führer...

Volvió bruscamente a la realidad cuando los ojos de la joven se disolvieron en una vacía mancha gris y, nerviosa ella, se puso de pie y retiró suavemente la silla.

—¿Se marcha ya?

La joven levantó la cabeza hacia él, sin duda sorprendida por el consternado sonsonete de sus palabras.

—Usted tiene que descansar, *monsieur* —dijo.

—Sí, ya ha cumplido con su deber de visitar al enfermo, especialmente respetado por nosotros... —señaló él, de forma casi involuntaria, con la inflexión tortuosa de quien no se decide a refunfuñar abiertamente.

—¡No se trata de un deber! —replicó ella con cierta sequedad.

—Pero podría quedarse un poco más...

—¡*Monsieur*!...

La vio repasar con la mirada el reloj abierto, la mitad de cuya leontina colgaba junto a la puerta del nochero, recoger ésta con delicadeza y de forma tan cortés como el visitante que elogia el buen gusto de su anfitrión, decirle con un énfasis especial, que no llegaba a sugerir el entusiasmo:

—*Parece una pieza admirable.* Creo que mañana le *pediré* que me la enseñe, *monsieur*, para poder verla mejor bajo la luz del día... *Pour aujourd'hui ça suffit. Bonne nuit, monsieur...*

—*Bonne nuit à vous...* —empezó él, y se cortó en seco cuando la joven se volvió un momento para mirarlo.

Pero, como ella desistió casi en seguida, él se limitó a sonreír con resignación y se consoló diciéndose que, a la luz del día, tal vez pudiera descubrir con más facilidad cuál era el verdadero color de sus ojos, así como lo que ellos, escondían...

Luego pensó que de algún modo también aquella vez en Ibiza la noche había estado llena de oscuras espectativas, de premoniciones que se fueron cumpliendo al amanecer...

Primero fue la llegada de los dos viajeros, tras un largo periplo nocturno, en la barca del lacónico pescador de langostas, a una playa casi desierta, en la que sólo había una cabaña de piedra y varias canoas sobre la arena, junto a las cuales las cinco mujeres de negro contemplaban en silencio a los que llegaban por el mar. ¿Pero verdaderamente había pensado en aquel momento, o sólo lo imaginaba ahora, que era a él a quien las mujeres esperaban ese amanecer?... Y sus rostros, ¿no eran como borrones a los que ya entonces hubiera podido dotar de un contenido, si no hubiera sido por el hombre con el que él y su compañero, el silencioso nieto de Gauguin, se cruzaron aproximadamente una hora más tarde? Bajo el brazo sudoroso llevaba un ataúd de niño, minúsculo y blanco, y se dirigía a buen paso hacia la cala que ellos acaban de dejar.

Sólo precisó de un intercambio de miradas con su silencioso

acompañante para delimitar aquel cuadro no a lo Gauguin sino a lo Feuerbach, cuyos ingredientes había encontrado casualmente —como si fueran promisorias plumas de pavo real en las que dormía una mirada que, leyendo el pasado, era capaz de adivinar el futuro— y que, contemplado desde ese ángulo y esa distancia, se ordenó súbitamente, como un puzzle. *Pues, a medio camino entre las mujeres y el hombre del ataúd, vio de repente, como en un sueño, el cuerpo del niño muerto que las plañideras habían dejado solo dentro de la cabaña de piedra, sobre una mesa idéntica a la que le servía de escritorio en San Antonio, para ir a mirar la llegada de la canoa motorizada de los extranjeros...*

Y así fue como el rostro del niño se convirtió aquella vez en la única incógnita por despejar, aunque todos los niños se parecen, y más cuando se los mira desde tan larga distancia en el espacio y en el tiempo.

—¿Y encontró al fin su beau sujet*? —oyó que preguntaba la alsaciana, que, como había ocurrido antes con la señora Wilmart, seguía allí, frente a él, como en un sueño.*

Con cierto sobresalto contestó que lo había encontrado, sí, al menos ésa era su creencia, pues aún le faltaba confirmarlo, para lo cual tenía que esperar que se hiciese de día.

—De modo que aún no puedo decirle cuál es.

Pero había, sin embargo, otro motivo, que les concernía íntimamente a los dos, y del que por eso mismo tampoco podía hacerla partícipe, pues explicarle a ella el beau sujet, *¿no era como intentar hacer ver al hombre del ataúd blanco el cuadro del que él mismo no era más que un simple detalle? El error, sin duda, había sido el de hablarle a ella de un* beau sujet, *cuando seguramente el propio diálogo entre los dos tenía lugar ya no en la habitación, sino en el rincón más iluminado del cuadro... Allí, el rostro soñado de la joven, que parecía disolverse lentamente en el tiempo casi estancado de aquellas cuatro paredes, haciendo cada vez más entrecortada la conversación, había empezado ya a brillar en lo alto de la noche, como la sonriente luna que lo aguardaría al final de la brumosa travesía entre las sombras.*

—Tendré paciencia y esperaré... —dijo ella, con una fingida mueca de resignación.

—De algún modo usted siempre ha estado ahí...

Y no había acabado aún de decirlo, cuando pensaba ya en que, como un fulminante viaje hacia la oscuridad del fondo —donde

dormían estancados los años profundos—, así era la caída de los que en la isla se arrojaban dentro del pozo. Los campesinos bien podían decírselo a él, que sobre tantas cosas les había preguntado —los árboles frutales, los cortes que le hacían a la higuera, al pasar junto a ella, recitando la exorcizante, burlona fórmula de cortesía: buenas tardes chiumbas figas, las múltiples enaguas puestas unas sobre otras que testimoniaban el pudor de las mujeres, el funcionamiento de los viejos pozos de noria movida a mano o mediante guías tiradas por bueyes— antes del agorero episodio del Mitjorn: la caída de un ángel que se desploma como un borracho, la caída de un borracho que cree tener alas de ángel —y antes de desplomarse recita quizá, mirando hacia las piedras del Oriente, el salmo de las dieciocho bendiciones—, tales eran las dos caras de la moneda con que creía poder pagar el derecho a hacer moralmente suyo el testimonio de los lugareños.

—¿Pero hasta cuándo tendré que esperar? —creyó oír que la joven decía en aquel momento, con monótona voz—. ¿Hasta mañana?...

—Mañana, que ya es casi hoy— murmuró él, y sus ojos, que acariciaron el reloj con una distraída mirada, fueron luego en busca de la figura de la joven, penetrando el vacío sin encontrarla.

«¿Será esto la muerte?...», pensó. «¿Será que al hablar con ella hablo con Dora o con Julia? ¿O, más bien, con Asja? ¿Será que todas ellas se despiden?...» Aquella noche en Capri, dieciséis años atrás, los pechos de Asja, que palpó furtivamente bajo la oscuridad, fueron como bíblicos racimos de uvas; esa había sido, aquella vez, la llegada nocturna del amor, que probablemente hoy volvería. Sólo que él no estaba preparado aún, e iba a ser triste que ella lo encontrara en esa lamentable situación, pensó, e iba a ser triste que viniera precisamente hoy para decirle: «¡Ea!, ven querido Esposo mío, salgamos al campo, moremos en los huertos...».

Su mirada permaneció inmóvil en el aire, hasta que sus ojos brillaron de nuevo, encendidos por una chispa de nostalgia, y la figura de la visitante nocturna reapareció.

—¿Decía que mañana?... —preguntó ella, mirándolo con una vehemencia que lo intrigó.

«¡También sabe eso! —pensó él sin responder—. Como sabe lo que ocurrirá en Francia este invierno y lo que ocurrirá mañana temprano en el Hotel Francia. Y eso que a los judíos, que carecen de Casandra, les está prohibido interrogar el futuro...».

Recordó que para los ibicencos —que también carecían de Casandra— era preciso estrellarse contra el fondo oscuro e ignoto, en un arranque súbito, y por eso vituperaban a los turistas extranjeros, que lo hacían con pastillas e inyecciones de morfina, blandamente, esquivando la sangre y el dolor. Ahora, siete años después, él hubiera podido explicarles que en Europa la política había neutralizado las posibilidades heroicas, o incluso trágicas, de ese gesto, dejándolo todo reducido a algo meramente estadístico. Lo demostraban entre otras cosas hechos como el que, a mediados del 39, la sociedad vienesa de gas hubiese cortado el suministro a los judíos, a causa de que los más intensos consumidores «se marchaban» sin saldar sus facturas. De ahí que de ellos si se pudiera decir que faisaient un trou a la lune. *Abrían un hueco, acaso un nuevo cráter a la luna, que los lunáticos podían bautizar con su nombre... Con todo, los ibicencos estaban exentos de ese peligro; no tenían gas, pero tenían pozos, que eran gratuitos, y tenían luna, y conocían los Nombres de su isla. Por eso se arrojaban dentro de sus pozos, cuando decidían partir, dejando en signo de despedida sus sombreros, que junto a la noria indicaban adónde se habían ido gratuitamente y sin retorno...*

—Sí, decía que mañana, cuando podamos prescindir de la luz mortecina de esa bombilla —retomó el hilo de la conversación con voz distraída—. ¿No le parece deprimente? A mí me produce un efecto distinto que el de la luz de la luna. Y es porque en el infierno deben alumbrarse así...

En efecto, allí dentro la luz apenas si bastaba para dar la impresión de que una débil esperanza continuaba brillando en los cristales de la hostería, que el diablo aún no se había decidido a apagar del todo, pues todavía era posible que algún viajero rezagado e incauto se dejase atraer hasta el lugar. Luego, aquel apagaría incluso las farolas del callejón. «Entonces sólo quedará la luz de la luna», se dijo, y volvió a pensar en «Eivisa», donde, a través de los pozos de la isla, los suicidas se llevaban su trozo de satélite al infierno, exactamente como cada uno de los cuatro hermanos, ladrones de la luna, en el cuento de los Grimm. Sólo que cuando los cuatro cuadrantes robados se unían en el mundo subterráneo del infierno, y el satélite brillaba de nuevo, los muertos comenzaban a agitarse y a despertar de su último sueño, reanudando su antiguo modo de vida, y el infierno de los suicidas —él lo intuía ya vividamente— ni siquiera contaba con el aliciente de esa parodia de resurrección.

De pronto, el primero de los relojes del pueblo empezó a dar la

hora. Al oírlo, los dos guardaron silencio. Sin embargo, como las campanadas sonaban con una lentitud exacerbante, la joven decidió salir de dudas consultando de forma directa la hora en el reloj abierto sobre el nochero.

—Perdone si lo he cansado con la conversación, es demasiado tarde —dijo, disponiéndose a dejarlo, sin apartar los ojos del reloj, sobre el que se inclinó al final con sumo interés.

Recogió la leontina, que colgaba tocando casi el suelo, abrió la tapa e intentó reconocer el pequeño rostro ovalado que miraba desde su interior.

—Sin duda lo dejo en buena compañía. ¡Me refiero a la mujer del retrato!...

—En ciertas ocasiones, después de mucho mirarlo, se reanima como una Melusina y viene a darme el beso de buenas noches.

Ella lo entendió como una sugerencia.

Se inclinó sobre él riendo y, al darle un beso en la mejilla, le murmuró casi al oído: «Oui monsieur... Comme ce petit hystérique de Marcel, qui aimait comme personne la compagnie de sa jeune mère.»

Después, añadió con entereza, aunque sonriendo:

—Mañana me dejará el reloj, para poder verlo mejor bajo la luz del día. Luego me contará su beau sujet... Pour aujourd'hui ça suffit. Bonne nuit, monsieur...

—Bonne nuit à vous et à votre compagnie... —dijo muy de prisa esta vez, y cuando ella ya estaba casi junto a la puerta, le explicó:— Así se despedían los campesinos franceses en el siglo pasado...

—Sí, lo sé —dijo la joven, y para demostrar que era cierto, añadió: —Buenas noches también a su ángel de la guarda —Luego, desde la semipenumbra del pasillo, lo miró con una cómplice y cálida insistencia que, poniendo una sonrisa en sus labios, casi lo sacó de su ensoñación.

«Los soldados y carabineros franceses, al otro lado del alambre internacional, nos contemplaron un momento y después prosiguieron la tarea a que estaban entregados cuando llegamos: cargar en furgones el armamento de los rojos, que en grandes montones se apiñaban a dos metros de nuestra raya española. Iban examinando cuidadosamente las armas y después recuperándolas. Daban la sensación del prestamista a quien no se ha podido pagar los plazos y recoge la pieza del empeño, fastidiado por el mal negocio.

«Por otro lado, impresionaba sobre todo ver docenas de coches de turismo, de furgonetas, de camiones varados y escorados dentro del agua, como lanchones a los que una galera destrozara. No se sabía si sus ocupantes habían querido huir por el mar en automóvil y se habían ahogado, sin salir a la playa. O bien se habían ahogado previamente y el mar había escupido hacia la playa sus coches, como grotescos ataúdes metálicos.

«Uno imaginaba los alaridos de rabia y de diversión que darían las bestias que a última hora echaron a andar estos coches vacíos hacia el mar, como golfos hostigando a un perro para correr, con la cola ardiendo.

¿Y qué dijo entonces él?
¿El naufragio es para mañana?
Bertold Brecht

DURANTE UN RATO navegó en una especie de semivigilia sobresaltada, hasta que súbitamente empezó a sentir que se ahogaba. Entonces su garganta emitió una especie de silbido ronco y estrangulado, que lo obligó a abrir los ojos.

Se irguió bruscamente sobre la cama, y se quedó mirando al vacío.

Luego pensó: «¡Todavía no!» Y en lo más íntimo lamentó que no bastara con un simple beso de buenas noches para mantener alejada a la enfermedad. No, desgraciadamente no era como *ce p'tit hystérique* de Marcel; a éste le bastaba el calor de los labios de la madre, pero el hombre adulto necesitaba también el amargo beso de las pastillas. En cualquier caso, todo había ocurrido como si al fin el hombre y el niño se hubiesen encontrado en medio del camino, sin duda porque el más viejo había cumplido el primer ciclo de una rotación cuya cifra sólo el más joven había sabido adivinar. Y, en un destello de lucidez, reconoció que el niño había sido el más astuto de ambos; ¿no había madurado en la constante vecindad de la muerte, disfrazada siempre de enfermedad? ¿y no se refería ahora a ésta como a su última trinchera?...

«Mañana, viernes», pensó y, consultando su reloj, precisó: «mejor dicho, dentro de un rato...». Una imagen relampagueó entonces en su mente, con una aureola de premonición, dándole apenas tiempo de reconocerse en la alegría que lo asaltaba de niño, fulminándolo casi, ante la promesa de un paseo por el Prater o de una visita al Panorama Imperial, pero sobre todo ante la inminencia del viaje a los sitios de veraneo al comienzo de las vacaciones. Con todo, en ese momento se trataba de algo distinto. Lo comprobó al cerrar simplemente los ojos, cuando vio iluminarse en su interior no un paisaje de verano —ni siquiera un Panorama que creara la ilusión de ese paisaje—, sino el mismo anhelado *beau sujet*, ahora bajo la forma de un cuadro casi completo.

Lo examinó con ansiedad, como quien mira a hurtadillas algo prohibido, apenas el tiempo necesario para reparar en la mujer esbelta y vaporosa hacia la cual el hombre tendía suplicantemente la mano. La dorada luminosidad que bañaba su figura parecía surgir de su interior, haciéndola resaltar como una refulgente aparición bajo la semipenumbra. Junto a ella sólo se veía el brazo inseguro y la mano tendida del yacente. En el extremo inferior, la silueta aureolada de los viejos zapatos y más arriba, en el izquierdo, el pequeño rectángulo —apenas una silueta— del nochero. Sólo él podía adivinar la rosa oculta que, allí dentro, soñaba con la luz del próximo pero todavía remoto amanecer. Y la idea de que una nueva luminosidad animaría el cuadro, haciéndolo brillar en todo su esplendor, le trajo a la memoria la frase —escrita en Niza años atrás, en su carta de despedida— que hablaba de «la nueva luz que aclarará los elementos de la situación». No: ni él mismo, ni el destinatario que la leyó, muy lejos de allí, con ayuda de la lupa, se atrevieron nunca a recordarla, aunque sólo fuera para precisar de qué luz se trataba, ni por qué había sido anunciada tan pronto, cuando aún debía tardar tanto en llegar.

Bien hubiera podido tratarse de una predicción que apenas ahora iba a cumplirse, con varios años de retraso, pero también cabía la posibilidad de que su circunstancia presente guardara una relación tan sólo casual con aquella premonitoria anécdota del pasado. Era la idea de una luz de alborada lo que había persistido en su mente, una luz que lo aclararía todo, lo recuperaría todo, lo uniría todo... En su impaciencia no hacía más que imaginarla una y otra vez, atribuyéndole la más intensa dosis de realidad que le era dable concebir en aquellos momentos, mientras miraba con insistencia hacia la ventana, donde la lentitud de las sombras atestiguaba el lento pero seguro navegar de una noche que, dentro de poco, estaría ya a mitad de camino entre el punto de partida y el de llegada. De pronto —como una implacable glosa que intensificara la espera— el primer reloj empezó a dar la hora, luego el segundo: las once. En su brutal agolpamiento, las veintidós campanadas le recordaron que allí estaba todavía, anclado en el presente, como un viejo navío maltrecho que, sin haber sido reparado aún, esperaba ya el momento de zarpar. ¿Y en qué entretener el tiempo hasta que llegase la hora? En su mente, demasiado intranquila, ya no había lugar para las crudas meditaciones de la noche pasada, ni siquiera para una ensoñación tan sugestiva y premonitoria como la que acababa de

tener. Su presente limitaba por un lado en los últimos sueños cristalizados, en cuyo recuerdo hubiera podido aún recrearse cerrando simplemente los ojos, por el otro con la áspera conciencia de un cuerpo en el cual, traicionera, palpitaba al acecho la enfermedad. Y ambos aspectos podían considerarse por separado, si bien se fundían luego en la imagen del enfermo... Pues era éste quien, en última instancia, detentaba la clave de todo. ¿Se trataba tan sólo de un enfermo vulgar que ha sido interrumpido en la mitad de su viaje? ¿O más bien de un enfermo sometido al capricho del niño que revive dentro de él —después de cuarenta años de espera— en la dura conciencia de la enfermedad?

Pensó que si se trataba de lo último, y ciertamente el niño había surgido de la conciencia del adulto como un genio de la lámpara de cristal, también debería estar presente en el cuadro, como una especie de duende que, camuflado entre los muebles, espía cada uno de los movimientos del enfermo. De modo que éste ya no podía salir a buscarlo igual que antes, como si jugara con él al escondite. Debía más bien cerrar los ojos y, concentrándose —o tal vez rememorando centímetro a centímetro el enclaustrado mundo del niño—, adivinar o reconstruir mentalmente su presencia. Lo cual resultaba un tanto arriesgado, pues, detrás de la antepuerta, el niño podía haberse convertido en algo blanco y muy pequeño, capaz de flotar en el aire como un fantasma. Podía incluso haberse «escondido» en cualquier sitio o diluido en una mancha de color amarillo, agazapándose dentro de la cartera negra o de los viejos zapatos; si bien —pensándolo mejor— el «escondite» ideal hubiera sido el mismo retrato de la madre que, desde la tapa de plata labrada de su hermoso reloj de bolsillo, parecía mirar tan pronto dulcemente hacia él, tan pronto preocupadamente la hora. De su mirada estaba ausente el reproche lanzado a veces con aspereza contra el niño que había adquirido la mala costumbre de sabotear las iniciativas maternas quedándose a la zaga, como si al final, resignándose, la madre se hubiese conformado con recordarle simplemente el avance de las manecillas del reloj, lo que al niño ya no podía resultarle molesto. ¡Sólo de ese modo había podido resistir cuarenta años escondido allí, confundido casi con aquel mecanismo que latía ciertamente como un pequeño corazón!

Al comienzo el niño debió esperar como de costumbre a que su buscador lo descubriera para lanzar, al dejar su escondite, el alarido de dicha consecuente a la liberación. Luego él mismo habría co-

menzado a perder esperanzas, acostumbrándose a vivir, estancado en sus nueve años, en la memoria recurrente del siglo anterior, como en el diminuto paisaje nevado de una de esas esferas de cristal que al adulto tanto le gustaba hacer girar en su mano. Pues no ignoraba que allí latía una vida en miniatura, igualmente tangible; de hecho, al hacer girar la cola de vidrio, sin percatarse de ello, lo que esperaba el adulto era ver surgir el pequeño camino, y la pequeña casa, en los que también él pudiera desaparecer, despidiéndose de sus amigos, por completo ajeno a lo que en realidad sucedía: que a su vez el niño esperaba allí dentro a que él viniera a buscarlo para salir de su escondite, despertando de aquel sueño de cenicienta que lo hundía en un mundo de sensaciones exclusivamente decimonónico.

En ese mundo, los sonidos tenían un papel predominante; acechaban a flor de piel en el leve crepitar de la antracita al caer desde el cubilete de hojalata sobre la estufa de hierro, o en el sordo chasquido producido por la mecha de gas al encenderse, o en el campanilleo de los caballos, tan parecido al tintineo de los globos de los faroles sobre las ruedas de latón de los carruajes, o incluso en el ruido de la cesta de llaves, o en el de los timbres de la casa, o en el de la voz que anunciaba el predominio aún más grande de los colores, cuando decía: «te voy a contar algo de *Mummerehlen*». Tal era el nombre casi inexplicable, de tan arbitrario, con que él evocaba todo lo movedizo, horroroso y diluido, que era también aquello de lo que —en especial cuando pintaba— parecía que podían surgir todas las formas y colores posibles, y entonces él casi pensaba que en un principio únicamente había sido Dios y los colores, o los nombres de los colores prisioneros de sus pinceles, y eso le impedía salir de su escondite dejándolo paralizado por un miedo reverente y supersticioso.

Luego, en un momento dado, el hombre sonrió abstraídamente y, como si hablara con alguien invisible, dijo en voz baja: «*Bonjour à vous et à votre compagnie...*». Al verlo, el niño comprendió que el hombre soñaba ya con el día siguiente, viernes, con la inminente mañana en que los fantasmas de la noche huirían ante la luz de un sol nuevo surgido de la *Mummerehlen*, y él mismo deseó estar ya en ese día ¿pues no era entonces cuando podría abandonar su escondite? Nacido en viernes, ¿no debía recuperar su libertad en viernes, por simple cuestión de simetrías?

De pronto el niño descubrió, «*Tiens!*», que el hombre se había

sentado al borde de la cama y había empezado a mover la cabeza de una forma extraña. ¡Vaya con el *drôle de type*! Levantando la mandíbula abría los labios y boqueaba, como alguien que se ahoga, cogiéndose el cuello con la mano. Casi enseguida comenzó a oír sus estertores, y se preguntó si no era tal vez eso lo que todo el tiempo el hombre había estado esperando ahí abajo: la visita de la enfermedad. Pero ahora ya no se trataba del vientre ni de los retortijones, sino del corazón, cuyos latidos parecían subir hasta el cuello impidiéndole respirar. Entonces, un tanto traviesamente, el niño pensó que si el hombre se hubiera deseado a sí mismo las buenas noches, diciéndose también: «*à vous et à votre compagnie*», tal vez hubiera comprendido al punto que se trataba de un ardid, pues el remedio contra la enfermedad, ¿no precisaba de ella para existir? Sí, era un hecho que el hombre había aprendido a convivir con su mal, curándolo y mimándolo como si se tratara de una amante tan pronto exigente como complaciente, tan pronto temida como deseada, y de la que llevaba un impresionante retrato en la pesada cartera, bajo la forma de un rectángulo de celuloide cuyas manchas, miradas al trasluz, desvelaban la exacta conformación de sus costillas. Y, salida de su costilla, ahora ella estaba allí, en su lecho, y él la sentía ya sobre su cuello, ahogándolo. Bajo la oscuridad los jadeos y los estertores se sucedían en una lucha sorda, semejante a la de los amantes que, habiendo aceptado por fin la necesidad de la entrega, zozobran abrazados en los más secretos rincones de la noche. Sin embargo, en el nudo que producía la respiración del hombre había algo de desesperado y ciego que hacía pensar en un resuello animal. Con ese estertor de marmita, monótono y vehemente, que muy poco tenía de humano, el niño habría imaginado el reposo de un dragón o de un diablo, tan temible como el lobo Fenris, cuyas fauces tantas veces había visto reanimarse en la pared donde, tiempos atrás, había librado su doble batalla: contra él y contra la enfermedad. Por eso, casi deseó que el hombre, curándose en el acto, apretara el interruptor de forma ahusada que, en la cabecera de la cama, permitía encender la mortecina luz de la bombilla y se pusiera a proyectar sobre la pared, con las manos, aquellas sombras chinescas con las que tan bien sabía imitar las fauces del demonio.

Pero lo que realmente se expresaba en ese deseo era la enorme proporción de su crueldad. El niño lo sospechó cuando, allá abajo, escuchó quejarse al hombre con voz entrecortada; luego lo vio alcanzar con paso inseguro la ventana, que abrió casi violentamente,

con una premura estertorosa. Lo vio aspirar el aire fresco, que no pareció brindarle ningún alivio, y sacar luego la mano, como para comprobar si llovía... El niño comprendió que, algo mecánicamente, el hombre asociaba su enfermedad con la lluvia o el tiempo lluvioso; en ese momento el reloj de la iglesia empezó a dar la hora y, a las primeras campanadas, el hombre cerró la ventana y, caminando trabajosamente, volvió al lecho, en el que se sentó. Luego, tras consultar su propio reloj, demoró un instante la mirada sobre el retrato incrustado en la tapa y, alargando la mano, alcanzó la americana; del bolsillo de ésta sacó un frasco lleno de pastillas. Era un hermoso frasco ambarino, con una tapa de corcho algo grasienta, y el hombre lo miró con afecto antes de extraer de él, abriéndolo con un cuidado tenso, tras el que acechaba la premura, una pastilla, blanca y de un trazo perfecto, que ingirió pasándolo con dos laboriosos tragos de agua.

Por los movimientos largos y seguros del hombre, que no obstante seguía respirando dificultosamente, el niño comprendió que acababa de llevar a cabo una pequeña ceremonia a la que ya estaba acostumbrado, y para la que esperó la hora precisa en que sus estertores corrieran un mayor riesgo de ser oídos, ya fuera por los que dormían arriba o por los que seguían charlando abajo, en la cocina o el bar. En un cuarto de hora, quizá en menos, dado que su estómago estaba casi vacío, el sabor amargo se habría disuelto, la pastilla habría surtido efecto y, tras una breve euforia, él podría ya disfrutar, aunque sin el salvoconducto de un nuevo beso, de tres o incluso cuatro horas de sueño. Y sólo al comprobar que, después de apagar la luz, el hombre se dispuso a dormir de nuevo, el niño dedujo que ahora podía ya olvidarse de él.

Unos minutos después los estertores se habían apaciguado por completo. De pronto, «*Tiens!*», algo amodorrado él mismo, el niño descubrió la franja luminosa debajo de la puerta. Alguien había dejado encendida la luz del pasillo; aunque también podía tratarse simplemente de que, allá, al otro lado, los adultos continuaban levantados. ¡Como si en la víspera de un viaje sólo ellos gozaran del privilegio de permanecer despiertos hasta muy tarde! El hecho era que, si el niño quería imitarlos, no tenía más remedio que hacerlo desde su soledad, teniendo como punto de referencia la rayita de luz debajo de la puerta. Y aunque ignoraba que ése también podía ser el momento en que el enfermo que tuvo que salir de viaje y acostarse en una fonda desconocida se despierta, sobrecogido por

el dolor, pensando de forma equivocada que ya era de día y pronto vendrían los criados a darle alivio, sabía que de todos modos aquella línea iluminada quedaría para siempre asociada en su mente a la idea, acaso la firme convicción, de que alguna vez partiría al fin al amanecer. Pues para él el viaje había empezado siempre temprano, en el fiacre que llevaba a su familia hasta la estación de Stettin o la de Anhalt, que eran también terminales de línea, y en las que por lo tanto dormían su plácido sueño de dragones las locomotoras. Muchas de éstas esperaban allí, sobre las vías muertas que desembocaban en los cobertizos, con la misma placidez con que, en Port-Bou, lo hacían en ese mismo instante otras apenas algo más modernas, aunque no menos capaces de ulular como aquellas cuando lanzaban por los campos su lúgubre llamada a los rezagados.

Pero aunque luego los rieles convergían en la niebla del mismo modo, llevaban a lugares distintos y sin atravesar ningún túnel como aquél cuya boca, a pocos metros de la estación, acechaba a las locomotoras de Port-Bou. Se trataba de lugares de veraneo como Basin o Hahnenklee, para no hablar de Babelsberg, donde la familia del niño se establecía en una casa cercana al palacio y sus jardines, los cuales, en la dorada cornucopia de lo inesperado, le reservaban siempre a él un chispeante caudal de sorpresas. Pero si bien todas ellas lo regocijaban, ninguna se le antojaba tan atractiva, ni al mismo tiempo tan decepcionante, como la isla de los Pavos Reales, sin duda porque la primera vez que la visitó no encontró en ella ninguna de las plumas de Pavo Real que, según le habían asegurado, no tardaría en encontrar... ¿Por eso, porque aquella vez la isla le había negado el secreto de sus colores, él la había asociado siempre a lo que se situaba más allá de todo deseo?

De tal modo, guiada por aquel recuerdo, y desde la orilla del ser adulto que durante cuarenta años había crecido en él como una excrecencia, otra vez la nave del sueño se le acercó envuelta en su vívida nube de colores. Con ella llegaba también la hora del desquite. En adelante todo dependería de su capacidad de dar vida con la mano a las imágenes o a las figuras, del mismo modo que, con un suave movimiento, el adulto podía hacer que nevara dentro del diminuto paisaje prisionero en la esfera de cristal. Sólo que ahora no se trataba del invierno, sino del verano, con su deslumbrante irradiación de colores, y no tenía más que abrir los ojos del sueño para comprobar que el sol lo miraba siempre allí, a través de los ocelos sin párpados que vigilaban en la cola de los Pavos Reales. Por eso,

era desde decenas, centenares e incluso miles de ocelos que se multiplicaba al infinito el asombro producido por la luminosa eclosión del verano. Pero esa multiplicidad, que celebraba el despliegue de los colores en el mismo abanico de la cola del animal, ocultaba otro secreto, y era eso lo que aquélla no enseñaba a ver. Unicamente el niño había estado a punto de descubrirlo en aquella ocasión; de ahí que su congoja resplandeciera desde el pasado en el color amarillo de esa misma tarde, cuando creyó haber encontrado la pluma al fin, y no la encontró; pero su propia tristeza, como una pluma resplandeciente, desde entonces le había indicado de algún modo el rumbo a seguir...

La melancolía del niño, que había aureolado siempre los sueños del adulto, en especial cuando éstos versaban sobre el tema de la caligrafía o la lectura, albergaba la clave de su destino en una copiosa gama de colores. Una vez, después de un sueño, el adulto creyó reconocerla en el signo egipcio representado por la pluma que significa «trazador de todo». Pero ahora, como si, esperando ese momento, la imagen nunca hubiese dejado de estar presente, sólo vio a la deidad que, en su recuerdo, cabalgaba sobre la hermosa figura del Pavo Real. Enseguida todo se animó y fue como si la misma diosa Savarasti, abandonando su insólita montura, se hubiera hecho más verdadera y, convertida en una mujer de carne y hueso, hubiese decidido esperarlo en esa especie de transbordador, semejante al de Sakrov, donde se mezclaban de una manera tan perfecta las formas de un buque de guerra de color negro y de una estación de ferrocarril cuyo sistema de rieles y guardagujas se extendía sobre una hermosa tierra escarlata parecida a la de Eivisa.

Súbitamente, desde el puente del transbordador, la mujer levantó la mano y le enseñó un pañuelo blanco, que se agitó en la distancia como un alegre banderín. Al verlo, tuvo la impresión de que, así como allá el transbordador se disponía a zarpar, en su propia mano las palabras, como en un pequeño puerto, se debatían ya con sus minúsculos velámenes henchidos por el súbito viento de la inspiración. En lo que ahora debería escribir, con una letra ojalá muy pequeña, se fundían lo irreparable y lo irreversible, lo cual repercutía en el mismo apremio de actuar cuanto antes. Allá en la distancia, la mujer volvió a agitar su pañuelo, que de pronto se convirtió en una hoja de papel blanco, y casi enseguida él sintió que el suelo empezaba a reblandecerse. Por un instante se debatió angustiosamente ante la duda de si era su mano la que debía empezar a escribir, con

una letra cada vez más pequeña, que terminara por desaparecer, como los barcos en la línea del horizonte, o era él quien debía echar a correr. Al fin se decidió por lo último, cuando el transbordador lanzó un pitido que se parecía más al de un tren que al de un barco y, con la angustia de llegar demasiado tarde a la cita, él pudo ver aún que la mujer volvía a agitar la mano en el aire, no supo si ya como invitación apremiante o simplemente como triste señal de despedida...

«Al final hubo 'Cara al sol', 'Giovinezza', abrazos, vivas y hasta telegramas, que me entregaron para que yo los pusiera al Duce y a Franco, y que perdí al otro día. Desde Port-Bou era difícil comunicarse nada menos que con el Caudillo y Mussolini. Nos fotografiaron, nos agradecieron mil veces la fraternidad que les demostrábamos.

—Ya nos mandarán los papeles, con los retratos y lo que digan —dijo el del acordeón.

«La circulación de coches empezaba a facilitarse hacia el puerto. Pasó una grúa. Los invitamos a montar en ella. Y así los acompañamos a la frontera por donde habían venido.

«Desde el otro lado del cable terminal, aún agitaban sus sombreros, levantando el brazo. Me pareció adivinarles que se iban con lágrimas en los ojos.

XII. *MORIENDO-VIVERE NON EST NECESSE*

Está mi raíz extendida junto a la corriente de las aguas, y el rocío descansará sobre mis ramas
Job, XXIX

A partir de este instante, sean de sangre mis pensamientos y no merezcan sino baldón
Shakespeare, *Hamlet*

UN PITIDO SECO y cortante como un chicotazo lo despertó. Abrió los ojos, movió la cabeza con sobresalto. Pero nada giró a su alrededor, en la oscuridad —es decir, nada que tuviera que ver con las cosas, los países o los años— y, de forma bien distinta a como le ocurría a ese pobre Marcel, al punto supo dónde se encontraba. Al otro lado de la ventana el alba empezaba ya a clarear, y en efecto llovía, suave y lentamente llovía... Dentro de la habitación, el aire enrarecido se había espesado y la semipenumbra ocultaba cómplicemente la enfermedad: la intuía acechándolo como un horrible insecto dispuesto a saltar de nuevo sobre su cuello tan pronto su capullo se abriera al contacto del primer rayo de luz. Miró el reloj sobre el nochero: las cinco y cuarenta. De forma instantánea, y con sorprendente lucidez, pensó que el tren cuyo pitido acababa de oír era el que partiría pronto, a las seis, teniendo como destino Barcelona o Valencia, o tal vez Andalucía o incluso Portugal. Sólo entonces, con varios minutos de retraso, el chicotazo del pitido le dolió. Era un hecho que si el nombre de la ciudad de Nueva York —presente en su chaqueta bajo la forma de un inútil pasaje de barco— estaba asociado en su mente al de Port-Bou, mucho más, y por motivos menos pragmáticos, lo estaba aún el de Barcelona. ¿Volvería a visitar alguna vez la ciudad? Pensó que hubiera sido reconfortante poder disponer al menos de algunas horas para pasear por sus calles, recordando las veladas que en el verano del treinta y tres —cuando, gracias a un nuevo *sejour*, pisó por segunda vez la rojiza tierra de Ibiza— había pasado con Michel en el barrio chino, antes de partir para las Baleares. Pero ahora el barrio chino debía ser algo muy distinto, aparte de que la ciudad de los bulevares casi parisinos debía ofrecer el mismo aspecto ruinoso que Port-Bou, y acabando de despertar se sorprendió de no haber pensado, ni siquiera sospechado todo eso el día anterior, cuando la joven señora Hartig se despidió de él, con

palabras que, dichas con premura e inquietud, parecieron algo desprovistas de emoción. Ahora que ya estaban en España lamentablemente ella debía volver; el descenso sería corto, ya que se veían ahí las primeras casas del pueblo, y él debía ir con sus acompañantes directamente al puesto de policía y enseñar todos los papeles, incluidos los visados español y portugués. Luego, cuando tuviera el sello de entrada, debía coger el primer tren hacia Lisboa...

—*Aber das wissen sie alles schön... Viel Glück in Spanien, her Benjamin...*

—*Viel Glück in der Frei France...* —dijo él, haciendo una inclinación ceremoniosa, que borró el efecto irónico de su alusión a la Francia libre.

—*Hals und Beinbruch...* —añadió ella, riendo.

—Toquemos madera, *wie man in Spanien sagt...* —replicó él y, al contemplar de repente su ceremoniosa sombra proyectada hacia el lado de Francia por el sol de la tarde, el sesgado aunque inclemente sol de la tarde, pensó: «Sí, tocar madera, ¡y a falta de madera tocar al señor Holz!»

Por un instante, al rememorar la escena, revivió el cálido contacto de su mano y casi lamentó que los valientes desvelos y las buenas intenciones de su amiga hubiesen resultado tan inútiles. Después, pensó en lo importante que puede llegar a ser, para una rata emigrante, un maldito sello de entrada. Pero si su suerte, su fortuna y hasta su vida podían llegar a depender del simple gesto de tomar un sello para estamparlo sobre un vulgar pasaporte, ¿no era acaso porque ese gesto, destinado a favorecer a una rata famélica, debía llevarlo a cabo una rata harta, en el país donde las ratas gordas se comían a las flacas? Aunque, pensándolo bien, Europa entera se había convertido ya en una gran confederación dominada por las ratas gordas, que lo habían invadido todo, desde el Babelsberg y la isla de los Pavos Reales, hasta el otro lado de los Pirineos.

Lo cual le llevó a preguntarse con cierta perentoriedad si, por no haber encontrado aquella vez ninguna pluma de pavo real, él se había sentido tan desdichado como aún se negaba a reconocer que se sentía ahora, al no poder tomar el tren hacia Lisboa o sólo hacia Barcelona, cuando, anunciado por el canto del gallo, lo sorprendió un segundo llamado de la locomotora. Con él resonando en sus oídos recordó la estación e imaginó a los que en aquel momento se vestían atropelladamente y, sin tomar siquiera una taza de café, sa-

lían de prisa para llegar apenas a tiempo de saltar sobre uno de los vagones. Pronto oirían de nuevo el silbato que medía la distancia, y le evocaba someramente a él los frugales campos que, apenas un año antes habían servido de escenario a la huída tumultuosa de miles y miles de personas...

La viveza de la imagen lo golpeó ahora, de una forma inesperada; ¿no estaba todavía a tiempo de probar suerte una última vez? Ah, si fuera tan joven y fuerte —¿pero es que alguna vez fue joven y fuerte?—, como en los tiempos en que, por llegar tarde, tuvo que ser embarcado en el Catania mediante la grúa, que lo depositó como un pesado fardo sobre el puente. No se mareó, no, y hasta se dio el lujo de fanfarronear asegurando que estaba dispuesto a repetir la hazaña, pero ahora, tantos años después, nadie iba a tomarse el mismo trabajo por el rezagado. Eran tiempos distintos, no había grúas, llovía ahí fuera y, para colmo, estaban todas esas mujeres cacareantes y aterrorizadas, ¿cómo iba a dejarlas solas? Sintió vergüenza de sí mismo y se dijo que ni siquiera una situación límite como aquella podía disculpar la descortesía, incluso la brutalidad, de semejante cálculo. Era algo que redundaba un tanto tangencialmente en la vergüenza, que ya había experimentado, de estar enfermo, convertido en un obstáculo para sus compañeros de viaje, vergüenza que amenazaba con repetirse ese día, cuando fueran devueltos a Francia por los policías. De nuevo se vio caminando agotado, sostenido por las mujeres, en un territorio controlado por los nazis, cuando escuchó, más largo ahora, un nuevo pitido de la locomotora...

Atravesó la distancia, en la madrugada, tan veloz y súbito como una estrella fugaz. Por un instante, pensó que lo había imaginado; pero al oír casi enseguida las campanadas del reloj, que indicaron los tres cuartos —exactamente la hora que marcaba su propio reloj, aún sobre el nochero—, dedujo que sin duda era el último anuncio para los rezagados; sólo les quedaban quince minutos... Si no llegaban en ese tiempo, perderían el tren.

En cualquier caso, bastó ese mismo espacio de tiempo para que sus latidos acelerasen y el creciente agobio dentro de su pecho se resolviese al fin en una respiración todavía más anhelante y estertorosa. De modo que cuando oyó aún otro pitido, más breve, no se interesó ya apenas en él...

Luego, el tiempo empezó a fluir sin altibajos. Aunque cargado de incógnitas, se había hecho gris y monótono, como la lenta alborada en la que el canto de los gallos, interrumpido esporádicamente por

el grito de alguna gaviota madrugadora, o las campanadas del reloj, parecía anunciar un día cualquiera, un lluvioso día cualquiera. ¿Pero también para él?

Acababan de dar las seis y cuarto cuando oyó ruido de pasos en el piso de arriba; sin poder evitar cierto sobresalto, pensó en sus compañeras de viaje. Ya se habían levantado y sabían que tenían que estar preparadas, ¿pero lo sabía también él? La pregunta, ociosa en apariencia, resaltaba esa extraña combinación gracias a la cual, por más que hubiese tenido tiempo de acostumbrarse a la idea, de todos modos el hecho debía cogerlo por sorpresa. Así estaba escrito, y se preguntó si aquélla no era exactamente la forma como el condenado a muerte —que ha renunciado ya a la llegada del Mesías, o de cualquier acontecimiento mesiánico— se disponía a cumplir su cita al amanecer...

Ah, pero no debía dejar pasar el tiempo mientras empezaba otra vez a respirar de esa manera. Pensó que la señora Wilmart podía oírlo, si ya estaba despierta, y consideró la posibilidad de tomar una nueva dosis de morfina. ¿Y luego qué pasaría? Como si la pregunta contraviniese de algún modo lo que ya estaba escrito, se sintió asaltado por la visión de su sueño y recordó la carta en blanco que la mujer del transbordador reservaba para él.

Escribirla era sin duda lo primero que debía hacer, y no simplemente por probar suerte, ni siquiera por una inquietud supersticiosa, sino en ejercicio de su propia capacidad de decisión; pues para decidirse no precisaba de aquella «orden formal» enviada por el Dios que presidía su destino —la orden invocada por Sócrates en *El Fedón*—, ni tampoco de una intervención especial del jorobadito. En efecto, ninguna de esas dos fórmulas, que sin embargo conocía bien —había estudiado en sus escritos la falta de aureola trágica de la primera y cultivado en su vida el siniestro culto al jorobadito invocado en la segunda—, podía brindarle la llave de una puerta «privada» por la que pudiera abandonar con dignidad el escenario...

Pensó que, si se hacía mutis individualmente, tal hecho debería estar acompañado por una especie de *frisson nouveau* individual. Por lo que a él se refería, después de las intensas y engañosas horas de vigilia y de sueño pasadas dentro de aquellas cuatro paredes, la «hora final» continuaba teniendo un valor primordialmente literario, lo que resultaba tanto más escandaloso cuanto que se trataba de alguien que —al menos moral o intelectualmente— había entrado

ya en estado de agonía. ¿Pero en qué momento exactamente había ocurrido eso? ¿No había sido cuando, el día anterior, se había encerrado en su cuarto para luchar contra la enfermedad a solas, sin testigos y sin coartadas? Pensó entonces en Bergotte, quien, al saber que la muerte lo rondaba, quiso por el contrario dejar su habitación de convaleciente para, después de comerse unas patatas mal cocidas, irse a contemplar en aquel museo de las Tullerías el cuadro más bello del mundo...

Y, en efecto, había sido ante la *Vista de Delft* donde ese profético personaje de Proust había descubierto su propio *frisson nouveau*, en la luz agonizante de las siete y cuarto de la tarde, esplendidamente reflejada por el diminuto faro, tan incógnito como palpitante de luz, de un «pequeño trozo de muro amarillo» que, en el extremo izquierdo del cuadro, brillaba iluminado por un sol lleno de vida aunque pintado cuatro siglos atrás. Pero, por lo que a él se refería, ni siquiera el recuerdo de aquella luz vista por otro, y de la que en un momento dado había creído poder apropiarse, para disolverse en los colores de una muerte ajena, enteramente literaria, le servía ahora para encontrar su propio camino, que no podía ser el de Bergotte. Ahora era su propio «pequeño trozo de muro amarillo» el que parpadeaba bajo la oscuridad, como la raya de luz bajo la puerta, con la promesa de un descanso definitivo, sin olvidar la visión de la pequeña bandera con la leyenda: «Como en casa no se está en ningún sitio», que, desplegada por una mujer, se podía ver en la bandeja de porcelana donde —¡cuán vívidamente lo recordaba ahora!— su madre le traía la cena durante sus largas y repetidas convalecencias infantiles...

Ahora sólo debía mirar aquel cuartucho para comprender que, en efecto, «como en casa no se está en ningún sitio», así como comprobar la lenta irrupción de la mañana para recordar que, allá en las otras habitaciones, pronto empezarían a despertarse las mujeres, deseosas de estar a punto cuando llegasen los policías. Entonces, sintió una especie de sacudida y se peguntó sí, con toda su carga fatídica, tan ruda proximidad no significaba simplemente que su último sueño había degenerado en pesadilla, dando un significado aún más importante a la figura de la mujer que, en el transbordador, le enseñaba aquella hoja en blanco en la que él mismo debería escribir el final...

Reunió fuerzas y alcanzó la cartera, a los pies de la cama. Sacó de ella una hoja limpia y una estilográfica negra —la misma con que

había llenado miles de cuartillas a lo largo de casi tres décadas— y, sentado a medias, apoyando el papel en la cara lisa de la cartera, escribió lenta, dificultosamente:

Querido Teddie,

Acababa de decidirlo —pensó, buscando un buen comienzo— no podía esperar más; partiría sin el salvoconducto, que le había sido negado... No; más bien: «A punto de partir...».

A punto de zarpar, estoy ahora en aquella condición en que es normal que profeticen los hombres...

Hizo una pausa, inclinó pensativamente la cabeza y continuó:

Pero bien sabes que a los judíos les está prohibido interrogar al futuro...

Sin embargo, todo el mundo sabía que el futuro hablaba hoy a los judíos a gritos, ¿por qué iban pues a querer interrogarlo? En cuanto a él, en ese día, a la primera hora del alba, el ángel de la enfermedad, con el que había luchado durante parte de la noche, le había comunicado su nombre futuro, proporcionándole un nuevo y más seguro derrotero para su Travesía.

Siempre tuyo, Walter.

Escrita la carta, ni siquiera la releyó. La puso a un lado, cogió el frasco de pastillas de encima del nochero, y luego la taza, cuyo contenido contempló pensativamente durante un instante, calculando fríamente la manera de sacar de su escaso contenido el máximo provecho. Al fin abrió el frasco y empezó a ingerir las pastillas, en tandas de a dos; a cada trago hizo una pausa para dar tiempo de asentarse a las pastillas, y al tercero se sorprendió, casi se regocijó, por la exactitud de su cálculo...

Terminada la operación pensó, sin asomo de ironía, que desde hacía mucho era la primera vez que decidía limpiamente algo, sin apenas reflexionar, lo que era tanto como decir: sin dejarse arrastrar por las dubitativas alas de la mariposa. La aleteante imagen, con su inoportuna aureola, provenía de un pasado remoto, o directamente desde aquel verso de Schiller que decía:

Con alas que dudan
se acuna la mariposa en el arrebolado trébol,

pero la mariposa amarilla ya no estaba allí. Atravesada por un alfiler

tal vez yacía muerta en la caja donde el niño guardaba su colección de insectos, o muy probablemente había volado y soñaba ya que era un filósofo liberado al fin de la duda acerca de su propia identidad. Porque, ciertamente, en esta ocasión él no había dudado, lo cual podía considerarse sólo en parte un mérito propio. Se había limitado a no contravenir lo que estaba escrito en algún sitio, no sabía muy bien dónde y, al mirar con avidez hacia el ventanuco, con los porticones abiertos, creyó reconocerlo no en lo que los cristales le permitían ver, sino en el ventanuco mismo, que por un instante flotó premonitoriamente en lo alto como la boca no del todo iluminada de un pozo.

Luego, como si quisiera poner por última vez a prueba sus dotes de observación, pensó que al menos en teoría conocía todas las etapas del proceso. Mucho antes de partir de Marsella las había discutido con Fritz tan fría y detenidamente como pudieran haberlo hecho un psiquiatra y un filósofo que considerasen el problema desde sus respectivos ángulos profesionales, o incluso como si sólo se tratara de escribir un protocolo igual a los que habían redactado años atrás, en la misma ciudad, sobre sus contactos experimentales con la droga.

Pero ahora se trataba de la morfina, cuyo proceso era diferente: primero se producía un aumento de la actividad física y mental, también de los latidos, todo ello normalmente acompañado de euforia. Luego venían la sed, el dolor de cabeza, el quebrantamiento de las extremidades y, finalmente, la incapacidad de moverse, la somnolencia y la anestesia gradual. Sólo entonces, abolida ya la posibilidad del retorno, se zarpaba en la nave capitaneada por Morfeo. Con todo, si lo que quedaba atrás, o del otro lado, no era más que una *carcasse* sin reflejos, con las pupilas contraídas, en la que la respiración y los latidos se extinguían poco a poco hasta que sobrevenía la asfixia, probablemente lo que se iniciaba entonces, del lado del sueño, era una secuencia de visiones digna del más detallado protocolo...

Ah, si fuera posible escribir uno. Sería un documento único... Pero, ¿de qué manera? ¿Acaso el niño...? ¡Absurdo!

En cambio, un simple parte médico parecía estar al alcance de cualquier matasanos. Imaginó algunas frases: «muerte por morfinismo agudo». Aunque en el terreno de las apariencias, donde había un gran margen de error, su caso podría llegar a pasar por un derrame cerebral o un ataque al corazón. Pero, como estaba inspirado,

continuó: «Tiempo del proceso: cuarenta minutos. De los cuales hasta el momento no habían transcurrido más que doce, o tal vez quince... Y pasados unos instantes añadió: «La sobredosis, claramente superior a dos miligramos, le fue suministrada al sujeto del experimento, que no dio muestras de resistencia, a las siete menos cuarto de la mañana...». Luego bromeó: «según el programa de eutanasia del Tribunal de salud hereditaria, los enfermos de melancolía deben recibir el mismo tratamiento que los demás enfermos mentales desahuciados, que han llegado ese estado especial, caracterizado por la ciencia y la filosofía alemanas, como del *Dasein ohne Leben*...».

En seguida venía lo más penoso, pero eso ya no era tanto asunto del médico como del psicólogo, o incluso del moralista, se dijo lleno de inquietud, limitándose luego a recordar que, en los tiempos que corrían, nadie podía de hecho aspirar a una muerte que no fuera un hecho meramente político. Cuando la política lo invadía todo, y una época estallaba en mil fragmentos para que empezase otra, ¿qué gesto, al morir un hombre, podía aspirar en él a lo trágico o incluso a lo patético? Y, por otro lado, ¿a qué *frisson nouveau* podía aspirar alguien que, yendo al encuentro de la muerte, busca simplemente un lugar solitario para deshacerse de su cuerpo como de un fardo ajeno y molesto?

De pronto, se irguió con sobresalto. Sus ojos distraídos se habían posado sobre la carta, habían empezado a leerla desde lejos, lo que pudieron hacer fácilmente gracias a la letra, más grande que de costumbre. Sin embargo, no fue por eso que la carta le produjo una impresión de extrañeza —como si la hubiera escrito en realidad un desconocido—, sino porque le pareció demasiado elíptica e incluso algo solemne. En esa situación límite lo más apropiado era que se despidiera con la trivialidad del que pronto estaría nuevamente de vuelta. Si bien tampoco perdía de vista que allí se escondía un nuevo peligro: en efecto, ¿cómo o gracias a qué salvoconducto podía, al partir, soñar siquiera con la posibilidad del regreso? A lo más que podía aspirar, si conservaba todavía un poco de humor, era a no perder el mundo y quedar navegando entre dos aguas, convirtiéndose en un mal pasajero, como el cazador Gracchus. Lo que a su vez tenía un aspecto irónico, ¿pues en los últimos años no había estado navegando a la deriva, precisamente como Gracchus, de quien se decía que a pesar de estar muerto estaba también vivo? Que para formular esa pregunta hubiese debido esperar hasta ese

momento, cuando ya había pasado la hora de cualquier posible respuesta, le pareció una circunstancia demasiado elocuente, y con un gesto exasperado alcanzó la carta y la rompió. Tiró los trozos dentro del nochero, sobre el montón de periódicos y revistas y, tras proveerse de una nueva hoja, escribió de prisa aunque con manó ya insegura:

Estimada señora Grunwald,

«Hallándome entre la espada y la pared... ¿no era el cuerpo humano una ciudad de pocos habitantes, como decía el *Talmud*? ¿O más bien, acorralado entre la 'ciudad' y la 'frontera'?... No, mejor...» .

En una situación sin salida, «tout court»...

«En fin, ¿no es casi lo mismo? ¿No vive el alma como desterrada en el cuerpo?» *—No me queda más remedio que acabar...*

«Vaya, eso está mejor... Ella vive allí como una princesa que, en una ciudad o un pueblo extraños, espera con ansiedad a su prometido.» *Mi vida va a apagarse...* «Sin duda se trataba del Mesías y cada segundo es como la pequeña puerta», *en un pequeño pueblo de los Pirineos*, «por donde en cualquier momento entrará el prometido, para rescatarla de ese cuerpo hostil», *donde nadie me conoce.*

«Salvo tal vez la carcoma que acaba con *herr* Holz», pensó juguetonamente, y sintiendo ganas de reír se dio cuenta algo perplejo de que ahora veía pasar lo que pensaba, como si lo estuviera leyendo o más bien como si él mismo se hallase ya fuera de la «prisión», en un sitio distinto, o pudiera ya alegremente contemplar al que escribía, prisionero aún de aquel cuerpo maltrecho, adonde pronto arribaría el prometido para liberar a la princesa, antes de que cualquier día despertara prisionera de un insecto, ya ni siquiera una mariposa, sino un vulgar escarabajo, como Gregorio Samsa. «Pobre alma mía», pensó, sorprendido de no sentir ninguna tristeza, acechando en sí mismo algún sentimiento que la sustituyera mientras, conteniendo las compulsivas ganas de reír a causa de la imagen del escarabajo, *hospes comesque corporis,* se decía: ¿en qué cuerpo horrible y en ruinas no volverá ya a volar, *animula vagula blandula,* el risueño polvo de tus alas? Sin embargo, ahí estaban las ganas de reír, y el pensamiento de que quien muere mientras ríe, o en vísperas del sábado, tiene el mejor de los presagios...

Estimada señora Grunwald, recordó.

Le ruego transmita mis mejores recuerdos, añadió rápidamente, un tanto molesto de que ni siquiera en un momento tan irrepetible como ese —¡tan irrepetible y tan solemne!— pudiera pensar a secas, conservando toda la sangre fría, o al menos mantener el cerebro a salvo de la arremetida de esos pensamientos inoportunos, que aparecían en el último instante, como tardías aves migratorias, y se dio prisa en terminar la carta...

A la señora Grunwald le rogaba «infinitamente»... no, le rogaba simplemente le transmitiera los mejores recuerdos al amigo que esperaba al otro lado del océano —¿o la laguna del cazador Gracchus?— y le explicara la situación a la que se había visto abocado.

Finalmente, anotó que ya no le quedaba tiempo para redactar todas las cartas de despedida que le hubiera gustado escribir.

Terminada por fin la carta, la dobló cuidadosamente y la puso sobre el nochero. Luego, buscando una postura más cómoda, alcanzó el pañuelo, se quitó los anteojos y los restregó con meticulosa, calmosa aplicación. Entonces, al levantar el brazo para ponérselos de nuevo, comprobó que éste le pesaba ya el doble o el triple de lo normal, lo cual lo inquietó un poco; pero logró conservar la suficiente sangre fría como para enseguida darle cuerda al reloj y volver a dejarlo en su sitio, lo más cerca posible de sus ojos, y para no alarmarse apenas cuando experimentó uno de los síntomas más característicos, tras exaltación física y mental del comienzo —¿la tercera ya o la cuarta desde que estaba encerrado allí?—, cual era el de la sed. Por suerte, ésta no le impediría, como tampoco el dolor de cabeza que seguramente sentiría luego, que pudiera mantener los ojos muy abiertos hasta el último momento, cuando, a causa del sueño, el peso de sus párpados se haría tan grande que ya no le quedaría más remedio que claudicar. ¿No era entonces cuando ocurría lo más interesante? En tanto que espectáculo, ¿no era mucho más atractiva la puesta de sol que su largo y monótono paseo durante el día sobre nuestras cabezas? Por eso —al menos así lo había expresado él en su poema de juventud— gustoso se hubiese pronunciado contra el *carpe diem* a favor del *carpe crepusculum*, cuando con su cansado paso la oscuridad se extendía lentamente sobre las ventanas y tejados, en la hora en que se rompía el silencio angustioso...

Por lo demás, resultaba tan fácil sospechar que así como la luz

del sol, al ponerse sobre las montañas, delata sus más secretos colores, de ese modo la luz de la mirada, al apagarse en el horizonte del sueño, debía producir también su más bello e inefable resplandor. De hecho, era tal vez la última oportunidad de que disponían los objetos para hacer visible su aura, antes de que los Nombres, separándose de ellos como asustadas aves migratorias, emprendiesen su largo viaje de regreso...

Sin embargo, pensó, no podía decirse que en aquellos momentos él se debatiera ante una expectativa enteramente nueva o desconocida. Años atrás, por los tiempos de sus experiencias con la droga, había sentido algo semejante a lo que ahora, arrullado por tales pensamientos —que eran como algodonosas y arreboladas nubes que desfilaban por su mente, impregnándola de una especie de suavidad aterciopelada—, lo invadía de forma paulatina, alejando de él todas las angustias y preocupaciones. Estas huían por la ventana, o por los resquicios de la puerta, como insectos asustados, y él sentía unas irrefrenables ganas de burlarse de ellas señalándolas con el dedo. Pero, apenas esbozada, la risa parecía consumarse en su sola posibilidad, y en vano él intentaba elevarse y flotar cada vez más alto en sus ganas de reír. Algo impedía que las alas de la risa que sentía crecer en su pecho se agitaran volando y partieran, llevándose la risa misma, y era la mirada hueca de un ojo plúmbeo y helado que las mantenía atadas al suelo como amarra invisible.

¿Pero de quién podía ser ese ojo sino del propio diablo, que miraba por un agujero desde el pozo del infierno? Cuando morimos el diablo se exaspera y son sus aspavientos de rabia los que ahuyentan los Nombres de las cosas y echan a perder los colores; por eso es tan mala la calidad de las imágenes que, de su pasado, el jorobadito hace desfilar ante los ojos del moribundo. Y fue al pensar que también él podía comenzar a verlas, cuando sintió un instantáneo sobresalto, semejante a un alfilerazo o a una pulsación eléctrica, que lo hundió definitivamente en la conciencia de lo que era ya irreparable. Entonces pensó, con meticulosa sangre fría: «lo irreparable ya está aquí...». Luego cerró los ojos, apretando mucho los párpados, mas a pesar de su esfuerzo sólo pudo ver el cuadro que había empezado a pintar mentalmente a su llegada, comprobando con regocijo que ya estaba casi acabado. Bajo los efectos de la luz que lo iluminaba desde el ángulo superior izquierdo, podía contemplarlo ahora en todo su esplendor, y advertir que en él todas las figuras, todos los objetos e incluso todas las penumbras, reposa-

ban en una forma que parecía haberles sido asignada desde muy atrás, desde siempre, por la visión del pintor, en la que sólo el rostro de la mujer, aunque muy bello, permanecía semioculto por un velo de sombra que lo hacía francamente irreconocible. «*Tiens!*», pensó de repente al comprender que se trataba de un cuadro hecho no de colores sino de Nombres de colores, de Nombres encendidos como pequeños soles por el Dios de los pinceles, de Nombres que, como un milagro de la Luz, eran los primeros en brillar en el lienzo.

Abrió los ojos al oír en el pasillo un ruido de pasos que se detuvo junto al water, en el que alguien entró. Un minuto después, la misma persona salió y golpeó a su puerta; su propia voz, que respondió sin que hubiese mediado ninguna decisión por parte de él, le resonó dentro del cráneo como un retumbante bufido. La puerta se abrió y vio la figura breve y ágil de una anciana, que al punto identificó como la que lo había acompañado la tarde anterior durante varios minutos y en la que había pensado largamente después... ¿Cómo se llamaba? «Vaya, ya no tengo su Nombre...», se dijo, casi con la fría o cínica satisfacción con que un experimentador constata la puntualidad del síntoma esperado; «Pero la llamaré pequeño o risueño peón...». Después de saludarlo, el «risueño peón» se acercó despacio, mirándolo; pero antes de que estuviera a su lado y fuese ya demasiado tarde, él logró pronunciar una palabra sobre la que sus labios se habían cerrado tan fuertemente como el pico de un pájaro sobre el cuerpo de un insecto, y que resonó casi brutalmente en la pequeña habitación; «Agua...». Y mientras, después de salir de prisa con la taza, el «risueño peón» permanecía en el cuarto de al lado, él sintió que inesperadamente el agua brotaba ya en sus labios como de un manantial oculto en el mismo nombre «Agua», y pensó, por última vez, en la idea de un protocolo: «Agua, qué palabra... Todos los gallos que pudieras ofrendarle a Esculapio, Fritz, no valdrían lo que una sola gota bebida directamente de su fuente...»

La mano de la vieja dama que le daba de beber, sosteniéndole la taza, tembló junto a su barbilla.

—Cielos, por lo menos habrá dormido algo, digo yo —farfulló ella como para darse valor a sí misma—. Creo que ha llovido toda la noche...

—Sí, infinitamente... —murmuró él, con voz espesa.

Y corrigió para sí: «Ha llovido infinitamente...». Pero el hecho es que también se sentía infinitamente cansado. ¿Cansado de qué? Ni siquiera sentía ya los pies, como si los hubiese perdido en el sueño,

como si hubieran sido los primeros en partir. Ahora ya sólo podría viajar acostado, como en una barcaza, y salir con la cara en alto, pero sobre todo con los pies por delante, ¿con los pies?

De pronto, sintió que el agua le mojaba bruscamente la camisa y el pecho. La vieja dama acababa de descubrir el frasco de pastillas, semioculto por un pliegue de la manta junto a la pared. Inclinándose un poco ella alargó la mano hacia el objeto; luego lo contempló un instante pensativa, antes de ponerlo sobre el nochero y mirar al hombre yacente, sin atreverse a preguntar nada. Pero al final estalló con un hilo voz:

—Por dios, ¿quiere que llame a la señora Grunwald?

Sin esperar respuesta, la anciana salió al pasillo y pronunció el nombre de la otra mujer desde el hueco de la escalera...

Luego, cuando la señora Grunwald bajó precipitadamente, retocándose aún la ropa y el pelo, y se plantó junto a la cama con cara de no entender nada, él todavía alcanzó a decirle, con voz amarga y pastosa, y en una última, agonizante racha de lucidez, que la noche anterior se había sentido muy mal, que hacia las diez había tomado una fuerte dosis con la cual se había mantenido a flote hasta el amanecer... ¿Pero debía continuar a fuerza de tomar dosis tras dosis? No, era absurdo: le pedía perdón y le rogaba que lo presentase todo como una enfermedad; partiría sin salvoconducto, todo lo demás estaba puesto en la carta.

La señora Grunwald, pálida, no acertó a decir nada; se limitó a coger con gesto furtivo el frasco y la carta, haciéndolos desaparecer al instante en el bolsillo de su jersey. Luego, sin saber dónde mirar, con un gesto nervioso e impaciente, se retocó el pelo, volvió a mirar al enfermo y, apretando los labios, movió con suavidad la cabeza de un lado a otro, en un gesto incrédulo. Al fin, como si sólo entonces comprendiese la gravedad de lo ocurrido, se puso bruscamente de pie y salió.

Luego, durante varios minutos todo permaneció callado y quieto, hasta que un susurro de voces brotó en el pasillo. Primero se oyeron unos pasos bajando atropelladamente la escalera. Alguien dijo ahí afuera: «¿Pero es que aún sigue lloviendo?» y después la palabra «teléfono» llegó como un eco lejano, demasiado gastado, que parecía venir desde la infancia —cuando el teléfono reinaba radiante y solitario en el pasillo de aquella casa de Berlín— para ir a morir, según pudo pensar todavía, en alguna oficina de Barcelona, donde la iniquidad se repetiría en la voz de un cónsul poco dis-

puesto a brindarle el salvoconducto a un cadáver que ni siquiera era el de un «súbdito americano». Finalmente se escuchó el leve chirrido de la puerta, que había quedado mal ajustada y que se abrió suavemente.

Fue como una discreta, sutilísima señal...

De pronto, comprendió que Ella ya estaba allí, tal como la había soñado (*Muro soy, y mis pechos son como torres. Así he venido a ser a los ojos de él como quien ha hallado la paz*) y que sólo tenía que girar la cabeza para comprobarlo. Cuando al fin se decidió a hacerlo, a través de la puerta entreabierta, embozado en la semipenumbra del pasillo, ingrávido y como iluminado por su propia mirada, contempló su Rostro, flotando en el aire como una aparición, y más abajo sus senos, desnudos como racimos. Un destello de lejanía en los ojos, una sonrisa incierta en los labios pálidos. ¿Iba destinada a él? ¿Y era en realidad una sonrisa? Resultaba difícil saberlo... En ese último trance, su curiosidad no sólo abría una vía de acceso a la duda que era el hatillo maldito del rezagado, sino que además se enfrentaba, de la mejor manera posible, al abismo de la mirada de la desconocida, una mirada a la que el vértigo de lo que le pasaba a él ahora, le pasaría infinitamente, por toda una eternidad.

Después, ocurrió algo inesperado. De súbito creyó identificar el rostro sobrenatural de la bella mujer como el que había visto en el transbordador de Sakrow, en el momento de partir para la isla de los Pavos Reales, y en ese mismo instante lo vio agrandarse hacia él. Reconoció el óvalo luminoso de su cara, el cabello cayéndole en dos elásticas e ingrávidas cascadas sobre el cuello, *terso y blanco como torre de marfil*, sobre los desnudos senos, *torneados como tazas*, antes de preguntarse de nuevo por el color de sus ojos —*cristalinos estanques de Hesebón,* junto a la puerta de Bat-Rabin... ¿Eran grises o azules?

—*Monsieur*... —escuchó la voz tensa, ciertamente demasiado lejana para tener que ver algo con ese rostro que, sin saberse cómo, continuaba flotando en su dirección. *Hier vous m'aviez promis qu'aujourd'hui*...

Pero él no escuchó nada más. Recordó el pequeño trozo de muro amarillo y, sintiendo el primer espasmo de excitación, pensó: «¡Azules!» Entonces, al sentir la dulce calidez que irradiaba el cuerpo de la joven desposada, comprendió que ya no le exigirían en la frontera ningún sello de entrada, ningún salvoconducto y, con la alegría de quien constata que, a pesar de todos los contratiempos surgidos, no

ha llegado tarde a la cita, lanzó un suspiro de alivio y cerró apaciblemente los ojos tras sus espesas gafas de miope.

«*Los periodistas recogieron una muñeca rota*. Povera bambola! *musitaron, y unos anteojos de alambre que volvieron a tirar, demasiado rotos!*

«*El de* La Stampa *fue a fotografiar un mulo sarnoso comiéndose un libro. Y teniendo por fondo los rótulos de Poste, Restaurant, y el reloj parado a las siete y cuarto.*

—Mejor es que retrate usted el cartelón internacional que da sentido a tanta ruina y miseria, escrito en francés y presidiendo la estación.

Decía así:

'HOMMES LIBRES DU MONDE ENTIER, SOYEZ LES BIENVENUS CHEZ LES PEUPLES LIBRES D'IBERIE. LA CATALOGNE ET L'ESPAGNE VOUS SALUENT'.

(Barcelona, verano de 1985 a invierno de 1987-invierno de 1987-1988).

INDICE

Captatio Benevolentiae 9

PRIMERA PARTE

I. En el hotel de la frontera 13
II. Naturaleza muerta 21
III. El niño y el jorobado 27
IV. La cola de rata de un Schlemiel 33
V. Primera visión de la danzarina 41
VI. Primera inmersión en el recuerdo 57

SEGUNDA PARTE

VII. Segunda visión de la danzarina y primera y única del danzante 73
VIII. *Navigare Necesse Est* 85
IX. Odradeck Barcelonés 99
X. Adorable hechicera 109
XI. El pequeño histérico 121
XII. *Moriendo-vivere non est necesse* 131

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN EL MES DE NOVIEMBRE DE MIL
NOVECIENTOS NOVENTA Y TRES EN
LOS TALLERES DE EDITORIAL TEXTO
AV. EL CORTIJO, QTA. MARISA, Nº 4
LOS ROSALES - CARACAS - VENEZUELA